

Trato hecho

James Hadley
Chase



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Por el vigor de su talante narrativo, por la naturalidad con que despliega sus tramas, JAMES HADLEY CHASE está considerado como uno de los maestros del género. “Fruto prohibido” (SSC 1) es una clara muestra de ello. Ahora, con TRATO HECHO, nos ofrece un episodio palpitante que comienza cuando aparece en un hospital francés una mujer que ha perdido la memoria, y cuyos únicos datos personales consisten en unos signos misteriosos tatuados sobre su cuerpo.

Lectulandia

James Hadley Chase

Trato hecho

ePub r1.1

GONZALEZ 02.06.14

Título original: *You Have Yourself a Deal*
James Hadley Chase, 1966
Traducción: Marta Isabel Guastavino
Selecciones del Séptimo Círculo nº 24
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ
Digitalización: Akhenaton
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

El capitán O'Halloran estacionó el jeep en el lugar destinado a ello en el patio de la embajada de los Estados Unidos, recogió una cartera de cuero negro que había a su lado, en el asiento, bajó del jeep y subió con paso vivó los escalones que llevaban a la embajada. Saludó con la cabeza al empleado que atendía el escritorio de recepción, tomó el ascensor hasta el segundo piso, siguió por un corredor y trepó seis escalones para salvar otro desnivel, mientras una mujer de unos treinta y cinco o treinta y seis años, alta y bien formada, se acercaba rápidamente hacia él. Era Marcia Davis, ayudante del jefe de la División de la CIA en París: su rostro se iluminó con una sonrisa cuando O'Halloran se detuvo, al mismo tiempo que sus ojos grises le recorrían la figura rápidamente. La cara roja y carnosa de O'Halloran, su nariz imprecisa, sus ojos de color azul pálido y su boca firme siempre la mareaban un poco. A veces se preguntaba cómo se sentiría entre esos brazos fuertes y musculosos.

—Hola, Tim —le dijo— ¿qué haces por aquí?

—¿Está el viejo? —preguntó O'Halloran; que a su vez pensaba cómo reaccionaría la atractiva pelirroja si alguna vez tenía él la suerte de ser su compañero de cama.

—¿Alguna vez no está? —replicó ella—. Si algún día no lo encuentras, ven a contármelo ¿Has salido de vacaciones?

—¿Vacaciones? ¿Qué es eso? —inquirió O'Halloran con una mueca—. Me daré por contento si las cojo en Navidad. ¿Y tú?

—Me he inscrito para un crucero en septiembre. Hasta pronto, Tim —y, con su resplandeciente sonrisa, siguió caminando apurada.

O'Halloran se volvió para observar el provocativo balanceo de caderas, que —sospechó con sagacidad— le estaba especialmente dedicado. Luego volvió a pensar en el trabajo y siguió andando por el corredor hasta llegar a una puerta que mostraba una inscripción con letras de oro:

Central Intelligence Agency

Divisional Director

John Dorey

Las letras eran deslumbrantemente nuevas y O'Halloran hizo una mueca, sacudiendo la cabeza con asombrada admiración; de manera que por fin Dorey había llegado. Hubo un momento, no mucho tiempo atrás, en que en la División no se hubieran atrevido a apostar por las posibilidades de supervivencia de Dorey: era cuando de Washington les habían mandado a Thorley Warely como jefe de la División y, después de treinta y ocho años de servicio en la embajada, Dorey se había visto relegado al segundo lugar. Pero ahora Warely estaba de vuelta en Washington y

Dorey, aunque tenía más de sesenta años, tenía una nueva opción a vivir. Era un hombre a quien O'Halloran admiraba y respetaba, capaz de correr riesgos y tomar atajos, un hombre con visión.

O'Halloran llamó a la puerta, la abrió y entró al cómodo despacho donde Dorey estaba, sentado frente a un enorme escritorio, revisando un fichero.

Dorey era un hombre menudo, con aire de pájaro, que usaba gafas sin montura y, siempre inmaculadamente vestido; hacía pensar en un banquero afortunado más bien que en el director de la CIA. Dejó el fichero sobre su escritorio, echó atrás su silla de ejecutivo y miró a O'Halloran por encima de las gafas.

—Hola, Tim. Hace meses que no le veo. ¿Pasa algo?

O'Halloran mantuvo la puerta abierta y con el pulgar señaló las letras de oro...

—Felicitaciones, señor.

Dorey respondió con una sonrisa fría.

—Gracias. Cierre la puerta y siéntese. —Levantó una estilográfica de oro y la examinó mientras proseguía—: Todo llega para quien juega bien las cartas en el momento adecuado.

—Lo recordaré, señor. —O'Halloran se quitó la gorra del uniforme y se sentó en uno de los grandes sillones que se agrupaban frente al escritorio de Dorey.

—Ya pensaba en jubilarme —prosiguió Dorey como si hablara consigo mismo— cuando apareció en el escenario Robert Henry Carey, y eso cambió las cosas. —Levantó los hombros y comentó—: Un golpe del destino; a veces nos tocan buenas cartas... pero por lo común, no —dejó la pluma y miró directamente a O'Halloran—: ¿Bueno, Tim, qué pasa?

—La *Sûreté* me ha entregado esta mañana una información —respondió O'Halloran, abriendo el cierre de su cartera. Sacó un legajo, se lo puso sobre sus rodillas, y agregó—: Pensé que usted debía estar al tanto.

Dorey se reclinó en su silla, juntó las puntas de los dedos y formó un arco con las manos: era su posición favorita para escuchar.

—Adelante.

—Hace dos noches, al atardecer del cuatro, un hombre que estacionaba su coche en el muelle de la Tournelle vio a una mujer tendida en la oscuridad y llamó a un gendarme que pasaba. La mujer estaba en coma y llamaron a una ambulancia que la llevó al hospital Saint-Lazare, pero no había camas. La mujer llevaba bufanda decolorada con la bandera de los Estados Unidos y su abrigo tenía la etiqueta de Macy, así que eso les sirvió de excusa para volverla a poner en la ambulancia y conducirla al hospital norteamericano —O'Halloran hizo una pausa para consultar el legajo.

—Hasta ahora eso no me interesa demasiado —dijo Dorey, con una nota de impaciencia en la voz.

Descubrieron que la mujer estaba bajo los efectos de una dosis excesiva de barbitúricos —continuó O'Halloran con su grave voz policial, haciendo caso omiso de la interrupción de Dorey—. La atendieron y la destinaron a una sala. Al día siguiente volvió en sí y descubrieron que padecía una amnesia aguda. No tienen idea de quién es ni de dónde vive... Está en blanco total. Habla inglés con acento norteamericano y está en un estado de nerviosismo y angustia. Naturalmente, no es un caso raro; hay bastante gente que presenta alguna forma de amnesia y el doctor Forrester, que está a cargo de la sala, quiere verse libre de ella porque en el hospital faltan camas. Envío una descripción de la mujer a la *Sûreté* y allí pensaron que podía ser sueca o noruega y establecieron contacto con las embajadas, pero sin resultado.

—¿Y qué les hizo pensar que era sueca o noruega? —preguntó Dorey.

—Aparentemente viene de algún país escandinavo, por su aspecto típico: rubia, alta...

—¿No tiene documentos?

—No, ni siquiera un bolso de mano.

Dorey se removió con impaciencia.

—¿Y...?

—Esta mañana he recibido la información habitual de la *Sûreté* —y O'Halloran miró el legajo que tenía abierto sobre las rodillas—. He aquí su descripción: rubia, excepcionalmente hermosa, ojos azules, muy tostada, altura un metro setenta, cincuenta y siete kilos de peso —se detuvo y miró a Dorey—. Señas particulares: un pequeño lunar en el antebrazo derecho y tres símbolos chinos tatuados en la nalga izquierda.

Dorey miró fijamente a su interlocutor y después levantó la estilográfica y se la frotó contra la delgada nariz.

—¿Chinos?

—Exactamente; tres símbolos chinos —O'Halloran puso el legajo sobre el escritorio—. Bueno, señor, en algún lugar de su archivo hay un legajo que yo manejé hace unos diez meses porque necesitaba información; se refería a Feng Hoh Kung, el principal investigador en coherencia de Pekín y recuerdo que, perdido en un montón de información inútil, decía que el tipo *está un poquito* mal de la cabeza. Le da por poner sus iniciales en todo lo que tiene y dicen que las pone en su casa, en su coche, su caballo, sus perros, las ollas de la cocina, la ropa, los zapatos... y hasta en las mujeres que le sirven. También me acuerdo que decía que hace un año tenía una amante sueca y como él tiene tres iniciales y en el trasero de esta mujer hay tres símbolos que podrían ser sus iniciales... —O'Halloran enderezó, su corpachón y sonrió— bueno, pensé que era mejor que usted lo supiera.

Dorey permaneció inmóvil.

—¿Quién más tiene esa información?

—La embajada británica, las embajadas escandinavas y *France-Matin*.

Dorey dio un respingo.

France-Matin le parecía un periódico abominable. Si había cualquier posibilidad de complicaciones, cualquier semilla de escándalo, invariablemente la financiaba él.

—¿La *Sûreté* no ha dado información a la prensa?

—Les he detenido a tiempo.

—¿Pero *France-Matin* la tiene?

O'Halloran sacó un periódico de su cartera y se lo entregó a través del escritorio.

—La tiene —respondió.

En la segunda página estaba el titular: ¿«Conoce usted a esta mujer»? Debajo se veía una fotografía mal reproducida, tomada por un fotógrafo policial mediocre, de una mujer rubia que podía tener cualquier edad entre veinte y treinta años y que miraba fijamente desde la turbia hoja impresa, pero su belleza triunfaba sobre la pobreza de la reproducción.

Dorey gruñó al leer: Encontraron símbolos chinos, aún no descifrados, tatuados sobre el cuerpo de la misteriosa mujer.

—¿Cómo se han llegado a enterar de esto? —preguntó furiosamente.

O'Halloran levantó los hombros.

—¿Cómo llega un buitres a encontrar su comida a quince kilómetros de distancia?

Dorey volvió a recostarse en su silla, estuvo pensando durante un momento y luego dijo:

—Podría no significar nada, supongo; muchas mujeres... —se detuvo y sacudió la cabeza—. No, es demasiada coincidencia —se enderezó—. Tim, lo abordaremos como una operación de alto nivel. Si nos equivocamos, nos equivocaremos, pero si esa mujer... —tamborileó sobre el escritorio—. ¿Qué medidas ha tomado hasta ahora?

O'Halloran se acomodó en su silla.

—He tomado precauciones —hablaba con la confianza de un hombre que conoce su trabajo—. Resulta que el general Wainwright se está haciendo un reconocimiento en el hospital, de modo que eso me sirvió de excusa para poner un guardián en el corredor, ya que Wainwright y esa mujer están en el mismo piso. Llamé al doctor Forrester y le advertí que esa mujer podía interesar a la División y que no debía atenderla ninguna enfermera que él mismo no conociera. El guardia tiene instrucciones de no dejar que nadie más que la enfermera entre en la habitación. También advertí a los recepcionistas que no admitan visitas para ella.

Dorey asintió.

—Muy bien hecho, Tim. Ahora déjalo en mis manos. Lo primero es descubrir qué significan esos símbolos que hay sobre el cuerpo de la chica y, si sé da la extraordinaria suerte de que es la amante de Kung, ya lo creo que resultará una

persona muy importante y nosotros seremos responsables de ella. Váyase, Tim, y asegúrese de que todo anda bien mientras yo organizo esto.

O'Halloran se levantó rápidamente.

—Podría ser que estuviéramos perdiendo el tiempo, señor.

—¿Y si no? —sonrió Dorey—. Es una suerte trabajar con un hombre como usted. Bueno, vamos. Voy a empezar con esto ahora mismo.

Mientras O'Halloran salía de su despacho, Dorey pensó un momento, hizo para sí mismo un gesto afirmativo y tomó el teléfono.

En un sucio patio de la calle Rennes hay un pequeño restaurante llamado «Le Temple du Ciel», que no se encuentra en ninguna guía turística, aunque sirve la mejor comida china en todo París. En caso de que algún turista lo descubriera, le dirían con una sonrisa apenada que todas las mesas están reservadas. *Le Temple du Ciel* es para chinos únicamente.

Mientras Dorey hablaba con O'Halloran, Chung Wu, el propietario del restaurante, estaba en la caja supervisando el equipo de camareros que servían el almuerzo a un par de docenas de clientes habituales, ocultos tras las altas pantallas de seda que separaban las mesas. El repiqueteo de las fichas de Mah Jong, las fuertes voces y la sonora música de *swing* hacían un ruido ensordecedor, sin el cual los chinos se sienten solitarios y desdichados.

Sonó agudo el timbre del teléfono y Chung Wu levantó el receptor, escuchó, habló suavemente en dialecto cantonés, dejó el receptor y se dirigió a una mesa donde Sadu Mitchell estaba a punto de empezar a almorzar.

Los palillos de Sadu se mecían sobre un plato de enormes camarones preparados en una leve pasta dorada cuando Chung Wu se asomó por la pantalla, saludó con una inclinación y luego, dándose vuelta, se inclinó también ante la muchacha vietnamita que estaba sentada junto a Sadu.

—Lamenta, *monsieur*... el teléfono... inmediato —dijo en un francés atroz.

Sadu profirió una obscenidad que provocó la risa de su compañera, arrojó los palillos e indicó a Chung Wu que se retirara.

Sadu Mitchell era alto, esbelto y de rostro delgado. Su pelo negro azabache, lacio, estaba peinado hacia atrás, su ropa era impecable y sus ojos almendrados tenían la dureza de las cuentas de azabache. Era hijo ilegítimo de un misionero norteamericano que, treinta años atrás, había fracasado de manera inequívoca en Pekín y, cuando finalmente llegó a darse cuenta de que no conseguía afecto alguno en su supuesto rebaño, buscó consuelo en el whisky y en una atrayente muchacha china que se consideró obligada a aliviar la tensión y la angustia motivadas por el fracaso de su esfuerzo por convertir a los paganos. El resultado de tantos desvelos fue Sadu — medio chino, medio norteamericano—, quien estaba tan amargamente dolido por la ilegitimidad de su origen que había llegado a considerar a los Estados Unidos como

su enemigo personal.

Durante los diez últimos años, Sadu se había ganado afortunadamente la vida con una pequeña *boutique* en la calle Rivoli, donde vendía piezas de jade y antigüedades a precios exorbitantes a los turistas norteamericanos. Era hombre perdido si no tenía mujer, y durante el último año, después de descartar a varias, había encontrado una muchacha vietnamita que se hacía llamar Pearl Kuo y cuya belleza le había cautivado por completo, que era precisamente lo que los chinos se proponían. Sadu descubrió que el odio de ella hacia los Estados Unidos dejaba muy atrás el amargo disgusto que él mismo sentía. Pearl había perdido familia y hogar durante un ataque aéreo de los norteamericanos contra Vietnam del Norte y había escapado a Hanoi, donde se había convertido en agente de los chinos, hasta que finalmente la enviaron a París. Poco tardó en convencer a Sadu de que también él debía colaborar con el movimiento chino. Le explicó que, como él estaba en contacto con los norteamericanos que visitaban su negocio, tenía la oportunidad de recoger fragmentos de información que debía transmitir a Yet-Sen, un viejo chino que trabajaba en la embajada china. A Sadu la cosa le pareció divertida, ya que le daba ocasión de lesionar el prestigio yanqui. Era sorprendente cómo hablaban los norteamericanos cuando se encontraban en un país extranjero, como, si se imaginaran que nadie podía entender inglés, y a veces las indiscreciones que cometían eran alarmantes. Las informaciones de Sadu sirvieron para alimentar el mecanismo de propaganda china, y él sentía que estaba haciendo algo tangible para saldar la vieja cuenta con su padre, muerto unos diez años atrás. Lo que no sabía era que le estaban preparando cuidadosamente para hacer tareas más importantes y más peligrosas: suavemente impulsado por Pearl y bajo la vigilante dirección de Yet-Sen, Sadu se acercaba al punto donde ya no podría retroceder.

La llamada telefónica iba a convertirle en un agente con toda la barba.

Sadu apartó la pantalla, se dirigió al teléfono y tomó el receptor.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó con impaciencia, pensando que se le enfriaban los camarones.

—Estoy en su establecimiento; venga inmediatamente —reconoció la voz gutural de Yet-Sen.

—Ahora no puedo ir. Estoy...

—Inmediatamente —y la comunicación se interrumpió.

Sadu profirió una maldición y volvió a la mesa, donde Pearl le miró con aire interrogativo.

—Yet-Sen —explicó Sadu, con expresión ensombrecida por la cólera—. Quiere verme ahora mismo.

—Entonces debes ir, querido.

Sadu estaba tan sometido a la influencia de ella que ya no vaciló.

—Bueno, espérame aquí —le dijo—. No tardaré —y salió dél restaurante.

Tardó un poco menos de diez minutos en llegar a su establecimiento, conduciendo agresivamente su T.R.4 de color rojo a través del denso tránsito. Cuando se detenía, un chino gordo que había estado mirando sin ver los artículos de jade que se exhibían en los escaparates de Sadu se volvió, y fue hacia el coche, subió y dijo en voz baja:

—Vamos a alguna parte donde podamos hablar.

Sadu volvió a incorporarse al tránsito, recorrió a bastante velocidad la calle Rivoli, se abrió trabajosamente paso por la Concorde y se internó por el Quai.

—Es una emergencia —dijo Yet-Sen— y usted ha sido elegido para actuar. Es un gran honor. Busque sitio para estacionar en los jardines del Louvre.

Sadu experimentó un ramalazo de incomodidad y remordimiento. Miró al hombre gordo que se había sentado a su lado con su pesado traje de ciudad, su amarillo rostro inexpresivo y sus manos pequeñas que parecían ralladas en marfil, cruzadas sobre el vientre abultado. Como era la hora de almorzar, una vez en los jardines le fue fácil encontrar estacionamiento, frente al ministerio de Finanzas, y detuvo el motor del coche.

Yet-Sen sacó del bolsillo un ejemplar de *France-Matin* y se lo entregó a Sadu, golpeando con el dedo una pésima reproducción de la fotografía de una mujer rubia.

—Para mañana por la mañana esta mujer tiene que estar muerta —le dijo—, y confiamos en usted. Tendrá toda la ayuda que necesite, pero usted tiene que ocuparse de los detalles. Esta tarde a las seis un hombre irá a verle; él es el arma... cerebro no tiene. Usted debe ser el cerebro, de modo que, por favor escuche atentamente...

Sadu permaneció inmóvil, aferrando el volante con sus dedos largos y finos, y escuchó. De pronto se dio cuenta de que su mezquino odio hacia Norteamérica, la carga imaginaria que durante tanto tiempo había llevado a cuestas, se convertía finalmente en un peso real; no estaba seguro de si debía sentirse halagado o aterrado por ese súbito cambio de situación, pero instintivamente sabía que no importaba cuáles fueran sus reacciones: la tarea debía ser realizada.

En Londres, Bond Street ejerce una especial fascinación sobre los turistas. Aún cuando los negocios cierran a la temprana hora de las 17,30, se ve gente de todos los países del mundo que sigue caminando por la calle congestionada por el tránsito, mirando los escaparates de las tiendas y admirando los grabados antiguos, los libros encuadernados en cuero, la lencería, las cámaras fotográficas y los regalos de lujo que se exhiben en Asprey's.

Entre el río de gente que recorría Bond Street a la hora del cóctel, a las siete de la tarde, había un hombre gigantesco que llevaba un raído traje de corte extranjero, toscos zapatos y usaba corbata y camisa de Marks & Spencer. Tenía el cabello plateado muy corto, un rostro cuadrado de pómulos salientes e insulsos ojos verdes, y podía tener de treinta a cuarenta años, pero no más. Su cuerpo macizo pasaba del metro noventa de altura y tenía un rostro tostado por el sol, tranquilo e inexpresivo.

Se movía fácilmente, con el paso leve de un luchador adiestrado y con las manazas metidas en los bolsillos del pantalón.

Su nombre era Malik y era el agente más cotizado de, Rusia. Llevaba ya una semana en Londres y le habían dicho que anduviera mirando la City, que se empapara de su atmósfera y se condujera como un turista; también era posible que tuviera que hacer algún trabajo.

Por el momento, Malik descansaba; se había alojado en un pequeño hotel estrambótico de Cromwell Road y tenía plena conciencia de que el M.I.6. le vigilaba. También sabía que su propia gente había puesto un hombre para seguirlo y aceptaba todo eso con indiferencia. Era parte del juego y consideraba su tarea como un juego emocionante, que le gustaba y daba cauce a sus instintos sádicos.

Esa tarde, caminando por Bond Street, satisfacía su reprimido anhelo de poseer bienes, deteniéndose de vez en cuando ante un escaparate para contemplar con sus desabridos ojos verdes los artículos de lujo que deseaba, pero que sabía que nunca podría tener.

Había un juego de ruleta portátil que le habría gustado y, en otro ángulo, se veía un portasecante de cuero repujado, con un juego de lápices de oro y ónice que le hacían señas desde el escaparate del mismo modo que un juguete imposible de comprar le hace señas a un niño. Se quedó mirando el escaparate, el rostro convertido en un máscara profesionalmente inexpresiva, mientras ocultaba en los bolsillos sus enormes puños contraídos.

Siguió adelante de mala gana, caminando con lentitud y luchando con la tentación de volver a detenerse a mirar las cosas tan provocativamente expuestas en los escaparates, consciente de que había alguien que le seguía y le observaba y que estaba dispuesto a elevar un informe, celoso de su reputación y más que dispuesto a arruinarlo.

El débil sonido del claxon de un coche le hizo mirar atentamente hacia un Jaguar que había disminuido la velocidad hasta deslizarse apenas y se puso ahora a la par de él.

Una muchacha llevaba el volante: rubia y sonriente, de no más de veintitrés años, con una estola de visón sobre los hombros, de ojos incitantes y boca profundamente delineada por la experiencia del mundo y del pecado.

Malik miró hacia otro lado y siguió andando; sentía cómo la sangre se movía en su cuerpo y le invadió el súbito impulso de irse con esa puta y mostrarle de qué manera un ruso puede convertir a una mujer en un animal jadeante y lloroso, triturado por sus músculos y tendones. La urgencia del deseo le hizo brotar gotas de sudor en la frente, pero siguió caminando, preocupado por el invisible observador, ya que sabía que todos sus movimientos, buenos o malos, formarían parte del informe, esa misma noche o más adelante.

El jaguar se acercó a la acera y la muchacha le dijo suavemente:

—¿Cómo es que vas tan sólo, querido? Podríamos pasarlo bien.

Malik siguió; los artículos de lujo de los escaparates habían perdido de pronto su fascinación y lo único que quería era volver al hotel: cuatro paredes, una ventana con cortinas y una puerta cerrada con llave le ofrecerían el santuario que necesitaba, lejos de los ojos vigilantes.

El jaguar tomó velocidad y se alejó, mientras él lo miraba con pena. Cuando llegaba a Picadilly, el pulsador electrónico que llevaba en la muñeca y que imitaba un reloj, empezó a latir; era la señal de que le necesitaban. Inmediatamente se puso alerta y de su mente se borraron los deseos de la carne y las ansias de lujo. Tocó el resorte del pulsador para detener el latido y anduvo rápidamente por Picadilly hasta llegar al Berkeley Hotel. Haciendo caso omiso de la mirada del portero con sombrero de copa, entró y se abrió paso entre los grupos de gente que conversaba, bebiendo sus cócteles, y que a él le parecían estúpidos y vestidos con excesivo lujo. Llegó a las cabinas telefónicas y dio el número al empleado, ignorando otra vez la evidente desaprobación con que éste le miraba. Luego se encerró en la cabina que el hombre le indicó. Olía a perfume caro, cosa que le hizo pensar por un momento en la rubia del Jaguar y apretar los puños; habría estado bien demostrarle de qué manera un ruso toma a una mujer. El timbre del teléfono sonó y Malik levantó el receptor.

—Hola —dijo una voz de hombre.

—Cuatro y dos y seis son doce —dijo Malik, usando su propio código de identificación.

—Usted sale inmediatamente para París —le dijo el hombre, en ruso—. Tiene pasaje reservado en el vuelo 361 que parte a las 20,40; su equipaje ya está hecho y le espera en la Terminal Aérea S. le espera en Le Bourget. Es una emergencia —y la comunicación se interrumpió.

Malik pagó la llamada, salió del hotel, tomó un taxi y se hizo llevar a la Cromwell Road Air Terminus.

Un hombre gordo de rostro seboso, a quien Malik conocía como Drina, le esperaba en el salón de entrada; tenía consigo la destartada maleta de Malik, el pasaje y trescientos francos.

—Todavía queda un poco de tiempo —le dijo respetuosamente Drina. Era un gran admirador de Malik y le hubiera gustado tener el talento y el empuje que habían convertido a éste en el agente de más categoría—. ¿Puedo hacer algo más? Se lo he puesto todo en la maleta. Smernoff le esperará al llegar y le gustará que le lleve algunos cigarrillos libres de impuesto —el rostro grasiento se contrajo en una sonrisa—. Pensé que podía decírselo.

Malik odiaba a ese hombre regordete como odiaba todo lo que se vinculara con el fracaso. Había tenido trato con él antes y sus modales serviles y aduladores le

irritaban.

Sin decir palabra, cogió la maleta, el pasaje y el dinero y se alejó. Sabía que todavía lo vigilaban, y ni siquiera podía ser brusco con Drina.

Cuando llegó al aeropuerto de Le Bourget pasó el control policial sin dificultades. Su pasaporte falso estaba en orden: viajaba como ciudadano norteamericano de vacaciones y la policía del aeropuerto estaba acostumbrada a los norteamericanos y consideraban que Norteamérica les enviaba un pintoresco muestrario de razas. Ese hombre de aspecto eslavo era un visitante más y sus dólares le aseguraban la bienvenida. Malik pasó la barrera y se internó en el vasto hall de recepción donde le esperaba Boris Smernoff. Malik se alegraba de verle, pues Smernoff conocía su trabajo: tenía fama de ser el más inteligente y despiadado de los cazadores de hombres y Malik había trabajado muchas veces con él. Era macizo, moreno y de constitución sólida, calvo, tenía ojos pequeños y crueles y un talento especial para aceptar las dificultades sin quejarse. Su filosofía era: si es posible se hará; si es imposible, se puede hacer.

Pocos minutos antes de la llegada de Malik se había producido una repentina escena de violencia. Tres jóvenes *beatniks*, con chaquetas de cuero y rostros indescritiblemente sucios habían aparecido de pronto y habían atacado a un hombre que estaba inocentemente sentado junto a la barrera a donde llegarían los pasajeros de Londres; uno de ellos le había dado un golpe en la cabeza con una cachiporra de goma y, antes de que nadie pudiera hacer nada, los tres habían escapado y, subiendo atropelladamente en un estropeado Simca, habían desaparecido rápidamente en la lluvia y la oscuridad.

El ataque era uno de los agentes, del M.I.6 en París, advertido desde Londres de la llegada de Malik; se lo habían llevado en una ambulancia y Smernoff, que había organizado el ataque, confiaba en que no habría nadie más para verificar tal llegada.

Mientras Malik atravesaba el hall en dirección a Smernoff, los labios delgados de éste se distendieron en un sonrisa.

—¿Me ha traído cigarrillos? —preguntó, mientras ambos se estrechaban la mano.

—Puede envenenarse solo —respondió Malik— ¿por qué habría yo de acelerar su muerte?

—Usted no piensa más que en usted mismo —dijo Smernoff, encogiéndose de hombros—. Nunca he oído que haya hecho un favor a nadie.

Malik gruñó, pero mientras salían del aeropuerto se dio cuenta de que la observación le había dejado pensando, y le irritó encontrar que era cierto.

Subieron los dos a un 404 que Smernoff había dejado en un aparcamiento y, mientras ponía el coche en movimiento, éste informó:

—Podría ser un asunto engañoso. Han encontrado a una mujer que ha perdido

totalmente la memoria y por el momento la tienen en el hospital norteamericano. Se cree que es la amante de Feng Hoh Kung, y tenemos órdenes de sacarla del hospital y llevarla a una casa de Malmaison, que ya está preparada. Han decidido que usted se haga cargo de la operación. El servicio de seguridad norteamericano sabe quién es ella y ya han puesto guardia en el hospital, y también, es posible que en unas pocas horas la trasladen a un sitio menos accesible.

—¿Piensan que tiene información? —preguntó Malik.

—Piensan que puede tenerla.

Durante unos minutos, Malik permaneció en silencio pensando en su misión, que le resultaba interesante. Le gustaba la acción, y entrar a un hospital vigilado para secuestrar a una mujer y después desaparecer era precisamente el tipo de tarea para la cual se sentía adecuado.

—¿Ya han hecho algo o me esperan?

—Es un asunto urgente —respondió Smernoff—. Tengo un hombre vigilando en el hospital y nos informa cada diez minutos, Me parece que la forma más rápida de proceder es entrar y llevársela. Y tenemos suerte: en el mismo piso de ella hay un general norteamericano que está internado para un reconocimiento. Dispongo de uniformes del ejército norteamericano, de un jeep y cíe una ambulancia, pero si no le gusta la idea, dígalo. Esta operación es de usted, no mía.

Malik echó una mirada al rostro duro y cruel de su compañero y sus ojos brillaron: Smernoff era un ayudante y debía recibir órdenes, pero Malik pensaba cuánto tiempo duraría eso si Smernoff empezaba a usar tan bien los sesos. Había bosquejado el mismo plan en que habría pensado Malik, y éste lo sabía.

—Usted piensa igual que yo, Boris; da gusto trabajar con usted. El plan es bueno y funcionará. Me ocuparé de que se lo reconozcan.

—Oh, no —respondió—. Si usted aprueba el plan, yo encantado de pasárselo a usted. Para mí, que me lo reconozcan no significa nada. ¿Por qué voy a preocuparme por eso?

—¿Es que no es ambicioso, Boris? —preguntó Malik.

—No... ¿y Usted?

—A veces no sé. No... creo que no.

Smernoff empezó a decir algo y luego se interrumpió recordando que no era prudente hablar demasiado de uno mismo.

—¿Quién se ocupará de esa mujer cuando la llevemos a Malmaison? —preguntó Malik—. No esperarán que hagamos de enfermeras, ¿no?

—Yo no tendría inconveniente, porque es muy hermosa y podría ser divertido —respondió Smernoff—. Pero no, Kovski le ha encargado esa tarea a Merna Dorinska.

—¡A esa perra! ¿Y qué hace en París? —exclamó Malik, poniéndose alerta.

—Muchas veces está aquí. Dicen que Kovski y ella...

—¿Quién lo dice? —casi ladró, más que preguntó, Malik.

Pero Smernoff no se intimidaba fácilmente y se encogió de hombros.

—¿Pero usted no lo sabía? Debe ser el único...

—Sí, pero es mejor no hablar de eso.

—Usted sabe que yo preferiría irme a la cama con una cabra y no con esa mujer —dijo Smernoff.

—Kovski no notaría diferencia.

Ambos se echaron a reír y todavía estaban riéndose cuando Smernoff entró al patio de la embajada rusa.

John Dorey llegó al hospital norteamericano a las 16,40, irritadísimo porque sabía que había perdido un tiempo precioso, pero tenía que asegurarse de que las marcas tatuadas sobre el cuerpo de la mujer eran auténticas. Primero había tenido que localizar a Nicolás Wolfert, el experto en asuntos chinos de la embajada de los Estados Unidos. Pero Wolfert se había tomado el día libre y estaba pescando en una pequeña finca que tenía en Amboise, de modo que para cuando lo localizaron, lo trajeron a París en helicóptero, lo llevaron en un coche a la embajada y lo pusieron al tanto de todo ya se habían perdido cuatro horas irre recuperables. Además de Wolfert, Dorey llevaba también consigo a Joe Dodge, el mejor fotógrafo de la embajada.

El doctor Forrester era un hombre alto y flaco, de rostro fatigado y ojeroso, que recibió a Dorey en su consultorio mientras Wolfert y Dodge esperaban en el corredor.

Forrester ya había sido advertido por O'Halloran de la posible importancia de su paciente y estaba muy dispuesto a cooperar.

—Esto puede ser altamente secreto —le dijo Dorey mientras se sentaba— y confío en usted, doctor, para que no lleguen a descubrirla. Hay muchas razones para que quieran asesinarla, de modo que quiero que le prepare la comida alguien en quien usted tenga absoluta confianza y que no la atienda ninguna enfermera a menos que usted se haga responsable de ella.

Forrester asintió.

—El capitán O'Halloran ya me ha explicado todo y estoy haciendo todo lo posible. ¿Qué más necesita?

—Necesito fotos de los signos tatuados y tengo un fotógrafo esperando.

Forrester frunció el ceño.

—Esa mujer tiene los tatuajes en la nalga —se recostó y examinó a Dorey— y no se puede mandar un extraño a su habitación, y esperar que se ponga en exhibición mientras le toma las fotos. Eso no puedo permitirlo.

—¿De modo que está consciente?

—Claro que está consciente. Ya hace tres días que está consciente y se encuentra en un estado de gran nerviosismo.

—Pero necesito esas fotografías —insistió Dorey con cierta esperanza en la voz — y hasta es posible que haya de mandárselas al presidente. Si le dan una inyección de pentotal ni siquiera sabrá que la han fotografiado, y eso no será cuestión más que de unos minutos. También quiero que mi experto en asuntos chinos vea las marcas; hagámoslo ahora mismo.

Forrester vaciló y se encogió de hombros.

—Bueno, si es tan importante —accedió, tomó el teléfono, habló en voz baja y cortó la comunicación—. Sus hombres pueden subir dentro de diez minutos.

—Espléndido —Dorey fue hacia la puerta a hablar con Dodge y luego volvió a sentarse—. Hábleme de esa mujer.

—Citando la trajeron encontramos...

—Todo eso ya lo sé; leí su informe —interrumpió Dorey con impaciencia—. Lo que quiero saber es... ¿no está fingiendo? ¿Realmente tiene amnesia?

—Yo diría que sí; no responde a la hipnosis y cuando llegó tenía una pequeña contusión en la cabeza. Puede habérsela producido cuando tuvo el colapso y es posible que eso haya causado la pérdida de memoria; es un poco raro, pero puede ser. Sí, creo que la pérdida de memoria es auténtica.

—¿Tiene alguna idea de cuánto puede durar?

—Tanta como usted. Una semana... un mes... no creo que más de un mes.

—¿Y si le dieran escopolamina?

Forrester sonrió.

—Ya hemos pensado en la escopolamina, pero es peligrosa. Si está fingiendo daría resultado, pero si no, siempre existe el riesgo de que pierda más profundamente la memoria. Si usted quiere probar no me opondré, pero si ella realmente sufre de amnesia la escopolamina puede demorar en meses la recuperación de la memoria.

Dorey pensó un rato y luego se puso en pie.

—Lo veré de nuevo después de hablar con mi experto en asuntos chinos. Gracias por su cooperación, doctor. Trataré de mudarla tan pronto como pueda organizar un lugar para tenerla.

Treinta minutos más tarde Wolfert, un hombre calvo y regordete cuyo cutis blanco y rosado desmentía sus cuarenta y seis años, entraba en la pequeña habitación que Forrester había puesto a disposición de Dorey. Allí le esperaban Dorey y O'Halloran.

—¿Y...? —interrogó Dorey, poniéndose de pie.

—Es Erica Olsen, la amante de Kung —dijo Wolfert—. He visto sus iniciales en varias cosas tuyas, tantas veces, que no puedo confundirme con las marcas que esa mujer tiene en el cuerpo. Es un tipo de tatuaje muy especial... un color especial, casi imposible de imitar.

Dorey miró atentamente a ese hombre, considerado el principal experto en lo

referente a costumbres chinas.

—¿Casi?

—Supongo que un verdadero artista del tatuaje podría imitarlo, pero lo dudo. Simplemente, me cubro —el gordo rostro de Wolfert se iluminó con una sonrisa de entendido—. Nadie podría estar absolutamente seguro, pero yo apostaría mi pensión a que es la amante de Kung.

Dorey miró a O'Halloran.

—Vigüela, Tim. Tendré que avisar a Washington; no puedo hacer nada sin su autorización —pensativo, se frotó la frente—. Significa más demora, pero podría ser algo importante. Volveré a la embajada.

—No se preocupe por ella —dijo O'Halloran—. Estará aquí sana y salva cuando la necesite.

Pero O'Halloran no sabía que en el término de unas horas Malik llegaría a París; e incluso cuando éste llegó, el jefe de división de M.I.6. estaba tan furioso porque su agente había sido golpeado y había perdido el rastro de Malik, que olvidó advertir a O'Halloran que el más peligroso de los agentes rusos vagaba sin vigilancia por las calles de París. De haberlo sabido, O'Halloran habría custodiado más de cerca a Erica Olsen, pero como lo ignoraba, supuso que un guardia armado con un rifle automático era suficiente.

Sin embargo, cuando se trataba de Malik, nada era suficiente.

Pocos minutos después de las seis de la tarde, un muchacho de constitución delicada entró en el establecimiento de Sadu Mitchell. Llevaba una maleta pequeña y destartada, con cantoneras de metal, dél tipo que llevaría un vendedor ambulante. Tenía aspecto enfermizo, con el color y la textura de un pescado muerto y podrido y sus diminutos ojos negros se movían incesantemente a derecha e izquierda con la sospecha inquietud de un hombre que no confía en nadie. Podría haber tenido veinticinco años e incluso treinta, pero en realidad tenía dieciocho; Su pelo negro carbón estaba cortado muy corto y formaba una especie de casquete sobre la cabeza pequeña. Sus movimientos eran tan flexibles y sinuosos como los de una víbora.

Jo-Jo Chandy había nacido en Marsella; su padre había sido un rufián de puerto y de su madre nada se sabía. Cuando el niño tenía diez años su padre murió en una pelea a cuchillo, lo que no preocupó nada a Jo-Jo, que estaba contento de ser libre y no tardó en ganarse razonablemente la vida trabajando como anunciador de una prostituta negra cuyas técnicas sexuales le habían ganado la admiración de Jo-Jo y una cantidad de clientes. Cuando ahorró suficiente dinero decidió que París le ofrecería muchas más oportunidades para su perverso talento, pero, durante un tiempo, descubrió que se equivocaba: en París, a la policía no le gustaban los rufianes y, después de ser arrestado y castigado varias veces, abandonó el intento y se empleó

como lavaplatos en un restaurante chino. Allí conoció a una muchacha, china que era una de las agentes de Yet-Sen y que pronto advirtió que ese muchacho delgado y vicioso era un arma potencialmente útil. Yet-Sen se encargó de él, lo adiestró y le dio dinero y, un año más tarde, Jo-Jo se había convertido en uno de los asesinos a sueldo de más confianza de Yet-Sen.

Completamente amoral, sin sentido alguno del bien o del mal, Jo-Jo sólo existía para el dinero y no había tarea, por peligrosa o perversa que fuera, que no se animara a emprender siempre: que la recompensa final fuera dinero. Para él, la vida era el girar de una ruleta y su filosofía era: según lo que apuestes, eso ganas, y el riesgo no importa.

Pearl Kuo, que estaba vendiendo algunos artículos de jade a una norteamericana gorda tocada con un absurdo sombrero lleno de flores y que usaba unas gafas enjoyadas igualmente absurdas, miró brevemente a Jo-Jo cuando éste se presentó en el establecimiento; sabía quién era y su llegada la entusiasmó. Pensaba que por fin Sadu iba a tomar parte activa en el movimiento chino, algo que ella había estado esperando con ansiedad e impaciencia.

Cuando la norteamericana se fue, Pearl sonrió, mirando a Jo-Jo con sus brillantes ojos almendrados y al mirarla a su vez, él sintió que le invadía una ola de lujuria.

—Te espera —dijo Pearl—. Por favor, pasa por aquí —y abrió una puerta que había tras el mostrador de cristal.

Jo-Jo siguió mirándola fijamente, recorriendo con sus ojillos el *cheongsam* floreado que revelaba su cuerpo perfectamente proporcionado, y después pasó a la salita de Sadu.

Durante las horas que había pasado esperando, Sadu le había contado a Pearl lo que le había dicho Yet-Sen.

—Espera que yo mate a esa mujer —había dicho Sadu, con el rostro pálido brillante de sudor— y eso sería un asesinato. ¿Qué tengo que hacer?

—No tienes más que arreglar las cosas, pero no la matarás tú mismo —repuso Pearl en tono tranquilizador, acariciándolo con sus dedos finos—. Es por China, Sadu, y además ahora es demasiado tarde para retroceder; debes obedecer y si no lo haces, yo tendré que abandonarte y ellos te matarán. Pero no hace falta hablar de eso. Si me ordenaran a mí que lo hiciera, yo lo haría; debes estar orgulloso de que te hayan elegido.

Comprendiendo cuál era su situación, Sadu decidió que era mejor estar orgulloso. Odiaba a los norteamericanos porque le habían hecho daño y, si se lo pensaba bien, esto no era un asesinato sino una venganza.

Recibió a Jo-Jo con un desdén arrogante.

—Siéntate. Entiendo que tú tienes que matar a esa mujer y yo tengo que ocuparme de que hagas bien el trabajo.

Jo-Jo se sentó, apoyando la maletita en las rodillas. De él emanaba un débil pero inconfundible olor a suciedad que hizo que Sadu, frunció el ceño.

Seguro ahora de sí mismo, Sadu continuó:

—Primero tenemos que descubrir en qué lugar del hospital está esa mujer; en qué piso y en qué habitación. Una vez que sepamos eso, debe ser fácil para ti. Puede que tengas que trepar a su habitación —satisfecho con su plan, miró a Jo-Jo con una sonrisa condescendiente—. ¿Supongo que sabes trepar?

Mientras seguía aferrando la maleta, Jo-Jo preguntó:

—¿Es su primer trabajo? —sus labios delgados se curvaron en una sonrisa entre burlona y divertida—. No se preocupe. Usted conduce el coche... y yo me ocupo de los detalles: el crédito será para usted... y para mí el dinero. Así todo el mundo estará contento.

Sadu se puso rígido y la furia le hizo enrojecer. Se acercó a Jo-Jo, imponiéndose con su altura.

—¡No me hables de esa manera! ¡Aquí mando yo! —estalló con voz sofocada por la cólera—. ¡Harás exactamente lo que yo te diga!

—Sadu... por favor... —La dulce voz de Pearl hizo que Sadu se volviera sobresaltado—. Creo que él debe manejarlo. Después de todo, tiene experiencia. Por favor...

Jo-Jo la miró y abrió la maleta, de la que sacó una automática calibre 25 con silenciador. Atornilló el silenciador en el cañón del arma y luego se aseguró la pistola en el cinturón. Al ver el arma y los movimientos profesionales y deliberados de Jo-Jo, la cólera se desvaneció y durante un momento permaneció inmóvil, vacilando.

—Ahora vamos al hospital —dijo Jo-Jo. Sus ojos recorrieron de nuevo el cuerpo de Pearl y después miró directamente a Sadu—. Primero, como dice usted, tenemos que descubrir dónde está la mujer. Todavía tenemos tres horas de luz de modo que eso nos da mucho tiempo —arrojó la maleta en un rincón y salió del cuarto.

Pearl tomó del brazo a Sadu:

—Haz lo que te dice; es un profesional y te servirá su experiencia.

Sadu vaciló y luego, dominando su miedo y súbitamente consciente de su total incompetencia, salió con Jo-Jo a la bulliciosa calle Rivoli.

Pearl miró cómo los dos hombres subían al coche deportivo de Sadu y se alejaban. Era muy temprano para cerrar el establecimiento, pero encendió una varilla perfumada y se arrodilló durante largos instantes en oración, mientras el humo aromático se enroscaba en torno de ella.

Más o menos a la hora en que Malik se encontraba con Smernoff en el aeropuerto de Le Bourget, Dorey recibía de Washington el visto bueno para seguir con su plan.

Su sugerencia había sido estudiada por los jefes de la CIA y del FBI, que habían sido cautelosos, porque consideraban que, por el momento el asunto no podía llegar

a nivel presidencial. La mujer podía estar fingiendo, pero aceptaban la posibilidad de que fuera algo de que debía ser tratado como una operación importante. En una conversación telefónica vía satélite, el jefe de Dorey en Washington le había dicho:

—Usted se encargará de esto, John, por lo menos para las jugadas principales. Puede gastar lo que quiera... si el asunto no resulta, ya cubriremos los gastos. Pero en este momento preferiría no saber qué es lo que usted hace. Siga adelante en forma oficial y si del huevo sale un pollo, avíseme.

Dorey sonrió sin alegría.

—Descuide, señor; yo me ocupo —dijo, y cortó.

Sin embargo, era una misión de las que le gustaban a Dorey: ahora tenía las manos libres, dinero para gastar y nadie más que él sería responsable del éxito o del fracaso. Durante la hora; anterior había estado pensando y estaba listo para entrar en acción. Eran las ocho de la noche y en ese momento Malik estaba en el avión que le traía a París, mientras Sadu y Jo-Jo se encontraban en el coche del primero, junto al hospital norteamericano. La mujer de quien se pensaba que fuera Erica Olsen, la amante del principal experto en cohetes y ciencia atómica de China, estaba todavía dormida por la inyección de pentotal. El guardia, Willy Jackson, un soldado alerta y disciplinado, no demasiado inteligente, pero muy rápido para disparar, recorría incesantemente el corredor del hospital echando de vez en cuando una mirada a la puerta cerrada tras la cual dormitaba Erica Olsen.

—Tim... ¿se acuerda de Mark Girland?

—¿Girland? Sí, claro..., solía trabajar para. Rossland, ¿no?

—Ese mismo. Ahora está en París y le necesito. Tiene un apartamento y estudio en la calle des Suisses. No me importa lo que haya que hacer para conseguirlo, pero tráigamelo; quiero tenerle aquí dentro de una hora.

—Un momento, señor; si mal no recuerdo, ese Girland es un cabeza dura. ¿Y si no quiere venir?

—¿Girland, cabeza dura? Ahora no está trabajando conmigo y creo que es fotógrafo callejero o algo así. Tráigamelo de cualquier modo, Tim. Envíe un par de hombres capaces. Le quiero aquí dentro de una hora.

Colgó el receptor y se reclinó en su silla de ejecutivo, satisfecho consigo mismo; le parecía que estaba manejando brillantemente la situación.

¡Mark Girland! Muchos ni siquiera habrían pensado en Girland; era el hombre justo para resolver el problema de Dorey, hecho a medida para la tarea.

Dorey frunció el ceño. Hecho a medida... naturalmente, si lograban convencerle de que la hiciera.

Marcia Davis le había dejado un plato de sandwiches de pollo y un vaso de leche sobre el escritorio antes de irse a casa y Dorey, mientras calculaba cómo debería manejar a Girland, cogió un sandwich y lo mordió pensativamente.

Mark Girland estaba deprimido. Si había algo que no le gustaba en el mundo era pasar la tarde solo en su triste apartamento de una sola habitación en el séptimo piso de un viejo y semiderruido edificio de la calle des Suisses.

Llovía, sus zapatos hacían agua y por el momento estaba sin dinero: le quedaban ocho francos y setenta y dos céntimos en el bolsillo. Parecía imposible, pensó tristemente, que tres meses atrás hubiera tenido cinco mil dólares depositados en un banco.

El problema conmigo, se dijo mientras trataba de ponerse cómodo en la silla de lona que le servía de: sillón, es que soy muy poco previsor y un manirroto. ¡Tenía tantas ideas para gastar esa suma! ¿Quién iba a creer que tres miserables caballos iban a correr de esa manera? Recordó con pena esa tarde, en las carreras de Longchamps, en que todo su dinero fue a engrosar la bolsa de un sonriente apostador profesional.

Pero, a pesar de que había perdido la suma con la que había esperado que podría empezar una nueva vida, después del asunto de Robert Henry Carey, Girland decidió firmemente que el espionaje era asunto para maricones. Se había dado el gusto de decirle a ese chivo de John Dorey que se muriera.

Mirándole por encima de sus gafas sin montura, Dorey le había dicho:

—No creo que usted sea un hombre que yo pueda usar, Girland; no es de confianza. Siempre se pone usted en primer término y su trabajo en segundo lugar, y yo no puedo trabajar con un hombre que piensa primero en sí mismo, de modo que no trabajaré más conmigo.

Girland había sonreído alegremente.

—¿Y quién que no esté chiflado querría trabajar con usted? Cuando pienso en las tareas sucias y malolientes que he hecho para ese bufón suyo de Rossland, que en paz descanse, y en la miseria que me: han pagado por eso, creo que debería ir a que me vieran la cabeza. ¡Así que no trabajo más con usted! Bueno, adiós, y muérase.

Pero esa declaración de independencia había sido formulada cuando Girland era dueño de cinco mil dólares, que se había ganado, de manera no del todo honesta, pero se los había ganado. Sin embargo, a pesar del hecho desalentador de que ahora andaba continuamente escaso de dinero, todavía no lamentaba haberse largado de la CIA.

Durante los dos últimos meses, y de manera un tanto precaria, se había ganado la vida como fotógrafo callejero. Armado con una cámara Polaroid, se pasaba los días recorriendo las rutas de los turistas, a la busca de alguna bonita norteamericana que visitara París por primera vez... y de esas había muchas. Tomada la fotografía y obtenida la copia, dedicaba algunos minutos a convencer a la chica de que se

desprendiera de un billete de diez francos. Girland era capaz de embaucar a un pájaro para que se bajara de un árbol, y su técnica con las mujeres era cosa de ver para poder creerla. No era raro que, felizmente terminada la operación, la muchacha, ruborizada y excitada, subiera con él a su apartamento del séptimo piso.

Debía haber peores maneras de ganarse la vida, pensaba Girland mirando furiosamente la cámara Polaroid que había quedado sobre la apolillada mesa de cocina... pero no mucho peores.

Hoy había sido un completo fracaso; había llovido continuamente y por más que Girland había recorrido las calles, no encontró modelo adecuado. Las dos gordas a quienes finalmente fotografió, desesperado, habían amenazado con llamar a un gendarme al entender que se esperaba que pagaran veinte francos por una fotografía bastante poco atrayente.

Girland miró la gran habitación, con sus dos ventanas desnudas que daban sobre los techos, las chimeneas y las antenas de televisión de París. En el extremo opuesto a donde él estaba había un fregadero y una antigua cocina de gas, contra otra pared se veía una gran radio; un tocadiscos, un ropero y una biblioteca con algunos libros norteamericanos y franceses completaban el mobiliario.

Girland, flaco, alto y moreno, arrugó la nariz. ¡Qué agujero! pensaba. Lo que esto necesita es una mano de pintura, un florero con rosas de tallo largo y una rubia erótica con el cuerpo de la Bardot, pero en este momento me conformo con la rubia.

Se levantó y fue hacia la ventana abierta, a mirar los techos oscuros y resplandecientes. La lluvia seguía cayendo densamente y a lo lejos se vio brillar un relámpago. Encogiéndose de hombros, Girland iba hacia la radio con la esperanza de que estuvieran poniendo algo que se pudiera escuchar, cuando sonó el timbre de la puerta.

Miró hacia allá, levantando la ceja izquierda, luego cruzó la habitación y, a través de la minúscula mirilla, atisbo a los dos hombres que estaban en el pasillo. Reconoció los impermeables y las gorras encasquetadas y vaciló, poniéndose alerta.

Después se relajó, haciendo una mueca y pensando que probablemente se trataba de una inspección de documentos de identidad. Estos tipos tienen poco que hacer, salvo molestar. Parecía que hacía mucho tiempo que no le visitaban emisarios de la *Central Intelligence Agency*, pero... ¿quién sabe? Podría ser que Dorey hubiera tenido un ataque al corazón y hasta podría haberle dejado algo en su testamento. Girland abrió la puerta.

Dos hombres grandes ~ y macizos, con el rostro color madera vieja de teca y expresión igualmente dura, entraron a la habitación obligándole a retroceder. Girland reconoció a uno de ellos, pero no al otro. El que él conocía estaba envejeciendo; probablemente tenía cincuenta años. Su nombre era Oscar Bruckman y era uno de los hombres fuertes del capitán O'Halloran, famoso por su brutalidad, su coraje y su

puntería rápida y mortal. El otro era más joven, parecía muy seguro de sí mismo y se balanceaba sobre las puntas de los pies como si fuera a asestar un puñetazo rápido y devastador; era un irlandés de pelo color arena, con el rostro chato lleno de pecas y ojos grises, fríos como el hielo.

—Ponte la chaqueta —le espetó Bruckman—. Te necesitan.

Girland retrocedió, relajado, con los brazos colgando flojamente a los costados y la mirada alerta.

—Encantado de saberlo. ¿Y quién me necesita? —preguntó.

El hombre más joven, que se llamaba O'Brien, insistió:

—¡Vamos! ¡Vamos! Apresúrese. ¿A quién le interesa lo que usted quiere saber?

Girland le observó, miró a Bruckman y se encogió de hombros:

—Bueno, no se enojen —les dijo mansamente—, ya vamos.

Fue con toda naturalidad hacia el ropero y sacó de una percha su impermeable blanco, corto, introduciendo al mismo tiempo la mano en el bolsillo de su chaqueta, mientras con el cuerpo ocultaba el movimiento; luego, dejando caer la chaqueta, giró en redondo, con una corta pistola lanza gas en la mano:

—¡Que ninguno se mueva!

Los dos hombres se quedaron inmóviles, mirándole furiosos, sin perder de vista la pistola, ya que sabían qué era y conocían sus efectos.

—Está bien, está bien, Girland; tranquilízate —le dijo Bruckman, dominando su cólera—. Puede que hayamos estado un poco bruscos. Dorey te necesita. ¡Vamos! Dejémonos de bromas, que es una emergencia.

Girland le sonrió.

—¿Sabes una cosa? Odio a los tipos como tú, grandullones, fanfarrones e hijos de puta que andan por ahí empujando a la gente por el puro gusto de hacerlo. ¡Marchaos de aquí! Os doy diez segundos, y si para entonces no os habéis ido, recibiréis una descarga de esta pistola. Os vais de aquí, esperáis diez minutos y volvéis atentos y educaditos y entonces puede ser que os escuche. ¡Ahora se van!

—¡Te arrancaré las tripas! —gritó O'Brien—. Te...

La enorme mano de Bruckman le cruzó el rostro y le hizo retroceder tambaleando.

—¡Cállate! —ladró, Bruckman, que sabía que Girland no alardeaba.

—Todavía eres rápido, Oscar —comentó Girland—. Ya le iba a dar un escarmiento a ese mono estúpido.

—Ya sé... ya sé... —dijo Bruckman con una mueca—. Me han dicho que te habías ablandado, pero todavía eres el mismo, ¿no? Bueno, lo haremos todo de nuevo y esta vez seremos educados —empujó a O'Brien para que saliera de la habitación y Girland cerró la puerta de un puntapié.

Estuvo meditando largos minutos y luego fue hacia el teléfono y marcó el número

de Dorey.

Le costó un poco conseguir que le pusieran con él; pero cuando lo encontró le dijo:

—Habla Girland. ¿Por qué se le ha ocurrido mandar a ese par de monos, a buscarme? Ya que le dije que se muriera, ¿por qué resucita?

—Tengo un trabajo para usted —dijo Dorey, con voz suave y convincente— y hay dinero de por medio. No se ponga difícil de conseguir, porque, además, también hay una mujer.

Girland pensó en sus ochos francos con setenta y dos céntimos.

—¿Cuánto dinero?

Dorey sabía que no era momento para regateos.

—Diez mil francos —respondió sin vacilar.

Girland ahogó un silbido.

—¿No ha estado bebiendo, Dorey?

—¡Venga aquí y no sea insolente! —fue la respuesta.

—¿Y qué hay de la mujer... qué tal es?

—Sueca, joven, rubia y hermosa —describió Dorey.

—¡Amigo! —exclamó Girland—. Parece que es exactamente mi tipo. Puede que cerremos el trato.

Cortó la comunicación, se puso el impermeable y, después de apagar las luces, empezó a bajar de tres en tres. A mitad de camino se encontró con Bruckman y O'Brien que subían penosamente y, deteniéndose en el tercer descansillo, esperó que le alcanzaran.

—Acabo de hablar con el cerebro de mosquito de su jefe —les dijo mientras le miraban con furia— y parece que me he convertido en persona importante.

Los ojillos de O'Brien resplandecieron.

—Ya me han hablado de usted, Girland —dijo—. Es uno de los malditos tipos que a mí no me gustan. Espero que alguna de estas noches nos encontremos y podamos tener un poco de acción.

Girland miró a Bruckman.

—Tu amiguito parece ser muy recio, Oscar. Mejor que lo cuides, no vaya a ser que se lastime.

—¡Oh, por todos los diablos! —gruñó Bruckman—. Vamos, que estamos perdiendo tiempo.

Girland sacó un pañuelo del bolsillo, hizo como que se sonaba la nariz, dejó caer el pañuelo y se inclinó a recogerlo, moviéndose con tal naturalidad que los otros dos se limitaron a mirarlo con impaciencia.

Pero repentinamente, Girland aferró las perneras del pantalón de O'Brien y tiró hacia arriba.

O'Brien profirió un alarido ahogado mientras daba un salto mortal escaleras abajo. Dio con la espalda contra la barandilla, la atravesó y se precipitó a la planta baja, seguido de una lluvia de madera destrozada y polvo que cayó sobre él; se movió débilmente y se desmoronó sobre un costado.

Con los ojos desorbitados, Bruckman miró por encima del destrozado pasamanos y luego se volvió hacia Girland, que se ponía el pañuelo en el bolsillo, sin mostrar expresión alguna en su rostro delgado y moreno.

—¡Loco, hijo de puta! —le gritó—. ¡Debes de haberle matado!

—Qué esperanza... es recio —dijo dulcemente Girland y luego, con la rapidez del relámpago, tomó con ambas manos el ala del sombrero de Bruckman y se lo encasquetó hasta la raíz: Mientras el gigante retrocedía, tambaleando y maldiciendo, Girland le disparó un golpe bajo a la barriga y Bruckman cayó de rodillas, sin aliento. Canturreando alegremente, Girland bajó las escaleras, pasó de un salto por encima del cuerpo de O'Brien y salió a la calle.

Caminando bajo la lluvia se dirigió al lugar donde tenía estacionado su destartalado Fiat 600 y decidió que, después de todo, la vida no era tan mala. En muchos meses, que pudiera recordar, ésta era la primera vez que se divertía de veras.

Un grupo de enfermeras apareció por la salida del personal del hospital norteamericano y empezó a andar por el amplio bulevar Víctor Hugo, rumbo al anexo de enfermeras. Algunas de ellas se protegían de la insistente llovizna con paraguas y otras con sus capas.

Jo-Jo, sentado en el coche deportivo de Sadu, señaló con su pulgar mugriento al grupo de muchachas cuando éstas pasaban junto a ellos.

—Alguna de ellas sabrá en qué habitación está —dijo—. El tiempo pasa; pregúnteles.

—¡No seas tonto! —interrumpió Sadu—. ¿Acaso me lo dirán? Además, llamaríamos la atención.

—Mire... aquí viene una sola; díglele que es un periodista. Tenemos que saber dónde está la perra esa.

Sadu vaciló.

El grupo de enfermeras había desaparecido en la húmeda oscuridad y vio venir una muchacha sola, envuelta en su capa, por el bulevar que súbitamente había quedado desierto. Sadu sabía que Jo-Jo tenía razón; no podían quedarse allí sentados y de alguna manera él tenía que descubrir dónde estaba esa mujer.

Salió del coche, estacionado junto a uno de los grandes bloques de apartamentos que estaban en construcción. Las ventanas vacías y sin cristales formaban cuadros negros en la pared blanca que se erguía ante él. La suciedad y el amontonamiento inevitables, la enorme mezcladora de cemento, los tablonés de madera y los rollos de

alambre cerraban la entrada a lo que en breve sería un nuevo alojamiento para los ricos de París.

La enfermera venía hacia él y, en la semioscuridad, pudo ver que era joven y morena.

—Disculpe, *mademoiselle* —le dijo con una inclinación exagerada—. Represento el *Parts Match*. ¿Sería tan amable de decirme en qué piso y en qué habitación está esa mujer que perdió la memoria?

La enfermera se detuvo y le miró.

—¿*Pardon monsieur*?

—A mi periódico le interesa —dijo Sadu, dominando con dificultad su impaciencia—. Nos gustaría saber en qué piso y en qué habitación está esa mujer; la mujer con los signos tatuados.

La enfermera retrocedió un paso.

—Eso no puedo decírselo. Pregunte en el mostrador de Información y si quieren que se sepa, se lo dirán —respondió.

Con el rabillo del ojo, Sadu vio cómo Jo-Jo salía del coche con la silenciosa rapidez de una serpiente que ataca. Se acercó por detrás de la enfermera, cuando ésta empezaba a alejarse; su mano derecha se elevó rápidamente y la muchacha dio un grito ahogado y cayó hacia adelante. Instintivamente, Sadu la sujetó y la sostuvo contra él, mirando aterrorizado a lo larga del oscuro bulevar; a lo lejos, pudo ver que dos hombres se les acercaban rápidamente.

—¡Llévela al edificio! —indicó Jo-Jo—. ¡Rápido!

Sadu comprendió que era lo único que podía hacer, levantó a la chica, que estaba inconsciente, y corrió con ella a través de la acera hasta internarse en la oscuridad del edificio, tropezando con los desperdicios y materiales tirados por el suelo. Jo-Jo se reunió con él.

—Déjela —le dijo.

Sadu depositó a la muchacha sobre un montón de bolsas de cemento.

—¡Estás loco! —le dijo, jadeante, tan pronto como recuperó un poco el aliento—. ¡Me reconocerá! ¿Qué demonios crees que estamos haciendo?

Jo-Jo se arrodilló junto a la enfermera, le sacó la cofia blanca y, tomándola del pelo, empezó a sacudirle la cabeza con brutalidad.

La muchacha se quejó suavemente y luego abrió los ojos. La inmunda mano de Jo-Jo se cerró sobre su boca, oprimiéndole cruelmente el rostro.

—Si das un grito te mato —susurró—. Escucha, ¿puedes oírme?

Con los ojos agrandados de terror, ella le miró, retorciéndose en el intento de apartarse de su olor a suciedad, y Jo-Jo aflojó la mano.

—¿Dónde está esa mujer? ¡Rápido! ¿Dónde está?

La muchacha tragó e intentó apartarse más y Jo-Jo, con una maldición, la

abofeteó.

—¿Dónde está?

—¡No me toque! Está... está en el quinto piso, habitación 112 —dijo la enfermera, con voz temblando de terror.

—Habitación 112, quinto piso, ¿es así?

—Sí.

—Entonces ¿por qué no lo dijiste antes, estúpida? —dijo Jo-Jo. Hubo un movimiento rápido y un destello de acero y la enfermera se levantó y luego cayó de espaldas dando un largo suspiro sibilante.

Jo-Jo se levantó.

Sadu había visto el movimiento y oído el suspiro que le hizo correr un escalofrío por las vértebras. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad lo que había pasado, pero el sonido de ese suspiro le había paralizado de terror.

—¿Qué has hecho? —exclamó aferrando el brazo de su compañero—. ¿Qué demonios has hecho?

Jo-Jo se apartó, se inclinó hacia adelante y limpió la hoja de su navaja en la capa de la enfermera.

—¡Vamos! —dijo con impaciencia—. ¡Ahora sabemos dónde está, así que vamos! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

Con mano temblorosa, Sadu tomó su encendedor y lo encendió, inclinándose para mirar el rostro de la enfermera muerta. No pudo tener más que una fugaz visión aterradora antes de que Jo-Jo le apagara la llama.

—¡Vamos! —gruñó Jo-Jo—. No la encontrarán hasta mañana y para entonces ya no importará.

—¡La has matado! —balbuceó Sadu.

—¿Y qué quería que hiciera? Le habría identificado, la policía le hubiera detenido y entonces sí que estábamos todos bien listos. ¡Vamos... estamos perdiendo el tiempo!

Salió cautelosamente del edificio y se dirigió hacia el hospital.

—Adelante, Girland —saludó Dorey cuando éste apareció en la puerta de su despacho—. ¿Qué tal anda usted?

Girland entró en la amplia habitación, cerró la puerta, y dijo con una sonrisa burlona:

—¿Y a usted qué le importa? Debe estar metido en un lío infernal para llamarme —cruzó la habitación y se dejó caer en uno de los sillones—. Así que por fin le han puesto el nombre en letras de oro. ¡Bueno, bueno! Deben faltar cráneos en Washington en estos días.

—Es usted un hijo de puta insolente —dijo Dorey con una tenue sonrisa— pero

tengo que admitir que tiene cierto talento en bruto y por eso estoy dispuesto a pagarle —se recostó en su sillón de ejecutivo, mirando a Girland—. Estoy al tanto de su carrera, si es que a eso se le puede llamar una carrera. Ultimamente no le ha ido tan bien, ¿no? Como fotógrafo callejero se está bastante cerca de tocar, fondo, ¿no?

Girland se sirvió un cigarrillo de la caja de plata que había sobre el escritorio de Dorey.

—Bueno, no sé; cuestión de gustos. A los tipos como usted les gusta el dinero, el poder y las úlceras. En cambio yo tomo las cosas como vienen y me gusta más fotografiar a una mujer bonita que tener una úlcera.

Dorey se encogió de hombros.

—En fin, es cosa suya. Primero vamos a ver si quiere volver a trabajar para mí.

—¿Trabajar para usted? —se burló Girland—. Como querer no quiero, pero se ha dicho algo sobre diez mil francos y por esa suma estoy dispuesto a trabajar para cualquiera.

—Parece que en sus intereses no entran más que dos cosas, las mujeres y el dinero —comentó Dorey—. Supongo qué está hecho de ese modo, pero...

—Vivo como vivo y eso a usted no le importa. ¿Cuál es el trabajo?

Los dos hombres se miraron y Dorey experimentó cierta satisfacción al enfrentar los acerados ojos de Girland. Después de todo, pensó, era un hombre que había demostrado ser brillante y astuto y que también poseía una considerable reciedumbre; Dorey estaba seguro de no haber cometido un error al elegirlo.

Brevemente, le habló de Ericá Olsen.

—Esa mujer podría decirnos muchas cosas sobre Kung —terminó— y necesitamos saberlas. De China nos han llegado insistentes rumores de que ese hombre inventó un arma nueva, lo que puede ser cierto o no, pero queremos estar seguros. También queremos saber qué es lo que le mueve y nadie mejor que su amante para saberlo.

Girland se hundió más en su silla.

—¿Y qué le hace suponer que hablará?

—Eso le corresponde a usted. Por los informes que tengo, parece que usted tiene un don especial con las mujeres. ¿O por qué cree que le he llamado para este trabajo?

Girland estudió atentamente la brasa de su cigarrillo y respondió con una mueca:

—Ya veo por qué los monos que trabajan con usted no podían ocuparse de este asunto. Bueno, Dorey, me parece que usted es más vivo de lo que yo pensaba.

—Por favor, no sea insolente —interrumpió Dorey—. ¿Así que acepta el trabajo?

Todavía no he dicho nada; no nos precipitemos. ¿Qué es exactamente lo que se supone que tengo que hacer?

—La pérdida de memoria de la muchacha parece auténtica y el médico piensa que la recuperará gradualmente. Usted tiene que vivir con ella y tenerme al tanto de todo

lo que diga sobre Kung.

Girland se enderezó.

—¿Vivir con ella? ¿Y eso qué significa?

—Usted pasará por ser el marido —explicó Dorey, apoyando los codos en el escritorio—. Por el momento, ella no tiene la menor idea de quién es ni de cuál es su pasado... no sabe nada, de modo que si usted llega como su marido, tiene que aceptarlo; además, tendrá todas las pruebas necesarias si ella las pide. Tengo el certificado de matrimonio de ustedes y el pasaporte de ella está a nombre de la señora Erica Girland. Usted es un comerciante rico que pasa sus vacaciones en el sur de Francia y esa mujer... su esposa... desapareció mientras usted estaba haciendo un negocio en París, hasta que por fin la encontró en el hospital norteamericano. Como es natural, se la lleva de regreso a la villa que tiene en Eze, donde la ayudará a recuperar la memoria. Tarde o temprano ella le dará alguna información que quiero y que estoy dispuesto a pagar.

Girland se reclinó y sacudió la cabeza, admirado.

—¡Ya lo creo que se le ocurren ideas a usted! —exclamó con auténtica admiración—. Pero vamos a pensarlo. ¿Y si de repente ella recupera la memoria, de golpe y toda junta? Voy a parecer un tremendo estúpido si pretendo que soy su marido, ¿no?

—Eso es improbable, pero si sucede, sé le paga para que parezca un tremendo estúpido —dijo suavemente Dorey.

Girland se rió.

—¿Y qué es eso de una villa en Eze?

—Es mía —replicó Dorey, no sin cierta presuntuosa satisfacción—. Es un lugar solitario, cómodo y seguro, y el personal de servicio se ocupará de ustedes.

—¡Bueno, bueno! —comentó Girland con aire atónito—. No me extraña que usted corra el riesgo de tener úlceras. Lo está pasando bastante bien, ¿no?

Dorey se encogió de hombros.

—¿De modo que acepta la tarea?

—Todavía no me he vendido del todo. Según he sabido por Rossland, usted nunca regala nada bueno. ¿Cómo sé que la sueca no es gorda y fea? Ni siquiera por diez mil francos quiero ser el marido de una mujer desagradable.

—Pierde el tiempo, Girland —dijo Dorey, sacando del cajón de su escritorio una fotografía y pasándosela a Girland, sabedor de que era su carta de triunfo—. Ahí tiene parte de su anatomía, donde se ven las marcas tatuadas; tal vez eso le dé por lo menos la seguridad de que no es gorda.

Girland examinó la fotografía con los ojos brillantes de interés y dio un largo silbido.

—¡Uúuh! ¿La cara está tan bien como esta parte?

Dorey le tendió un pasaporte estadounidense.

—La fotografía no le hace justicia, pero le dará una idea general.

El otro estudió la fotografía del pasaporte falso y se reclinó en su asiento.

—Trato hecho. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo; ya he mandado preparar un coche, así que iré al hospital a buscarla, y esta noche la llevará a Eze. Mañana temprano deberá estar allí; cuando más pronto la saquemos de París más segura estará, y ahora eso le corresponde a usted. Cuide de que no se cometan errores.

—¿Qué coche me da? —preguntó Girland.

—Un Mercedes 202; está en el aparcamiento de abajo y Grafton le mostrará todos los chismes que tiene —Dorey le tendió un sobre a través del escritorio—. Ahí tiene todos los papeles necesarios. Entre ellos hay también un certificado de matrimonio a su nombre.

—Ya me estoy sintiendo casado.

—La historia ha aparecido en *France-Matin*. Tenga cuidado... me imagino que los chinos y probablemente también los soviéticos están interesados en esa mujer... de modo que cuando le digo que tenga cuidado, quiero decir que tenga cuidado.

—Debí pensar que había gato encerrado —Girland se puso en pie—. ¿No se ha dicho algo de dinero?

Dorey empujó a través de su escritorio un paquete de billetes de cien francos.

—Hay dos mil a cuenta; recibirá el resto cuando me haga llegar alguna información.

Girland se guardó el dinero en el bolsillo.

—¿Y para los gastos? Tendré que comprarme un equipo completo; no puedo pasar por un rico comerciante sin tener los accesorios, ¿no? Voy a necesitar por lo menos...

—No, eso no —dijo firmemente Dorey—. Diallo, mi sirviente, se ocupará de todo lo necesario. Ya he hablado con él por teléfono y he arreglado las cosas con mi banco para que le reserven una suma disponible; pero esa no la maneja usted, Girland, ¿entendido?

—Su confianza me conmueve —dijo alegremente Girland.

Sin escucharlo, Dorey abrió un cajón del escritorio y sacó una cajita de plástico.

—Aquí hay algo que puede ser útil —dijo, alcanzándole la caja a través del escritorio—. Es una píldora radial... del tamaño de una semilla de uva. Hágasela tragar a esa mujer y si por desgracia la pierde de vista, con la píldora podemos localizarla de nuevo. ...

—Bueno —Girland tomó la caja, la abrió y miró la diminuta píldora negra—. ¿Cómo funciona?

—El calor del cuerpo activa la batería de transistores y cualquiera que tenga un

radar sintonizado especialmente puede captar la emisión dentro de un radio de cien kilómetros. La píldora se mantiene activa durante cuarenta y ocho horas. Póngasela debajo de la uña del pulgar y tenga cuidado, no vaya a perderla.

Mientras Girland se aseguraba la píldora bajo la uña del pulgar, interrogó:

—¿Así que espera complicaciones?

—Siempre espero complicaciones; si después no pasa nada, me sorprende. Es mejor que sea así y no al contrario. Usted no trabajará solo, Girland; mis hombres le vigilarán. Tiene que llevarla a Eze, y no corra riesgos; una vez que estén en Eze, estarán a salvo.

—Parece que después de todo me voy a tener que ganar el dinero —dijo tristemente Girland—. Bueno, me voy; en cuanto lleguemos le avisaré.

Salió del despacho y tomó el ascensor con un poco menos entusiasmo que cuando llegó.

El soldado Willy Jackson se pasó el rifle automático de un brazo a otro para mirar su reloj. Eran las diez y diez de la noche y Jackson ahogó un suspiro: todavía le faltaban más de dos horas para el relevo. Sin embargo, se dijo, podría ser mucho peor; patrullar el corredor de un hospital era un espectáculo mucho mejor que estar parado bajo la lluvia junto al SHAPE: el cuartel general de las potencias aliadas en Europa, Muchísimo mejor espectáculo, pensó mientras una enfermera se acercaba con paso vivo por el corredor, sonriéndole amigablemente al pasar, moviendo las caderas y arreglándose el pelo con la mano hábil de una mujer que sabe que la admiran.

Willy Jackson era un soldado disciplinado y ambicioso, La afirmación, tan común en el ejército, de que todo soldado lleva un bastón de mariscal en la mochila, era indiscutiblemente válida para Jackson, quien consideraba a Eisenhower, Bradley y Patton como los tres hombres más grandes de la historia y pensaba que, en veinte años más, él también podría ser general. Willy Jackson tenía veintitrés años y desbordaba confianza: era uno de los mejores tiradores del ejército, en boxeo era el campeón de semipesados de su batallón y el mejor *pitcher* del equipo de béisbol del SHAPE. Jackson tenía todo lo necesario para ser un excelente soldado... y eso habría de ser su ruina.

Mientras pensaba con agrado en lo que él y la enfermera que acababa de pasar podrían hacer juntos si alguna vez llegaba a encontrarla cuando no estuviera de servicio, las puertas del ascensor se abrieron y un hombre que llevaba el uniforme de coronel del Estado Mayor norteamericano salió al corredor.

Willy Jackson era muy sensible a la graduación. Un capitán le hacía andar con cuidado; un mayor le hacía sudar y un coronel le convertía en un completo idiota.

Su mayor ambición era llegar a coronel cuanto tuviera treinta años, y al ver a ese

hombre macizo y arrogante que llevaba un uniforme immaculado, con tres resplandecientes hileras de cintas ganadas en combate, sintió la boca seca y presentó armas con un golpe de talones que resonó por todo el corredor.

Smernoff, un poco incómodo en su flamante uniforme, con la mano próxima a la culata del arma que llevaba al costado, lo observó; ya le habían hablado de Jackson y esperaba no tener dificultades con él.

—¿Qué hace aquí, soldado? —le gritó, deteniéndose frente a él.

—Guardia en el corredor, señor —respondió Jackson mientras el sudor le empezaba a correr por la cara pecosa. Era la primera vez en su carrera militar que un oficial de alto rango se dignaba hablarle.

—¿Cuál es la habitación del general Wainwright?

—Número 147, señor.

—¿Está de guardia por el general Wainwright?

—No, señor; por la mujer del 140.

—Ah, claro —Smernoff se aflojó un poco; no había esperado que fuera tan fácil—. Algo de eso he leído, descanse, soldado.

Jackson se distendió un poco, hasta que sus ojos azules y levemente inocentes se encontraron con los ojos oscuros de Smernoff, luego apartó bruscamente la vista.

¡Qué hombre!, pensaba. ¡Jackson! ¡Tienes que llegar a ser así! ¡Tienes que llegar a tener el aspecto que tiene este tipo!

—Y esa mujer —preguntó Smernoff, enganchando los pulgares en los bolsillos del pantalón— ¿la ha visto usted?

—No, señor.

—Dicen que tiene unos signos chinos tatuados en el culo ¿es cierto?

—No sé, señor.

—¿Cómo está el general?

—No sé, señor.

—Le diré una cosa: tiene suerte de ser soldado —Smernoff empezaba a divertirse—. No tiene que preocuparse por los malditos generales. ¿Dónde me dijo que estaba el vejestorio?

Jackson titubeó; consideraba que el general Robert Wainwright era un buen soldado y esa falta de respeto le desagradó.

—Habitación 147, señor.

—Muy bien, soldado, adelante —y Smernoff empezó a andar por el corredor, pisando fuerte, erguido y muy coronel. De pronto se detuvo y se volvió con una maldición.

—¡Eh... soldado!

Jackson se enderezó.

—Sí, señor.

—Vaya hasta mi jeep. ¡He olvidado la maldita cartera!

Automáticamente, Jackson se volvió y empezó a andar hacia el ascensor; luego se detuvo.

—Disculpe, señor, pero estoy de guardia —la angustia de su voz estuvo a punto de hacer reír a Smernoff.

—¡Yo le relevo! Yo estoy aquí, ¿no? ¡Tráigame la cartera!

—Sí, señor.

Jackson oprimió el botón de llamada y cuando las puertas del ascensor se abrieron, lo tomó para descender al vestíbulo.

Afuera, estacionado en las sombras, había un jeep militar, y Jackson corrió hacia él. Dos soldados de su misma categoría, que estaban conversando, se volvieron cuando se les acercó.

—La cartera del coronel —exclamó Jackson.

—Ah, sí —dijo uno de los soldados y después las cosas sucedieron con tal rapidez que, más tarde, Jackson apenas si tenía una vaga idea de lo que había pasado. El soldado que estaba más próximo le golpeó en la mandíbula, con la mano armada de un puño de hierro y su compañero arrebató el rifle automático de manos de Jackson mientras éste caía al suelo. Entonces el primero metió al desmayado Jackson dentro del jeep y entregó una abultada cartera a su compañero; después cubrió a Jackson con una lona, arrancó y se alejó rápidamente.

El otro soldado, Kordak, volvió corriendo al hospital. Al entrar disminuyó la marcha para saludar al empleado de recepción, que le miró con aire aburrido y tomó el ascensor hasta el cuarto piso, donde Smernoff esperaba paseándose de un lado a otro.

—¿Bien? —interrogó.

Kordak, un hombre delgado y moreno con cara de comadreja, que había trabajado algún tiempo con Smernoff, hizo una mueca afirmativa.

—Todo bien.

Entregó la cartera a Smernoff y, después de cargarse al hombro el rifle automático, empezó a patrullar por el corredor.

Smernoff se dirigió a un cuarto de baño próximo y sacó de la cartera una bata blanca de médico que se puso sobre el uniforme. Escondió la gorra con visera en un cesto de ropa sucia y sacó de la cartera un estetoscopio, que se colgó del cuello, y una cajita plana que contenía una jeringuilla para inyecciones cargada de un líquido incoloro. Se movía rápidamente y en pocos segundos el coronel norteamericano se había convertido en un médico de aspecto eficiente.

Salió al corredor y encontró a Kordak que se dirigía hacia él.

—¡Consigue una camilla! —le ordenó—. Por aquí debe haber alguna —y anduvo rápidamente por el corredor hasta llegar a la puerta que tenía el número 140.

Abrió la puerta y se introdujo en una habitación tenuemente iluminada. En la cama había una mujer, el hermoso rostro pálido enmascarado por los cabellos color miel. Los grandes ojos de color azul oscuro le miraron soñolientos cuando Smernoff se acercó a la cama.

—Buenas noches —la saludó—. Le daré la inyección; tiene que dormir mucho.

La mujer no respondió, pero siguió los movimientos rápidos y expertos de Smernoff, que había practicado muchas veces con la jeringuilla y la manejaba con seguridad.

La mujer se estremeció cuando él le tomó la muñeca entre sus dedos calientes y sudorosos.

—Está bien —le dijo Smernoff en tono tranquilizador y clavó la aguja en la piel tostada por el sol.

Como una mosca negra, Jo-Jo apretó entre sus rodillas el canalón y empezó a trepar lentamente. Como garras, sus sucios dedos alcanzaron la cornisa que había por encima de él, se afirmaron y le sirvieron de apoyo para subirse, desplazando su peso del pie derecho a la rodilla izquierda, y aferrándose a un punto más alto del canalón y subiendo después hasta el saliente. Se detuvo para recuperar el aliento; ya había llegado al tercer piso y abajo podía ver a Sadu que se paseaba inquieto cerca del coche. Jo-Jo se apretó contra la pared mojada por la lluvia. Debajo de él se había detenido una ambulancia Citroën blanca y negra de la cual bajó un hombre con cabello plateado que vestía un mono blanco.

Jo-Jo no prestó atención. Miraba hacia arriba, a la comisa siguiente que estaba a irnos tres metros por encima de su cabeza, y empezó de nuevo a trepar. Por un momento lo pasó mal; el canalón estaba mojado y resbaladizo y de pronto, los dedos y las rodillas no lo sostuvieron. Durante un momento en que se le paralizó el corazón estuvo entre la vida y la muerte; se escurrió casi hasta un metro hacia abajo y estuvo a punto de precipitarse al vacío, pero luego recuperó el equilibrio e hizo una mueca grosera. Jo-Jo no le tenía miedo a la muerte; era un riesgo que estaba dispuesto a correr a cambio de dinero.

Desde abajo, Sadu le miraba subir, vio cómo estuvo a punto de caer y contuvo el aliento. Observó cómo la oscura silueta se izaba hasta la cornisa del cuarto piso, se detenía y empezaba de nuevo a trepar hacia el quinto.

La lluvia caía sobre el rostro acalorado de Sadu, quien sentía cómo le martilleaba el corazón. Un grupo de enfermeras que charlaban y reían animadamente salió del hospital y pasó junto a él. Sadu, temeroso de que le vieran, volvió al coche y encendió un cigarrillo con mano temblorosa, satisfecho de tener excusa para no estar mirando a Jo-Jo cuando éste empezaba a avanzar por la cornisa, atisbando por las ventanas iluminadas por donde esperaba ver a Erica Olsen.

Jo-Jo no sabía que la enfermera asesinada había mentido, que no había pacientes mujeres en el quinto piso y que no existía una habitación 112.

Mientras Jo-Jo andaba por la cornisa echando maldiciones, un brillante Mercedes negro se detuvo junto a la entrada del hospital y de él descendió Girland. Cerró enérgicamente la puerta, mientras con el rabillo del ojo veía que en la oscuridad había una ambulancia Citroën. No le dio importancia; hospitales y ambulancias van juntos, pensó.

Subió rápidamente los escalones y entró al vestíbulo.

—¿*Monsieur*? —interrogó el empleado de la recepción, mirándole con disgusto. Las visitas tardías nunca eran bienvenidas.

—El doctor Forrester, por favor —pidió Girland.

—El doctor Forrester, no está; ya se ha marchado.

—Vengo a llevarme a mi mujer a casa —dijo Girland—. Habitación 140. ¿Usted está al tanto?

El empleado de la recepción, un hombrecillo que se estaba quedando calvo y tenía manchas hepáticas bajo los ojos, se animó de pronto. ¿Quién en el hospital no estaba al tanto del caso de la mujer de los signos tatuados?

—¿La mujer que ha perdido la memoria?

—La misma —respondió Girland—. Pero hagamos algo. Me la voy a llevar a casa. ¿Quién está al cargo del caso?

El empleado abrió un fichero, lo examinó y dijo:

—Sí, aquí tengo la nota... ¿es usted el señor Girland?

—El mismo.

—Ah, claro... enfermera Roche —levantó el receptor telefónico y habló un momento—. En seguida baja.

Girland resistió la tentación de encender un cigarrillo. De pronto se había dado cuenta de que tenía hambre. Todo había sido muy precipitado: después de separarse de Dorey había ido al aparcamiento, se había informado de los recursos que le ofrecía el coche y había ido hasta su apartamento para recoger la maquinilla de afeitar y algunas cosas que podría necesitar. De allí partió para el hospital, no tuvo tiempo de comer nada, y ahora le esperaba un viaje de 900 kilómetros con una mujer que había perdido la memoria y que podía ser una trampa. Qué noche me espera, pensó sacudiendo la cabeza.

Una joven enfermera vino desde el ascensor. Todavía no tenía veinte años y su carita inteligente y sus ojos vivaces despertaron el interés de Girland.

—¿Viene a buscar a su esposa, señor Girland?

—Exactamente.

—El doctor Forrester avisó que usted vendría. ¿Tiene coche?

—Sí. ¿Cómo está ella? ¿Puede viajar?

—Oh, sí, el doctor Forrester está satisfecho. Claro que puede viajar.

—Muy bien, vamos entonces.

Mientras iban hacia el ascensor la enfermera que se llamaba Ginny Roche, preguntó:

—Tenemos una curiosidad enorme, señor Girland. ¿Fue idea de usted que su mujer se tatuara?

Girland la miró con expresión seria.

—Oh, no. Es una vieja costumbre de familia; tendría que ver a la madre.

La muchacha abrió enormes los ojos.

—¡Qué espanto!

—Mi mujer está orgullosa de su tatuaje —dijo Girland cuando subían en el ascensor—. Tengo que andar vigilándola, porque siempre está intentando mostrarlo... y resulta un poquito incómodo.

Ginny le miró y se rió.

—¡Ah...! era una broma.

Girland le sonrió.

—Exactamente.

—Me imagino que estará contento de haberla encontrado. Debe ser terrible perder la memoria.

—A mí me vendría bien —comentó Girland—. Tengo muy cargada la conciencia.

Las puertas del ascensor se abrieron y Ginny le llevó por el corredor hasta la habitación 140.

Abrió la puerta y Girland, que percibió repentinamente una tensión inesperada, entró en la habitación y se detuvo de pronto al ver a un hombre bajo y macizo que vestía guardapolvo blanco y se inclinaba sobre el lecho de la mujer.

—¡Oh, disculpe! —exclamó Girland.

El hombre se volvió lentamente y le miró; sus ojillos negros pasaron del rostro de Girland al de Ginny, que le miraba con expresión consternada.

Smernoff no tardó en recobrar el aplomo.

—¿Qué pasa, enfermera? ¿Quién es este señor?

—Disculpe, doctor —Ginny estaba intrigada. No hacía mucho que trabajaba en el hospital, pero creía conocer de vista a todos los médicos y, aunque nunca había visto antes a ese hombre, su terror a la autoridad la inmovilizó.

—Es mi esposa —dijo Girland señalando a la mujer, tendida en la cama— y el doctor Forrester dice que está bien y que puedo llevármela a casa.

Smernoff retrocedió hacia la oscuridad, y dejando caer la jeringuilla en el bolsillo miró a Girland. Inmediatamente supuso que ese hombre alto y acerado debía de ser uno de los agentes de Dorey. Eso podía ser un problema; además, algo de ese hombre

le resultaba familiar. Estaba seguro de haberle visto antes.

—Bueno, está bien —respondió—. Pero acaban de ponerle una inyección y no se despertará hasta mañana por la mañana. Vuelva entonces y estará en condiciones de viajar.

Cuando uno entra en un hospital, el médico se convierte en una especie de dios; el guardapolvo blanco, o el estetoscopio y el aire de saberlo todo impresionan a la mayoría de las personas, y Girland no era la excepción.

—Discúlpeme, doctor, pero me dijeron que podía llevármela esta noche.

—Pues no —interrumpió Smernoff—. ¿No ha oído lo que he dicho? Le han dado una inyección y podrá salir mañana, pero no antes.

Girland se encogió resignadamente de hombros y empezó a andar hacia la puerta cuando observó de pronto que ese hombre llevaba pantalones color caqui debajo del guardapolvo y que sus zapatos; muy lustrados, eran de corte militar. Levantó los ojos hacia el rostro duro e inexpresivo y súbitamente recordó a un hombre armado de un rifle, que le disparaba en un desolado desierto de Senegal.

—Está bien, doctor, entonces volveré mañana por la mañana dijo suavemente, mientras su mente trabajaba con rapidez. Debo estar equivocado, dijo para sus adentros. El ruso que trató de matarme en el Senegal murió; de eso estoy seguro.

Abrió la puerta y se encontró con Kordak, que venía empujando una camilla, sobre la que se veía el rifle automático. Con la rapidez de un relámpago, Kordak se apoderó del rifle y apuntó a Girland.

—¡No se mueva!

Ginny inspiró profundamente y retuvo el aliento y, mientras maldecía a Kordak, Smernoff se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano.

—¡Grita y te rompo el cuello! —gruñó.

Girland retrocedió cautelosamente, con las manos a la altura de los hombros, mientras Kordak entraba en la habitación.

Hubo una pausa breve y tensa y luego Smernoff soltó a Ginny.

—Hagan un ruido y lo lamentarán —advirtió, mientras se despojaba del guardapolvo blanco y sacaba el revólver de servicio de la pulida cartuchera—. ¡Pongan a esa mujer en la camilla! ¡Ustedes dos! —el revólver señaló a Girland y a Ginny—. ¡Pronto!

Girland entró la camilla en la habitación y la llevó junto a la cama. Mientras lo hacía se sacó la píldora radial de debajo de la uña del pulgar.

Ginny, pálida pero serena, dio la vuelta a la cama y apartó la sábana y la manta. La mujer dormida, tenía puesto un camisón del hospital, pero Girland estaba demasiado ocupado para admirar su belleza. La tomó por las axilas y empezó a levantarla, tropezó deliberadamente y casi se cayó sobre ella. En ese momento, mientras recobraba el equilibrio, le metió en la boca la píldora radial, con la

esperanza de que ella la tragara.

—¡Cuidado con lo que hace! —gruñó Smernoff—. ¡Apresúrese!

Con la ayuda de Ginny, Girland deslizó sobre la camilla el cuerpo de la mujer dormida y, mientras lo hacían, sus ojos se encontraron. Girland le guiñó tranquilizadamente un ojo, pero ella no pareció tranquilizarse.

En ese momento Jo-Jo, que había encontrado una ventana abierta y ya había revisado todas las habitaciones del quinto piso, se dio cuenta de que la enfermera asesinada le había mentado. Con una maldición, pistola en mano, corrió por las escaleras hasta el cuarto piso.

Cuando Girland salió del despacho de Dorey, éste bajó una llave del interlocutor y dijo:

—Que me manden a Kerman.

Mientras soltaba la llave, se recostó en la silla, se sirvió otro de los exquisitos sandwiches de la bandeja y se lo comió lentamente, pensando que le gustaría estar las venticuatro horas del día en este tipo de situaciones. La monótona rutina, los interminables archivos y las cartas oficiales le aburrían, pero cuando tenía libertad de acción, dinero para gastar, buenos agentes y un problema que le exigía un planteamiento inteligente, entonces valía la pena vivir.

Se oyó un golpe en la puerta.

—Adelante —dijo Dorey, secándose los delgados labios con el pañuelo.

Jack Kerman entró.

Dorey consideraba que este hombre menudo era el más seguro de sus agentes externos. No había nada que llamara la atención en Kerman; era un hombre de treinta y tres años, con ojos atentos y divertidos y el pelo muy corto, que se ganaba respetablemente la vida con un garaje que tenía en el distrito de Passy. Su socio era un tipo gordo y alegre que se llamaba Jacques Cordey y que tenía ciertas sospechas de que Kerman era agente de la CIA, pero ninguno de los dos mencionaba nunca el asunto y, cuando Kerman desaparecía periódicamente, Cordey seguía ocupándose del trabajo del garaje sin hacer preguntas. Era un acuerdo muy conveniente.

Cuando Dorey no estaba tranquilo respecto del éxito de una operación, automáticamente pensaba en Kerman, y esta vez ya le había advertido que pasara por la embajada antes de que llegara Girland. Kerman había estado esperando con su habitual placidez y paciencia, hasta que le mandaron buscar.

—Siéntese, Jack —le indicó cordialmente Dorey—. ¿Quiere un sandwich?

Kerman se acercó al enorme escritorio y acomodó en el sillón su cuerpo menudo. Llevaba una chaqueta de *sport* vieja y muy usada que había comprado en Simpsons, Picadilly, la última vez que estuvo en Londres, y un par de descuidados pantalones grises. No había nada ostentoso en Kerman, pero bastaba mirar los serenos ojos oscuros y el rostro alerta y más bien feo para no seguir pensando que era nada más que otro fracasado.

—No, gracias, señor, ya he almorzado —respondió y se quedó esperando.

—Otra vez estamos con Girland —le informó Dorey—. Yo no quería recurrir a él, pero la situación es tal que no había elección posible.

Kerman sonrió.

—Eso suena a cosa complicada, señor.

—Ya lo sé. Le explicaré un poco —y brevemente, Dorey habló del caso de Erica

Olsen y del papel que le tocaba desempeñar a Girland.

Kerman aprobó con la cabeza.

—Puede resultar, señor. Sí... claro que Girland era la única elección posible.

—En este momento está abajo en el aparcamiento y dentro de media hora tiene que estar en el hospital norteamericano. Quiero que usted le siga, Jack, pero no deje que él le descubra; no quiero que piense que no confío en él, pero ocúpese de ayudarlo si se ve en dificultades. —Dorey le alcanzó una tira de papel a través del escritorio—. Aquí tiene una orden para un coche. Consiga algo enseguida; de eso ocúpese usted mismo, pero como Girland tiene que darle una píldora a la mujer (y espero que lo haga, porque entonces su tarea será fácil), busque un coche con aparato de radar. Y manténgase en contacto conmigo; no tenemos que perder a esa mujer. Ya he advertido a Girland que los soviéticos y los chinos le andarán detrás, y aunque probablemente me he movido lo bastante rápido para ganarles por la mano, es posible que me equivoque. Puede pedir la ayuda que necesite; le dejo que lo maneje todo usted solo. Los muchachos de O'Halloran son de mano demasiado dura para este tipo de tarea, pero es posible que usted tenga que recurrir a ellos y, si los necesita, no dude. Girland tiene un Mercedes 202, negro, matrícula 888. Vaya para el hospital tan pronto como pueda. —Dorey le tendió un fajo de cien francos—. Creo que tendrá bastante Jack, pero si necesita más avíseme. Tiene que seguirle hasta Eze y una vez allí, siempre que esté seguro de que no le han seguido, puede dejarlo solo sin-peligro —Dorey miró a Kerman—. ¿Sabe qué es lo que me gusta en usted? Que nunca pide dinero; en cambio, Girland nunca deja de pedirlo.

Kerman sonrió mientras se guardaba el dinero en el bolsillo.

—Es que yo me gano la vida y Girland no, y no cometa el error de pensar que Girland es mala persona, señor. En mi opinión, es el mejor hombre que tiene usted.

Dorey arrugó la cara.

—Yo no diría tanto, pero es bueno. El problema con él es que siempre piensa primero en sí mismo.

—Por lo que a él le toca, es buena política.

Dorey se rió.

—Adelante, Jack. Muévase.

Diez minutos después, mientras Dorey cerraba con llave los archivos, preparándose para irse, la puerta se abrió bruscamente y entró O'Halloran, con la cara congestionada de furia contenida.

—Hola Tim —le saludó conciliadoramente Dorey, que reconocía la señal de peligro—. ¿Qué le trae por aquí?

—¡Ese maldito Girland ha mandado al hospital a uno de mis mejores hombres! —rechinó O'Halloran, apoyándose en el enorme escritorio—. Y vea, señor...

—Bueno, bueno, cálmese. ¿Cómo ha sido eso?

O'Halloran respiró profundamente, se quitó la gorra y se sentó.

—Uno de mis mejores hombres... y ahora está en el hospital con una clavícula rota y cuatro costillas fracturadas.

—¿Pero quién es?

—Mike O'Brien.

Dorey pareció atónito.

—¿O'Brien? Me extraña; pensé que era el más duro de los muchachos. ¿En el hospital, dice?

—Girland lo ha tirado por las escaleras —explicó sombríamente O'Halloran.

—Pero ¿por qué diablos ha hecho eso?

—Bueno, me parece que O'Brien y Bruckman deben de haber estado un poco rudos. Después de todo, Girland no es gran cosa, ¿no? Los muchachos no tenían por qué tratarle como a un señor importante.

Dorey sonrió.

—Tampoco parece que Girland haya tratado a O'Brien como a un señor importante.

—¡Pero O'Brien estará inmovilizado un par de meses! —estalló O'Halloran—. ¡Quisiera que hiciese algo respecto a este asunto, señor! ¡No es posible que traten así a uno de mis hombres!

—Conozco a O'Brien —dijo tranquilamente Dorey— y es buen peleador. Debo admitir, Tim, que esa es una buena noticia para mí. Me preocupaba la idea de que, Girland se hubiera ablandado con el descanso, pero si puede encargarse de un tipo duro como O'Brien y mandarlo al hospital, creo que es más que evidente que he elegido al hombre adecuado.

—Bueno, por supuesto que ha pulverizado a ese bastardo irlandés —admitió—, pero que conste que yo me opongo a eso, señor.

—Tomaré nota —respondió gravemente Dorey—. Girland es todo un personaje. Claro que hay que vigilarlo y creo que es completamente indigno de confianza, pero en ciertas circunstancias, es el mejor hombre que tenemos. He encargado a Kerman que le siga, y es posible que Kerman necesite ayuda, de modo que le he dicho que le llame a usted en ese caso. ¿Hay algo más?

O'Halloran se frotó la cara y se encogió de hombros. Ya había formulado su queja, y continuó:

—Hemos estado investigando sobre la mujer y hemos recibido un informe de Pekín. La amante de Kung desapareció el 23 de junio y una mujer que responde a la descripción de Erica Olsen viajó por tren desde Pekín hasta el límite de Hong Kong. Dos días después tomó un avión a Estambul y paró dos días en el Hilton Hotel. Viajaba con el nombre de Naomi Hill y hace ocho días que llegó a París; uno de los empleados de Orly ha visto la fotografía y ha confirmado que era ella. En Orly la

perdimos de vista y recuperamos el rastro dos días más tarde, cuando apareció inconsciente; estoy intentando averiguar dónde estuvo en París durante esos dos días, pero sin resultado hasta el momento. Cuando la encontraron no tenía equipaje, ni siquiera un bolso de mano, pero de Hong Kong nos dicen que, cuando llegó de Pekín, llevaba consigo dos pesadas maletas, de modo que en alguna parte tienen que estar. En Orly no pudieron darme ninguna pista, pero estoy haciendo revisar todos los depósitos de equipajes. Quizá encontremos todavía las maletas, y eso puede ser importante.

Dorey asintió; su rostro delgado mostraba preocupación.

—Tal vez haya estado viviendo en casa de algún amigo. Parece raro que ningún hotel haya denunciado su ausencia o que haya dejado el equipaje.

—Sí. Bueno, seguiré con eso —O'Halloran se levantó—. ¿La van a sacar del hospital?

—En este mismo momento la están sacando. Espero una llamada de Kerman para asegurarme de que está a salvo y en viaje.

Pero cuando finalmente recibió la llamada de Kerman, Dorey, recibió un considerable *shock*.

Cuando Jo-Jo llegaba a la curva de la escalera que le llevaba al cuarto piso, oyó voces. Se detuvo bruscamente y miró con atención: vio a un soldado que le daba la espalda y tenía en la mano un rifle automático. Al verlo, Jo-Jo se puso tenso e hizo una mueca que descubrió sus dientes amarillentos y desiguales. Por fin he encontrado el piso, pensó, pero no voy a meterme con un hombre que tiene un rifle automático. Tendría que volver al quinto piso, y desde allí, por fuera, descolgarse hasta el cuarto; andando por la cornisa y mirando en todas las ventanas terminaría por encontrar a la mujer.

Entonces oyó que un hombre decía:

—¡Abran el ascensor!

Volvió a inclinarse cuidadosamente hacia adelante para espiar y alcanzó a ver una camilla con ruedas, donde estaba tendida una mujer rubia. Un hombre alto y delgado que llevaba un traje descuidado empujaba la camilla, seguido de otro, vestido con uniforme de coronel norteamericano, que empuñaba una pistola 45. Tras él iba una enfermera; la expresión aterrorizada de su rostro joven y pálido advirtió a Jo-Jo, demasiado tarde, de que sucedía algo anormal.

Mientras titubeaba, las puertas del ascensor se abrieron y, una vez que la camilla estuvo dentro del ascensor, entraron también los demás miembros del grupo y las puertas se cerraron.

Cuando el ascensor bajaba, Smernoff le advirtió a Girland:

—Cuidado con hacer nada cuando lleguemos al vestíbulo. Si es necesario,

empezaremos a tiros y si usted se pasa de vivo, puede haber una masacre. Acuérdese.

Girland se encogió de hombros.

—¡No pienso hacer nada... vamos! Ustedes la han conseguido: bueno, quédense con ella.

Smernoff le miró con desprecio.

—Dorey debe ser tonto para utilizar a *un flojo como usted*.

—Por supuesto —respondió Girland—. ¿Quién ha dicho que Dorey no sea un tonto? No se pongan duros; llévensela y déjenme en paz. ¿Qué me importa lo que pase? Dorey no me paga tanto.

Ginny abrió la boca y se quedó mirando a Girland, quien le hizo un gesto.

—Y-tú, nena, pórtate bien también —le aconsejó—. Tú no eres responsable de esta mujer. No te arriesgues a que te lastimen; nadie vale la pena de que le lastimen a uno.

Las puertas del ascensor se abrieron y el grupo, con la camilla, salió del vestíbulo.

El gordo empleado de recepción les miró, parpadeando. Kordak se había acercado a Ginny, quien se quedó junto a la camilla y Smernoff le dijo en voz baja a Girland:

—Firme la salida. Usted será el primero en pasarlo mal si sucede algo.

Girland se adelantó hacia el escritorio de recepción.

—Me llevo a mi mujer a casa —le dijo al empleado—. ¿Tengo qué firmar algo?

—Por supuesto —el empleado miró boquiabierto a Smernoff y luego a Kordak y a su rifle automático—. ¿Qué es todo esto?

—Es que es una persona muy importante —explicó tranquilamente Girland— y el ejército norteamericano se interesa por ella.

Intrigado, el empleado le entregó a Girland un formulario para rellenar. Smernoff se había puesto al lado de él, después de guardar la automática en la pistolera, pero Girland no se olvidaba del rifle.

Poco tardaron en salir del vestíbulo y descender la rampa que los llevaba a la ambulancia Citroën.

Jack Kerman, estacionado fuera del hospital con un Jaguar 38, vio cómo subían a la ambulancia a la mujer dormida, y vio también cómo Girland y una joven enfermera eran seguidos por un hombre con uniforme de coronel.

¡Ajá! se ha complicado la cosa, pensó Kerman y conectó el aparato de radar. Mientras la ambulancia empezaba a andar, el radar se calentó y cuando Kerman ponía en marcha el motor del coche, empezó a oírse un constante bip-bip que le tranquilizó; por lo menos, pensó, Girland ha logrado darle la píldora radial. Esperó hasta que la ambulancia diera la vuelta a la esquina y comenzara a correr hacia el puente de Neuilly, y después arrancó y maniobró con el coche para sacarlo del lugar de estacionamiento.

Sadu había visto cómo se alejaba la ambulancia, pero no pensó nada en especial;

estaba sentado, tenso, esperando que apareciera Jo-Jo a decirle que la mujer estaba muerta. Se sentía muy incómodo y nada le habría gustado tanto como irse y dejar a Jo-Jo que se las arreglara solo, pero ¿y si hubieran descubierto a Jo-Jo? ¿Y si...? Con una mueca, encendió otro cigarrillo y siguió mirando a través de la lluvia la iluminada entrada del hospital.

Jo-Jo había vuelto al quinto piso; , sabía que había fracasado y estaba nervioso. Yet-Sen no tenía paciencia con los fracasos, y Jo-Jo pensaba que éste podía ser peligroso. Su mente astuta trabajaba mientras apretaba el botón para llamar al ascensor. Cuando descendía hacia la planta baja desenroscó el silenciador de la pistola, se lo guardó en el bolsillo y sujetó el arma en el cinturón del pantalón. El ascensor se detuvo y Jo-Jo se precipitó hacia afuera con la rapidez de una sombra oscura, pasó junto al empleado de la recepción y salió a la lluvia. Sus movimientos fueron tan rápidos que el empleado, que cabeceaba en su escritorio, sólo tuvo una borrosa imagen de alguien que pasaba junto a él y, para cuando estuvo suficientemente despierto, Jo-Jo ya estaba metiéndose en el coche de Sadu.

—¡Vamos!

Sadu puso en marcha el motor, salió al bulevar desierto y empezó a recorrer rápidamente la plaza de Ternes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mientras mantenía los ojos fijos en la calle empapada de lluvia.

—La enfermera había mentido —respondió Jo-Jo—. No he podido encontrarla; no estaba en el quinto piso —pensó en la camilla con la mujer dormida que había visto en el ascensor y decidió que era mejor reservarse ese dato—. La operación estaba mal planeada. Tendremos que empezar mañana otra vez.

Sadu maldijo, clavó violentamente los frenos y se detuvo junto a la acera.

—¿Mañana? ¡Me han dicho que tiene que estar muerta para mañana! ¡Volvamos! ¡Hay que encontrarla!

Jo-Jo se rascó la sucia nuca.

—¿Y cómo? No puedo revisar todas las habitaciones del hospital. El que está en un lío es usted. Dígame dónde está y yo haré el trabajo.

Sadu estaba desesperado; esta era su primera misión importante y, a menos que tuviera éxito, su *status* con Yet-Sen y, peor aún, con Pearl, quedaría reducido a cero. Además, de acuerdo con lo que había dicho Pearl, su propia vida podía estar en peligro.

—Volvamos —insistió, tratando de que su voz sonara firme—. De alguna manera la encontraremos.

Jo-Jo dudó un momento y después decidió que era mejor decir la verdad; volver no serviría de nada.

—Está bien, no se preocupe tanto; ha sido un fallo. Se la han llevado. Yo vi cómo

la sacaban en una camilla.

Sadu se volvió violentamente en el asiento.

—¿Quién se la ha llevado? —preguntó con voz aguda.

—Los norteamericanos —respondió, sombrío, Jo-Jo.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¡No grite! No quería complicaciones.

Con una maldición, Sadu abofeteó con el dorso de la mano el rostro delgado y sucio de Jo-Jo.

—¡Rata hedionda! Podríamos haber seguido a la ambulancia. ¡Yo la he visto salir, pero no sabía que iba ella dentro!

Hubo un momento de silencio, y como Jo-Jo no dijo nada, Sadu puso en marcha el coche y comenzó a recorrer a gran velocidad la calle oscura y, barrida por la lluvia.

Jo-Jo se limpió en la manga la sangre de la nariz, resistiendo el impulso de clavar su cuchillo en el cuerpo de Sadu, y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—¡Cállate! —aulló Sadu.

Encogiéndose de hombros, Jo-Jo se hundió en el asiento; era su primer fracaso y estaba un poco acobardado. En la cara le ardía la bofetada que le había dado Sadu. Bueno, eso era una cuenta para cobrar; jamás le había pegado nadie sin lamentarlo después.

Conduciendo a una velocidad tal que hasta Jo-Jo sentía que se le ponían los pelos de punta, Sadu llegó a su establecimiento de la calle Rivoli en diez minutos.

Abrió la puerta de vidrio, hizo pasar a Jo-Jo delante y entró en el local pequeño y oscuro. Ambos dieron la vuelta al mostrador y entraron al *living-room*.

Pearl Kuo, con las manos apoyadas en sus suaves rodillas, estaba sentada en un sillón y miró a Sadu con aire interrogante.

—¡No ha podido encontrarla! —dijo Sadu, con el rostro brillante de sudor—. Ahora se la han llevado los norteamericanos. Esta rata inmunda les ha dejado salir y llevársela y ahora hemos perdido el rastro. ¿Qué hago?

Pearl se levantó, con los ojos muy abiertos.

—Dime qué ha pasado —le dijo a Jo-Jo, que la miraba sombríamente.

Él le explicó que la enfermera había mentido y le había hecho perder tiempo buscando en el quinto piso del hospital, y Sadu se sintió horrorizado al ver que Pearl no se conmovía para nada cuando Jo-Jo contó, con aire causal, cómo había asesinado a la enfermera.

—Yo no podía saber que mentía —concluyó—. La operación estaba mal planeada.

—Sí —Pearl se volvió a Sadu—. Tienes que decir a Yet-Sen que los norteamericanos ya se la habían llevado antes de que llegárais vosotros al hospital.

Dile que estás tratando de localizarla, que mañana por la mañana sabrás adónde se la han llevado y entonces completarán la misión.

—¿Pero cómo voy a saber adónde se la han llevado? —gritó Sadu, secándose el sudor de la cara.

—De eso me ocuparé yo. Dile a Yet-Sen que yo tengo un contacto que puede saber dónde está y que he ido a hablar con él.

Sadu la miró con aire de sospecha.

—¿Quién es ese contacto?

—No hace falta que tú lo sepas, querido. Deja que yo me ocupe de eso —señaló el teléfono y prosiguió—: Llama a Yet-Sen. ¿Tu coche está afuera?

—Sí... pero ¿adónde vas?

Ella entró al dormitorio y volvió a salir poniéndose un impermeable de plástico blanco.

—¿Adónde vas? —repitió furiosamente Sadu.

—Por favor, habla con Yet-Sen. No tardaré —dijo Pearl y se fue.

Sería poco decir que Girland se alarmó cuando vio a Malik parado junto a la ambulancia, pero pronto recuperó su aplomo.

—¡Vaya, pero si es mi viejo camarada Malik! —le dijo—. Durante todos estos meses, me sentía muy contento, cada vez que me acordaba de usted, al pensar que la última vez que nos vimos le di por muerto.

Malik le miró con sus resplandecientes ojos verdosos.

—No me muero tan fácilmente —respondió—. ¡Adentro, y cálese la boca!

Girland se encogió de hombros, miró rápidamente a Kordak, que le cubría con el rifle automático, y subió a la ambulancia.

—Usted también —le dijo Malik a Ginny.

Cuando la chica se adelantó hacia la ambulancia, Girland se inclinó para ofrecerle la mano, pero ella no le hizo caso y subió sin aceptar su ayuda.

Smernoff ocupó el asiento del conductor y Kordak se sentó junto a él, mientras Malik y Girland ocupaban la parte de atrás. Tan pronto como las puertas se cerraron, el vehículo partió rápidamente hacia el puente de Neuilly, haciendo guiñar la luz roja y advirtiendo de su proximidad con la sirena.

Girland se puso cómodo y le dijo a Malik:

—No me diga que salió de aquel infierno. Realmente, creí que le había visto por última vez.

Malik se apoyó contra el acolchado asiento.

—Usted no era el único que tenía un helicóptero —respondió— pero eso es historia antigua. —Miró a la mujer dormida—: ¿Así que se supone que usted es el marido? ¿Dónde piensa llevarla, Girland?

—Dorey ha dispuesto una habitación para ella en la embajada —mintió Girland—. Naturalmente, la idea era que yo la mimara y la atendiera, con la esperanza de que por fin hablaría. Y ahora que ustedes la tienen, ¿qué piensan hacer con ella?

—No es cosa suya —replicó Malik.

Girland lo observó con una sonrisa entre triste y divertida.

—El problema con ustedes los rusos es que toman el trabajo demasiado en serio —le dijo—. ¿Qué van a hacer conmigo? Veá, Malik, podemos llegar a un acuerdo. Usted no sabe tratar a las mujeres como yo. ¿Qué le parece si yo sigo pasando por el marido de ella, y en vez de darle la información a Dorey, se la doy a usted? Después de todo, el enemigo común de los norteamericanos y los rusos es China, y yo estoy seguro de que podría sacarle más que usted; usted no tiene el toque justo. Le costará un poco, pero su gente no se va a preocupar por eso. Por treinta mil francos, yo cooperaría con ustedes ¿qué me dice?

Ginny, que escuchaba, abrió la boca.

—¿Qué horrible es usted! —exclamó, mirando furiosa a Girland—. ¿Cómo puede decir una cosa así?

El la miró con su sonrisa encantadora.

—Por favor, ¿quieres sacar la naricita de este asunto? A nadie le importa lo que pienses —miró a Malik—. ¿Qué le parece, mi camarada ruso? ¿Cerramos el trato?

Malik le miró con desprecio.

—Yo le tendría más confianza a una serpiente de cascabel que a usted, Girland. Ya me las arreglaré con la mujer; no le necesito. Lo que me sorprende es que Dorey le utilice.

—Tiene razón; a mí también me sorprende —Girland se rió—. La mala es que es un romántico y todavía no ha aprendido a desconfiar de nadie. Bueno, está bien, si usted dice que no podemos llegar a un arreglo, ¿qué es lo que va a pasar conmigo?

En ese momento la ambulancia se precipitaba a lo largo de la amplia autopista del oeste.

—Dentro de un momento nos detendremos para dejarle libre —dijo Malik— así que puede volver y decirle a Dorey que ha fracasado. Pero tenga cuidado, porque es posible que la próxima vez no le salga tan bien. No tengo orden de matarle, pero es posible que si nos volvemos a encontrar, me tiente la idea.

Girland se estremeció exageradamente.

—Me mantendré a buena distancia de usted, camarada; no quiero poner la tentación en su camino. ¿Y qué pasa con nuestra bonita enfermera?

Malik miró a Ginny y se encogió de hombros.

—Puede volver con usted. Para que se entere, después de andar unos kilómetros más allá del lugar donde les dejemos, cambiaremos de coche, así que perderán el tiempo si tratan de seguirnos.

—¿Y por qué habría de seguirles? —preguntó Girland—. He hecho lo que tenía que hacer y he fracasado. Ya he cobrado algún dinero, de manera que Dorey ha muerto.

Malik aspiró profundamente, exasperado. Esa actitud, esa manera de hablar de un agente norteamericano le enfurecía a la vez que le desconcertaba. Malik) que siempre se había tomado su trabajo en serio y había estado dispuesto a sacrificar su vida por la Causa, pensaba en ese hombre y se sentía a punto de estallar. Ya lo conocía: era un hombre que no pensaba más que en sí mismo.

Pero al pensar en Girland, mientras la ambulancia corría a lo largo de la autopista, Malik sintió un ligero malestar. Cuánto más fácil debía ser la vida, pensó nostálgicamente, si uno tuviera ese tipo de filosofía: ponerse en primer término y pensar siempre en el dinero. Miró a Girland, que con los ojos cerrados se mecía en su asiento, completamente relajado y tatareando el último éxito de los Beatles.

Entonces se enderezó; el solo hecho de pensar así era un signo de decadencia, se dijo; e inclinándose hacia adelante, con voz enérgica le ordenó a Smernoff que aumentara la velocidad.

Eran más de la diez de la noche y la segunda sinfonía de Mahler llegaba a su resplandeciente final cuando el sonido agudo y persistente del timbre de la puerta hizo que Nicolás Wolfert se levantara dando muestras de fastidio.

Wolfert ocupaba un lujoso apartamento en la calle Singer, un *penthouse* que daba sobre los viejos techos ennegrecidos por el hollín de París. Compró el apartamento de tres ambientes con el dinero que había heredado de su padre, Joel Wolfert, que había tenido gran éxito comercial dedicándose a vender mercancías norteamericanas a los chinos. La primitiva idea de Joel Wolfert fue que su negocio pasara a su hijo, pero con gran consternación descubrió que éste se orientaba hacia la erudición; después de un largo período en el que acabó de desilusionar a su padre, Nicolás Wolfert terminó por ser uno de los mundialmente conocidos expertos en artículos chinos de jade, además de ser un extraño, capaz de leer, escribir y hablar con igual fluidez varios dialectos chinos.

Muerto su padre y después de haber invertido prudentemente la fortuna que había heredado, .Wolfert se ganaba aceptablemente la vida asistiendo a subastas, escribiendo artículos sobre el jade y, si era necesario, trabajando con Dorey cuando éste necesitaba un consejo experto sobre problemas chinos.

Dorey había aceptado a ese hombre bajo, gordo y bastante poco simpático como experto en asuntos chinos y, .naturalmente, la división de Seguridad lo había estudiado; sin embargo, deslumbrados por su talento, no se habían ocupado de escarbar en su vida privada con la minuciosidad que hubiera sido deseable. Si Dorey hubiese tenido conocimiento del atractivo que ejercían sobre Wolfert las mujeres

orientales, eso le habría preocupado, y las cuidadosamente ocultas actividades sexuales de Wolfert habrían hecho que a Dorey se le pusieran de punta los pocos pelos que le quedaban.

Wolfert, mascullando malhumorado, bajó el volumen de su carísimo equipo de alta fidelidad. Fue a abrir la puerta, cruzando la inapreciable alfombra persa heredada de su padre, siguió por el corredor cuyas paredes adornaban valiosísimos kakemonos, también heredados.

La menuda figura, envuelta en un impermeable de plástico blanco, que esperaba a la puerta hizo que el corazón le diera un salto.

—Pero, Pearl... eres Pearl, ¿verdad? —miró el hermoso rostro de facciones finas—. ¿Qué te trae por aquí? Adelante, estás mojada.

Los pintados labios de Pearl se curvaron en una sonrisa al pasar junto a él. Intrigado a la vez que excitado, Wolfert la siguió al *living-room*, apagó apresuradamente el tocadiscos y le sonrió, perplejo.

Algunos meses atrás se habían encontrado en el restaurante de Chung Wu. Ella almorzaba sola y le había sonreído, de modo que a Wolfert le pareció que, evidentemente, debía acercarse a ella porque su belleza de flor le había hechizado. Por otra parte, Pearl había sido sorprendentemente directa. Después de una excelente comida, le había dicho en voz baja:

—Cuando tengo la suerte de encontrarme con un hombre como usted, me gusta estar en sus brazos. Tengo una habitación. ¿Vamos?

Casi sin poder creer en su buena suerte, Wolfert la había seguido. Habían ido a un pequeño hotel en la calle Castellane, donde el hombre que atendía el mostrador de recepción le había dado una llave a Pearl, sin tener que pagar. Wolfert había visto que el empleado y la muchacha vietnamita intercambiaban un leve gesto, pero estaba tan entusiasmado que ño le dio importancia. Mientras marchaba escaleras arriba tras las diminutas caderas, pensaba que esta podía ser una de las aventuras más interesantes que hubiera tenido, y en efecto así fue.

Al salir a la calle ardiente y estrecha una hora más tarde, exhausto pero saciado, Wolfert pensaba que las occidentales no sabían nada de la técnica del amor. Naturalmente/ ellas creían que sí, y él había conocido algunas a quienes les placía mucho satisfacer a un hombre, pero cuando se trataba de una verdadera unión física, las mujeres orientales no tenían rival.

Había vuelto a encontrarla tres veces y cada vez habían ido al mismo hotel, hasta que Wolfert había decidido cambiar. Era de los que piensan que en la variedad está el gusto y dejó de ir al restaurante de Chung Wu. Encontró en el aeropuerto de Orly una azafata japonesa cuya técnica le dejó fascinado. Después estuvo con una muchacha hindú que estudiaba francés clásico en la Sorbona y que quizá no era tan interesante, pero sí divertida. Después vino la muchacha de Thai; sólo pensar en ella le hacía dar

un respingo. Infligir dolor a las mujeres era algo que le daba náuseas; era algo que no podía entender y se había librado rápidamente de ella, pero la experiencia todavía le chocaba un poco.

Hasta ese momento se había olvidado de Pearl, y estaba intrigado, pero todavía bastante confiado en su atractivo para no preocuparse.

—Hace mucho que no nos vemos —dijo mientras ella se quitaba el impermeable mojado—. ¿Pero cómo supiste que vivía aquí?

Con gracia etérea, ella se dirigió a un sillón y se sentó en el borde. Con el *Cheongsam* negro que dejaba ver los pantalones de seda blanca, el pelo negro brillante y un capullo de loto detrás de la oreja, era una imagen fascinante.

—Quiero saber dónde está Erica Olsen —dijo dulcemente.

Wolfert la miró boquiabierto; por un momento creyó que había oído mal: luego le invadió la alarma.

—¿Qué quieres decir? No... no entiendo.

—La mujer que estaba en el hospital norteamericano. Se la han llevado —dijo Peaxi, mirándolo con sus brillantes ojos negros almendrados—. Tú trabajas para Dorey. Mi gente quiere saber dónde está y tú debes decírmelo.

Wolfert se puso de pie, con el grueso rostro púrpura, y le señaló la puerta con un dedo tembloroso.

—¡Vete! ¡No te quiero ver aquí! ¡Vete o llamaré a la policía!

Ella le miró fijamente durante un momento, con rostro inexpresivo, y después abrió su bolso y sacó cinco fotografías.

—Míralas, por favor. Es posible que no quieras que tus amigos las vean y también podría enviárselas al señor Dorey. Míralas con cuidado, por favor.

Wolfert se congestionó; le arrebató las copias, las examinó, se puso pálido y se estremeció. Nunca se había dado cuenta hasta ese momento de lo desagradable que se veía, gordo como se había puesto. Su desnudez le repugnaba y sabía que el rostro borrado de la mujer desnuda que estaba con él era el de Pearl.

—No puedo perder tiempo —dijo Pearl— y tengo que saber dónde está esa mujer. ¿Dónde está?

Mientras dejaba caer las copias en el suelo, con un estremecimiento de disgusto, Wolfert respondió:

—No sé. Sé que estaba en el hospital norteamericano y, si la han sacado de allí, no lo sé.

—Debes averiguarlo.

—¿Y cómo? —la gruesa cara de Wolfert estaba pálida y temblorosa de miedo—. Dorey no me lo dirá. ¿O es que no te das cuenta? Claro que no me lo dirá.

—Entonces, tú debes ayudarme a descubrirlo —sacó del bolso una cajita plana— con esto. Es un micrófono adhesivo y lo único que tienes que hacer es ponerlo debajo

del escritorio de Dorey; lo demás lo haremos nosotros. Si no está en su sitio para mañana a las diez de la mañana a más tardar, las fotos circularán. Y tengo muchas más copias; puedes guardarte éstas para que te recuerden lo urgente que es.

Se levantó, se embutió en su impermeable y se fue tranquilamente.

Wolfert, helado, permaneció inmóvil, con los ojos fijos en la caja que ella le había dejado.

En el cruce con la autopista que lleva a Ville d'Avray, Smernoff, redujo la velocidad. Otra vez llovía mucho y el tránsito era muy escaso.

—Está bien... ahora —dijo Malik.

Smernoff detuvo la ambulancia.

—Ustedes dos, salgan —dijo Malik, mientras en su mano aparecía una pistola automática. Con el cañón señaló primero a Ginny y después a Girland.

—Bueno, gracias por el paseo —dijo Girland y abrió la doble puerta de la ambulancia, pero se detuvo a mirar a Malik—. ¿Seguro que no quiere cerrar el trato? Sería dinero bien gastado.

—¡Salga! —le ordenó Malik, furioso.

Ginny ya estaba fuera, parada, con aire miserable bajo la lluvia. Con un gesto de resignación, Girland se unió a ella, mientras Malik cerraba, las puertas de un golpe y la ambulancia volvía a arrancar. En pocos segundos las luces rojas de atrás habían desaparecido.

—¡Debería avergonzarse! —exclamó Ginny, con su indignada carita empapada por la lluvia—. ¿Y pretende ser un hombre?

—Mi mamá pfensaba eso, si no, no me habría llamado Mark —dijo Girland alegremente—. ¡Maldita lluvia! Parece que vamos a tener que caminar bastante para volver.

—¿Pero es que no piensa hacer nada? ¡A esa mujer la están secuestrando! ¡Usted tiene que hacer algo!

—Bueno, dime qué —replicó Girland con voz de aburrimiento, e hizo una mueca al sentir que la lluvia empezaba a colársele por el cuello de la camisa—. Me estoy mojando.

—¡Detenga un coche y sígalos!

—Ah, qué idea —Girland la miró con aire divertido—. ¿Y te parece que si les alcanzamos podemos hacer algo? Tienen un rifle automático y revólveres.

Parecía que Ginny estaba a punto de pegarle.

—¡Bueno, entonces pare un coche y avise a la policía! —gritó, golpeando con el pie la yerba empapada.

—Está bien... está bien. Vamos a parar un coche, pues.

Girland se volvió a observar la recta de la autopista y, a lo lejos, vio aproximarse

luces y empezó a hacer señas. El coche pasó rugiendo, empapándolo con una fina capa de agua y barro.

—El problema con los franceses es que no les gusta parar en una carretera oscura —explicó—. Pero probemos otra vez; aquí viene uno bastante rápido —se movió un poco hasta quedar bien en el centro del primer carril—. Si él tipo este me mata, espero que me mandes flores.

Las luces brillaron y Girland, preparado para dar un salto atrás y ponerse a salvo, empezó a hacer señas. Las ruedas chirriaron, el coche patinó, el conductor consiguió hacerse con él y se detuvo unos metros más allá del lugar donde estaba parado Girland.

—Bueno, al menos éste ha parado —dijo Girland—. Hablaré con él.

Corrió hacia el coche, que ahora se apartaba de la calzada para estacionarse sobre la yerba de la cuneta.

Ginny, con su uniforme blanco adherido al cuerpo por la lluvia, corrió tras él.

Jack se asomó por la ventanilla del coche y saludó a Girland con una mueca.

—Ya me imaginaba que os largarían. Adentro. Los bips se oyen preciosos.

Girland abrió la puerta de atrás y colocó a la chica en el asiento trasero, dio la vuelta al coche y se sentó al lado de Kerman. Mientras éste lanzaba el coche como un bólido por la carretera, Girland se inclinó a examinar la pantalla del radar.

—¡Eh! ¡Tranquilo! —dijo de pronto—. Están* deteniéndose; es probable que vayan a cambiar de coche y no nos conviene encontrarnos con ellos.

Kerman aminoró la marcha. Un coche con un claxon ensordecedor pasó aullando junto a ellos y le obligó otra vez a meterse en la cuneta.

Después de volver a mirar a la pantalla, Girland se volvió para mirar a Kerman con una sonrisa.

—Hace tiempo que no nos vemos —le dijo, y le estrechó la mano—. Así que el viejo zorro todavía no me tiene confianza y ha tenido que ponerte sobre mi pista.

—Parece que tenía razón —respondió secamente Kerman—; podrías-haberla perdido.

—Es cierto —asintió Girland mientras encendía un cigarrillo—. ¿Te acuerdas de Malik y de que le habíamos dado por muerto? Pues es él quien está en todo esto. Lo creas o no, consiguió salir de aquel agujero infernal de la misma manera que tú me sacaste a mí.

Kerman silbó.

—Tengo que avisar a Dorey. ¿Estás seguro de que es Malik?

—Vamos, Jack, ¿es que alguien puede confundirse con ese gorila?

El bip del radar empezó a moverse de nuevo.

—¿Qué te parece si conduces tú mientras yo hablo con Dorey? —sugirió Kerman. Girland bajó de un salto y dio la vuelta al coche mientras Kerman se pasaba al

otro asiento. Un momento más tarde, Girland conducía el coche por la autopista mientras Kerman llamaba por teléfono a Dorey.

Girland escuchó la unilateral conversación y arrugó la cara; cuando Kerman colgó el receptor, le dijo:

—Apostaría a que el viejo chivo se ha enojado.

—Está bastante furioso —replicó Kerman—, y dice que el responsable eres tú. Quiere saber si necesitas ayuda. ¿Quieres que avise a los muchachos de O'Halloran?

—Si lo pregunta, es que entonces todavía lo deja en mis manos —comentó Girland mientras lanzaba el coche como un trueno por la carretera barrida por la lluvia— y con eso es un punto a mi favor. No, dile que me puedo arreglar solo —miró a Kerman—. ¿Vienes?

—¿A ti que te parece?

—Está bien, entonces dile que nos las podemos arreglar —dijo Girland con una sonrisa.

Kerman volvió a hablar con Dorey y cuando cortó, dijo:

—Parece que no le gusta. Apuesto a que suelta a los guapos de O'Halloran.

—Bueno, primero tendrán que encontrarnos —dijo Girland.

Kerman observaba la pantalla de radar y de pronto, dijo:

—¡Para! ¡Ahora vuelven! ¡Parece que vuelven a París y a la velocidad de un torpedo!

Girland se apalancó sobre los frenos para detener el coche, dio la vuelta sobre la yerba mientras otro coche les pasaba volando y expresando su protesta a bocinazos. En pocos segundos, se puso rumbo a París, a sesenta kilómetros por hora.

—Ahí vienen —anunció Kerman y un momento más tarde un Peugeot Estate Wagón les pasó como una exhalación, a más de ciento veinte kilómetros por hora. Girland vio la cabeza plateada de Malik, mientras el coche pasaba rugiendo; aceleró un poco, hasta llegar a setenta y cinco kilómetros por hora. Los bips del radar se oían perfectamente.

—Nuestra amiguita de atrás está muy calladita —le dijo a Kerman—. ¿Cómo anda?

Kerman miró por encima del hombro a Ginny, que temblaba.

—¿Está bien, enfermera?

—Sí.

—Está bien —dijo Kerman— pero parece que tiene frío.

Girland se rió.

—Hace mucho de eso; nació en frío. Hasta duda de que yo sea un hombre.

—¡Oh, le odio! —dijo furiosamente Ginny.

—Cuidado, nena —replicó Girland mientras hacía picar el Jaguar—. Dicen que el odio y el amor son primos hermanos.

El Peugeot Estate Wagon aminoró la marcha y entró en la avenida, custodiada por la enorme verja de un antiguo castillo sobre la carretera principal de Malmaison. Cuando el vehículo se detuvo; se encendieron las luces en la entrada y Merna Dorinska descendió los gastados escalones acercándose al coche.

Era una mujer que medía un poco menos de un metro ochenta y llevaba una camisa roja de hombre descuidadamente metida dentro de unos pantalones de algodón negro. Podía tener cualquier edad entre treinta y cuarenta años y llevaba el pelo negro aplastado contra la cabeza redondeada y recogido en un pequeño rodete sobre la nuca. Sus facciones parecían cinceladas en piedra: irregulares y duras, la nariz chata contrastaba con los labios finos como un papel. Sus enormes manos y sus miembros musculosos revelaban qué había sido pura casualidad que del cuerpo de su madre saliera una niña en vez de un varón. Merna Dorinska era uno de los agentes femeninos más capaces del Soviet y, como Malik, había llegado a los puestos más altos merced a su completa dedicación a la Causa, su despiadada crueldad y su agudísima inteligencia.

Hasta Malik, que la odiaba, la trataba con cuidado.

—Aquí está su paciente —le dijo al salir de la ambulancia—. Está drogada, pero estará despierta y se la podrá interrogar para mañana a las nueve o las diez.

—Llévenla adentro —dijo Merna, con voz dura y masculina—. ¿No le han seguido?

—¿Seguirme? ¿Qué quiere decir? —gruñó Malik. La pregunta le enfurecía ya que Malik estaba convencido de que las mujeres eran inferiores a los hombres, aunque en el pasado se había visto obligado, a admitir que esa mujer había demostrado ser superior a la mayoría de sus hombres; pero, sin duda, no era superior al propio Malik.

Merna le miró; sus ojos, semiocultos por los párpados, expresaban el disgusto que él le provocaba.

—Se trata de Dorey —respondió fríamente—; no hay que subestimarlo.

—¡Yo sé lo que me hago! —replicó con furia Malik—. ¡Su tarea es cuidar a la mujer! ¡Y no me diga cosas que ya sé!

Smernoff y Kordak llevaron a la mujer que dormía en la camilla al interior del castillo.

Merna, sin dejarse intimidar por la cólera de Malik, observó:

—Pues sería mejor que se deshiciera del coche; puede que se hayan fijado en él.

Malik resistió el perverso impulso de darle un puñetazo en la cara.

—¡Esa es mi tarea! —estalló—. ¡Cuidar a la mujer es la suya!

Merna le miró fijamente con rostro inexpresivo, se volvió y, con paso largo y elástico, subió los escalones entrando en el castillo. Malik la siguió con la vista, mascullando, pero decidió que lo que ella había dicho era sensato. Tenía que deshacerse del coche, pero le enfurecía que ella se lo hubiera indicado.

Smernoff bajó los escalones.

—¿Y ahora?

—Tenemos que deshacernos del coche —dijo Malik—. Aquí no la encontrarán.
¿Quién la cuida además de Kordak?

—Tres de mis mejores hombres; está segura.

Malik titubeó; recordaba lo que Merna había dicho de Dorey, pero... ¿qué sabía ella de Dorey? Dorey era un viejo tonto que empleaba a hombres como Girland... un desecho: un tipo siempre a la busca de algún acomodo. Malik pensó que podía volver tranquilamente a París a informar a la embajada y al día siguiente por la mañana regresar a Malmaison para hacer hablar a la mujer.

—Está bien —decidió—; vamos.

Cuando el Estate Wagón salía de la avenida para tomar la ruta, comentó:

—¡Imagínese que ese estúpido de Girland quería hacer un trato... un trato conmigo!

Smernoff gruñó. Le llamó la atención la nota ligeramente melancólica que sonaba en la voz de Malik y le miró con interés, pero después se encogió de hombros.

Ninguno de los dos prestó atención al Jaguar negro que estaba estacionado en medio de una hilera de coches.

Girland dio un codazo en el brazo de Kerman.

—Ahí van. Ahora entramos nosotros y nos la llevamos.

Dorey recorría con mirada inquieta los tres teléfonos que había sobre su escritorio; estaba muy preocupado y sus delgados labios se veían tensos. Los rusos le había derrotado en toda la línea y él reconocía haber estado lento para moverse. Tan pronto como O'Halloran le habló de esa mujer, él debía haber corrido el riesgo de sacarla del hospital para llevarla a algún lugar completamente seguro e inaccesible. Esto me pasa, pensó con amargura, por ser demasiado cauteloso. Era una estupidez perder el tiempo en encontrar a Wolfert para que estudiara los signos tatuados, y buscar a Girland también había sido una pérdida de tiempo. Ahora los rusos tenían a la muchacha y Dorey pensaba con inquietud en Washington. Lo primero que se le ocurrió fue llamar a O'Halloran y confiarle a él la operación y no a Girland, pero al mismo tiempo tenía una fuerte sensación instintiva de que, si había alguien capaz de sacar esa castaña del fuego, ese alguien era Girland.

Extendió la mano hacia el teléfono que le pondría en contacto directo con O'Halloran y después, como un jugador que arroja sobre el tapete su última carta, levantó el receptor que comunicaba con el Jaguar de Kerman.

—¿Jack?

—Sí, señor —respondió la despierta voz de Kerman.

—Quiero hablar con Girland.

—Un momento.

Hubo una pausa y luego se oyó otra voz en la línea.

—Girland al habla —el tono de indiferente impertinencia hizo hervir de furia a Dorey.

—¡Escuche! —estalló—. ¿Dónde está y qué hace?

Girland le hizo un guiño a Kerman y se hundió un poco más en el asiento del conductor.

—Estoy en algún lugar en las afueras de París, y sé qué es lo que estoy haciendo —respondió—. Por todos los diablos, Dorey, tranquilícese. Usted me ha encargado este trabajo y me paga bien por hacerlo... por lo menos, eso espero. Y yo estoy haciendo el trabajo, así que no veo por qué se preocupa tanto.

—¡Girland! —la voz de Dorey subió de tono—. Esta podría ser la tarea más importante y más vital que jamás le haya dado a nadie. ¿Qué es lo que hace? ¡Es algo que podría llegar a nivel presidencial y ya ha perdido a la mujer! ¿Qué les digo a los de Washington?

—¡Al diablo con Washington! Usted no meta las narices en esto —contestó Girland—. Yo cumpliré; tranquilícese —y colgó el receptor.

Miró a Kerman y sacudió la cabeza.

—¡Debería haberse retirado hace años! Vamos, Jack. Tengo, que estar en Eze

mañana por la mañana.

Kerman se rió; era un placer trabajar con un chiflado como Girland.

—Eres un bastardo irresponsable, ¿no? —le dijo—. No estarás proponiéndome entrar ahí y liarnos a tiros con probablemente una docena de rusos bien fornidos, ¿eh?

—Bueno, esa es la idea —dijo Girland—. Tú y yo podemos hacerlo. Apostaría a que hay una docena pero ¿quién ha dicho que los rusos son fornidos?

—Podemos hacer algo mejor —dijo Kerman, corriendo a un lado un panel que había debajo del tablero del coche—. Aquí tenemos un par de pistolas de gas y hay máscaras antigás también; cuando Dorey prepara una operación, la prepara en serio —entregó a Girland una pistola pesada y chata con un cañón de casi tres centímetros de ancho—. Ten cuidado; tiene bastante gas paralizante para poner a un batallón fuera de combate.

—Facilísimo —Girland tomó la máscara que le entregaba Kerman y se la ajustó sobre la nariz y los ojos; luego se volvió y se dirigió a Ginny:

—Quédate quietecita, nena —le dijo con voz ahogada—. No tardaremos y, cuando estemos de vuelta, tendrás una paciente que cuidar.

Ginny, con sus pequeños pechos jóvenes temblando de excitación, le miró con los ojos muy abiertos y todo lo que pudo decir fue:

—Tengan cuidado, por favor.

—Lo tendré, ya que tú me lo pides —respondió Girland mientras salía del coche y, sin esperar a Kerman, corrió bajo la lluvia atravesando el camino y entró en el parque del castillo.

Kerman le siguió y ambos se detuvieron un momento, uno junto a otro, mientras miraban hacia el castillo. En una de las ventanas superiores se veía una luz.

—Allí está ella —dijo Girland—. Yo iré por atrás y tú por delante. Rompe una ventana, yo haré lo mismo, pero dame un par de minutos antes de empezar.

Kerman asintió con la cabeza.

Despidiéndose de él con la mano, Girland se movió rápida y silenciosamente sobre el áspero colchón de césped. Estaba oscuro, pero *no* tanto como para que no pudiera ver por dónde iba.

La máscara antigás le molestaba y se la levantó sobre la cabeza. Al dar la vuelta a la esquina del castillo se detuvo de pronto y se quedó inmóvil.

Justo frente a él se veía la silueta de un hombre, también inmóvil. Les separaban unos diez metros, y Girland no vaciló. Agazapándose saltó sobre el hombre, que dejó escapar un grito ahogado cuando el peso de Girland le hizo perder el equilibrio y ambos cayeron sobre la yerba húmeda en un confuso montón de piernas y brazos. Girland ya tenía las manos en la garganta del otro y le apretó con los pulgares las arterias del cuello; el hombre se retorció, golpeándole la cabeza con los puños, pero después de unos segundos de resistencia, Girland sintió que aflojaba. Mantuvo la

presión durante un momento y después se puso rápidamente de pie. Escuchó, no oyó nada y, con los ojos fijos en la oscuridad, se acercó al castillo por la parte de atrás.

Estaba frente a un ventanal y dio un violento puntapié en el armazón, precisamente debajo de la cerradura. Una cascada de vidrios rotos cayó dentro de la habitación y las puertas se abrieron de golpe. Girland oyó un grito a lo lejos, luego más ruido de vidrios rotos y un disparo. Había atravesado la habitación y estaba abriendo la puerta cuando volaron astillas de la jamba y se oyeron nuevos disparos.

Poniéndose de rodillas, abrió bien la puerta. La máscara antigás le hacía la respiración difícil y no podía ver con claridad. Levantó la pistola de gas y, apuntando a la oscuridad del vestíbulo, apretó el disparador.

El arma produjo un sonido sibilante y el vestíbulo quedó inundado de un vapor blanco.

Kordak que, pistola en mano, bajaba silenciosamente las escaleras se encontró en medio de la nube, dio un grito ahogado y cayó hacia adelante, rodando por la escaleras hasta aterrizar boca abajo sobre la apolillada alfombra.

Girland entró en el vestíbulo y, pasando por encima del cuerpo de Kordak, empezó a subir las escaleras. Como la pistola, ahora vacía, le molestaba, la dejó caer y al llegar al final de la escalera, se detuvo para orientarse, pensando cuántos hombres más habría en la casa para cuidar a Erica Olsen. Se movió silenciosamente hasta una puerta que había a su derecha y la abrió para mirar con cautela dentro de la habitación. Los vapores del gas, que llenaban ahora la planta alta, entraron, con él y, aunque Girland sabía que cualquiera que aspirara una bocanada del gas quedaría paralizado, todavía se movía con precaución. La habitación, un dormitorio, estaba vacía.

—¿Mark?

Kerman le llamaba desde abajo.

—Estoy aquí arriba.

Kerman subió corriendo las escaleras para reunirse con él.

—¿Has visto a alguien? —preguntó Girland.

—Dos tipos han quedado fuera de combate en la habitación de delante. ¿Crees que hay alguien más?

—No Corramos riesgos. Mira en ese cuarto, que yo me fijaré en el otro.

Girland siguió adelante hasta llegar a la última puerta de la planta; alta y la abrió. Merna Dorinska le esperaba, tapándose la boca y la nariz con un pañuelo empapado, apretando contra la pared su cuerpo vigoroso y empuñando una pistola.

Al abrirse la puerta, los vapores del gas entraron antes que Girland y, a pesar de la protección que le ofrecía el pañuelo, el gas empezó a afectar a Merna; sin poder evitarlo, empezó a toser. Al oírla, Girland se precipitó dentro de la habitación y tropezó con ella. El arma se disparó, pero él ya había conseguido cogerla de la

muñeca y la bala se incrustó en el cielo raso. Cuando el puño de Merna le golpeó el pómulo, haciéndole trastabillar, alcanzó a arrebatarle el pañuelo y ella dio dos pasos tambaleantes hacia Girland, procurando levantar la pistola, pero el gas la venció y se desplomó sobre el piso.

Girland buscó a tientas la llave de la luz y la encendió mientras Kerman llegaba a la puerta.

Ambos miraron a Erica Olsen, tendida en la enorme cama.

—Bueno aquí la tenemos de nuevo. Vamos a llevárnosla —dijo Girland. Levantó a la mujer inconsciente y, sosteniéndola, a medias caminando, a medias corriendo, bajó con ella las escaleras y salió a la lluvia.

Kerman le siguió y ambos cruzaron el camino, acomodaron a la mujer dormida en el asiento de atrás del coche y Girland se arrancó la máscara antigás.

—Vamos —anunció y, mientras se sentaba, en el asiento del conductor, se volvió para sonreír a Ginny, que le miraba con los ojos muy abiertos—. Aquí está tu paciente, nena. Ocúpate de ella.

Mientras Kerman se sentaba a su lado, Girland empezó a conducir el Jaguar como un bólido hacia el sur.

Marcia Davis retiraba la tapa de su máquina de escribir eléctrica IBM 72 cuando se abrió la puerta y entró Nicolás Wolfert. Eran las 8,55 y al ver aparecer tan temprano a ese hombrecillo gordo, que se estaba quedando calvo, Marcia sintió que se le ponía la carne de gallina.

—Buenos días —dijo Wolfert. Bajo el brazo llevaba una abultada cartera—. Espero que no sea demasiado temprano. ¿Está desocupado el señor Dorey?

Marcia estaba al tanto de la reputación de inteligencia de Wolfert y también de sus vastos conocimientos sobre China, pero en él había algo que le repugnaba. Para ella, era un zángano blando y escurridizo e instintivamente sabía que mientras estaba allí parado mirándola con sus gruesos labios arrugados en una sonrisa y con gotas de sudor que le brillaban en la calva, también estaba desnudándola y violándola mentalmente.

Le miró fijamente hasta que los ojos de Wolfert se desviaron y luego levantó el receptor telefónico.

—El señor Wolfert —anunció, al oír en la línea la voz de Dorey.

—Hágale pasar —respondió Dorey.

Con una mano impecablemente arreglada, ella le señaló la puerta.

—Adelante.

Wolfert la recorrió una vez más con los ojos, atravesó la pequeña oficina, llamó a la puerta, la abrió y entró en el amplio despacho de Dorey.

Antes de salir de su casa, Wolfert había bebido tres coñacs bien servidos, ya que

tenía los nervios en tal estado que sentía que no podría cumplir con su peligrosa tarea sin la ayuda del alcohol. Aun en ese momento sudaba profusamente y de vez en cuando sus dedos gordos y húmedos palpaban el micrófono adhesivo que le había entregado Pearl Kuo.

No era cuestión de dejar de hacer lo que le habían ordenado; su vida quedaría arruinada si alguno de sus amigos veía esas espantosas fotografías de su lujuria. Tenía poca simpatía por los norteamericanos; en su opinión, no tenían, idea de cómo tratar a los chinos y estos después de todo, eran la gente con la cual él se había criado y entendido. Para salvarse, Wolfert estaba dispuesto a convertirse en traidor.

Dorey le miró, levemente sorprendido. Estaba en su escritorio desde las ocho de la mañana y lo había tranquilizado una conversación mantenida con Girland que en ese momento recorría la autopista de Frejus, rumbo a Eze.

Dorey se sentía descansado y satisfecho porque su apuesta había resultado y, aunque naturalmente Girland era un tipo imposible, había demostrado que cuando las cartas se daban mal, era un hombre de confiar.

—Hola, Wolfert. Ha venido temprano ¿qué pasa?

Dorey tenía que comunicarse con Washington y había estado a punto de concretar la llamada cuando Marcia anunció a Wolfert. Dorey ardía de ganas de contar su éxito.

Wolfert se acercó al escritorio y depositó su cuerpo gordo y sudoroso en el sillón.

—Me voy a Amboise, de modo que le pido disculpas por haber venido tan temprano —se justificó—. Como pasaba por aquí, pensé que podía mostrarle unas fotografías de piezas de jade de Fung que he encontrado en mi colección; creí que le interesarían. Como verá, es bastante chiflado como para estropear las piezas con sus iniciales.

Sacó de la cartera un montón de copias fotográficas y se las tendió por encima del escritorio. Conteniendo a duras penas su impaciencia, Dorey las tomó; su pensamiento estaba en Washington y los jadeos de Kung no le interesaban.

—No sabía que Kung fuera coleccionista.

—Claro que sí. Tiene una de las colecciones de jade y de alhajas más hermosas del mundo —Wolfert sacó cautelosamente el micrófono adhesivo del bolsillo y lo ocultó en su gruesa mano, deseando que el excesivo sudor no le traicionara. El micrófono, no mayor que un botón de chaqueta, era difícil de manejar.

—Muy interesante —dijo Dorey, recorriendo rápidamente las fotografías—. Ya veo las iniciales. Qué hombre más extraordinario.

—Ya lo creo —Wolfert dejó que la cartera se le resbalara de las rodillas y cayera al piso y, cuando se inclinó para recogerla apretó rápidamente el dorso adhesivo del micrófono en la parte baja del reborde del escritorio de Dorey. Levantó la cartera y volvió a sentarse, enjugándose el inundado rostro con un pañuelo.

Dorey le miró con reprobación.

—Tiene mal aspecto Wolfert —le dijo y, al mirar con más atención el rostro pálido y tenso, preguntó:

—¿Se siente bien?

—Sí... sí. Es que estoy trabajando demasiado —balbuceó Wolfert, poniéndose de pie—. Lo que necesito es un fin de semana en el campo... un poco de descanso —recogió las fotografías y volvió a guardarlas en la cartera—. Creí que le interesarían; temo que le he robado demasiado tiempo.

Dorey miró el reloj que tenía sobre el escritorio.

—No es nada, pero estoy esperando una llamada telefónica. Gracias por la visita, Wolfert —se levantó a medias, ofreciéndole la mano, le saludó y volvió a sentarse—. Que pase bien el fin de semana.

Cuando Wolfert se fue, Dorey quedó inmóvil un momento, mirando al espacio. Sus ojos sagaces estaban perplejos, y se preguntaba por qué Wolfert había ido a verle a semejante hora. No parecía que hubiera tenido algo importante para mostrarle, pero quizá eso no era cierto. Era interesante saber que Kung era coleccionista y pensó si ese dato estaría registrado en la ficha de Kung; tenía, que preguntárselo a Marcia, pero por el momento tenía cosas más importantes que hacer, y levantó el receptor del teléfono.

—Póngame con Washington —dijo cuando Marcia contestó.

El gendarme que patrullaba el exterior de la embajada norteamericana se puso los pulgares en el cinturón y se acercó lentamente a un destartado Renault 8 que estaba estacionado a unos veinte metros de la verja de la embajada.

El conductor, un hombre alto y delgado de ojos orientales, abría la tapa del motor en el momento en que llegaba el gendarme. En el coche había una muchacha vietnamita que vestía un *cheongsam*; su rostro pálido era inexpresivo, pero al gendarme, que era joven y observador, le sorprendió un poco que la muchacha usara auriculares.

Sadu observó cómo se acercaba el gendarme y le saludó con una sonrisa servil, sintiéndose un poco aturdido.

—Me temo que hay un desperfecto; creo que son las bujías —dijo con su francés de marcado acento.

El gendarme le saludó.

—No puede quedarse aquí, señor.

—Las bujías se me han empastado, pero en unos veinte minutos estarán secas —explicó Sadu.

De pronto, Pearl miró al gendarme, mientras separaba sus labios regordetes en una sonrisa, transmitiéndole una admiración tal que el gendarme se quedó deslumbrado y la saludó con una sonrisa estúpida.

—Entonces hágalo lo más rápido posible —dijo y se alejó.

Sadu se enjugó el sudor de la cara y se inclinó sobre el motor del coche.

Pearl, con los auriculares conectados con un pequeño equipo receptor, muy poderoso, escuchaba la conversación de Dorey con Washington. La conversación duró varios minutos, después de los cuales se quitó los auriculares y llamó suavemente a Sadu.

—Ya podemos ir.

Apresuradamente, Sadu cerró la tapa del motor y subió al coche; dieron marcha atrás y rodearon la plaza de la Concorde.

—Está en la villa de Dorey, en Eze —informó Pearl—. Debes decírselo a Yet-Sen. Podemos salir esta tarde.

—¿Podemos? Tú debes quedarte aquí y ocuparte del establecimiento —dijo Sadu.

—Lo cerraremos —expresó firmemente Pearl—. No debemos cometer más errores.

Sadu empezó a protestar pero después lo pensó mejor y, dejando que Pearl estacionara el coche, entró al establecimiento para llamar a Yet-Sen.

—Te envidio —declaró Kerman cuando Girland disminuyó la marcha y estacionó el coche cerca del aeropuerto de Niza—. Yo me vuelvo a París y tú te quedas al sol con tu nueva esposa... Hay tipos que tienen suerte.

—Yo diría talento —respondió Girland con una mueca—. Bueno, hasta pronto Jack y gracias por la ayuda. Llamaré a Dorey tan pronto como lleguemos a Eze.

Ambos se estrecharon la mano y después Kerman hizo un gesto a Ginny.

—Vigílelo, enfermera; no es de fiar —le dijo y, bajando del coche, se dirigió con paso vivo al aeropuerto.

Girland se inclinó sobre el respaldo de su asiento para sonreírle a Ginny, que le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo está?

—Todo lo bien que se puede esperar. Me gustaría meterla en cama.

—Ya falta poco —Girland miró con interés el pálido rostro dormido—. Es una belleza, ¿no?

—Sí.

Sus ojos se encontraron y Girland volvió a sonreír.

—Seguiremos el viaje.

Puso en marcha el coche y empezó a remontar el *Promenade des Anglais*.

Ya había conseguido permiso de Dorey para que Ginny se quedara con ellos. Dorey ya lo había combinado con el doctor Forrester. Aunque Ginny era muy joven, Girland la encontraba atractiva y pensaba que le esperaba una vida llena de interés.

Poco después de las once de la mañana llegaron a la villa de Dorey. La carretera desde el aeropuerto se había embotellado con el tránsito de los días festivos y no fue

posible alcanzar más velocidad.

—Aquí debe ser —dijo Girland al ver en un poste una indicación donde se leía «Villa Hélios» y donde un dedo señalaba hacia un sendero estrecho y escarpado, abierto en la ladera de la montaña. Aminoró la velocidad y condujo lentamente el coche por el camino, que se retorció y trepaba entre los pinos marítimos hasta que terminó por abrirse en una gran rotonda circular, a la derecha de la cual había un macizo portón de madera reforzado con clavos y travesaños de hierro. Las paredes de piedra, ocultaban completamente la villa. Desde el coche, Girland observó el portón, impresionado y sorprendido.

—Precioso lugar —comentó mientras abría la puerta para salir del coche—. Parece, una fortaleza.

Se acercó al portón y tiró de la cadena de una campana que se alcanzaba a ver. Casi en seguida se abrió una mirilla y un hombre joven de pelo rubio le miró con ojos inquisitivos.

—¿Esta es la villa de John Dorey? —preguntó Girland, no demasiado seguro de haber dado con el lugar.

—¿Y qué? —el muchacho hablaba francés con fuerte acento norteamericano.

—Me llamo Girland. ¿Eso le dice algo muchacho?

—Por favor, identifíquese, señor Girland.

Ya ahora, Girland estaba seguro de haber dado con el lugar. Por lo visto, Dorey había llamado a los despiertos muchachos de O'Halloran, pensó mientras sacaba su carnet de conducir. Después de una breve demora, el portón se abrió.

Girland se sorprendió un poco al ver a un sargento del ejército con un rifle automático bajo el brazo que salía de un pequeño pabellón de piedra que había en las inmediaciones. Atado con una cadena a una argolla de la pared, un perro policía de aspecto salvaje miró a Girland con aire desdichado.

El sargento Pat O'Leary, hombre macizo de cara roja y pecosa y rasgos enérgicos y torpes, saludó a Girland con la cabeza.

—Entre, entre —le dijo—. Le estábamos esperando.

Girland también le saludó.

—Así que Dorey no corre riesgos.

—No. Tenemos seis hombres aquí y ustedes no tendrán ningún problema. Los problemas son cosa nuestra.

Girland volvió al coche y atravesó la entrada.

—Si sigue derecho encontrará la villa —le indicó O'Leary, mirando con curiosidad a la mujer dormida, recostada en el asiento de atrás. Luego se fijó en Ginny e inclinó la cabeza a un lado con un gesto de aprobación; ella le miró impersonalmente, frunció la nariz y desvió la vista.

Girland subió por el camino, dio la vuelta a una esquina y por fin vio la villa,

construida en dos niveles sobre la montaña, con una gran terraza sobresaliente. En todas las ventanas había macetas rebosantes de flores y la villa estaba sombreada por pinos marítimos; era sólida, moderna y muy lujosa.

—¡Atiza! —exclamó Girland, deteniendo el coche.

Un hombre de color, alto y de miembros flexibles, senegalés en opinión de Girland, que llevaba chaqueta y pantalones blancos de algodón, bajó corriendo las escaleras para abrir la puerta del coche.

—Buenos días, señor —saludó, con el negro rostro lleno de sonrisas e iluminado por el resplandor de sus blanquísimos dientes—. Soy Diallo, el empleado del señor Dorey. Muy bien venido. Todo está preparado para ustedes.

Y realmente todo estaba preparado.

Dos horas más tarde, un Girland ataviado con *shorts* y sandalias que le había proporcionado Diallo hablaba por teléfono con Dorey, mientras se balanceaba en una mecedora.

—Precioso lugar tiene aquí —le dijo, mientras se estiraba para alcanzar el vaso de Cinzano *bitter* con soda que había en una mesita a su lado—. ¿Sabe, Dorey, que tiene buen gusto? Me sorprende. Yo creía que...

—Está bien, Girland —interrumpió Dorey—. Basta de payasadas. ¿Cómo está ella?

—Como era de esperar. Los comunistas la drogaron sin miramientos y además respiró algo de su fantástico gas, pero vivirá. Dele tres o cuatro días y estará como nueva o casi.

—¿Debe verla un médico?

—La enfermera dice que no.

—Quiero algo concreto, Girland. No se quede sentado pensando que está de vacaciones; usted sabe qué es lo que quiero que haga.

—Ya sé, pero no puedo hacer nada mientras ella no salga de ese estado ¿no es así? —Girland se estiró plácidamente, pensando que eso sí que era vida. Miró hacía el distante mar azul, el azul del cielo y el lejano Cap Ferrat—. Todos esos muchachos con pistolas que tiene aquí... ¿son parte del equipo de O'Halloran?

—Sí.

—Así que no confía en mí, Dorey. Eso me duele.

—Malik nos ha derrotado una vez en toda la línea y, ahora que tenemos otra vez a la muchacha, me estoy ocupando en serio de que no vuelva a suceder —dijo Dorey—. Y tómese el trabajo en serio, Girland. No me sacará más dinero hasta que no me consiga alguna información digna de confianza. Y dígame —la voz de Dorey sonaba a sospecha— ¿cómo es esa enfermera que tiene ahí?

—¿Qué quiere decir... cómo?

—¿Es joven?

—Ah, ya veo; tiene miedo de que me seduzca. Está muy bien, Dorey, tiene unos cincuenta años y tres papadas. Una viejecita encantadora, pero no es mi tipo —al colgar el receptor, Girland vio a Ginny parada en la puerta; ambos se miraron y se echaron a reír.

—Debería darle vergüenza —dijo Ginny.

—Claro que sí —Girland la miró. Parecía fuera de lugar con su uniforme de enfermera bajo el sol resplandeciente—. Con este calor no puedes vestirte así. Consíguete otra ropa, que Dorey la pagará. De todos modos, ahora que lo pienso, no has traído nada, ¿no? Seguro que no tienes ni siquiera un lápiz de labios.

—No, pero ya rae arreglaré —respondió Ginny mirándolo pensativamente—. Necesito algunas cosas para ella; aquí tengo una lista.

—¿Cuál es tu nombre, linda?

Ella vaciló antes de responder:

—Ginny.

—Muy bien. Ahora escúchame, Ginny. Tranquilízate; quiero que disfrutes de todo esto como estoy dispuesto a disfrutarlo yo —levantando la voz, llamó:

—¡Eh, Diallo!

Un momento después el gigante de color, con la cara arrugada de sonrisas, llegaba rápidamente al balcón.

—Sí, señor.

—Quiero que ahora mismo lleve a Niza a la enfermera Roche, qué tiene que comprar algunas cosas para nuestra paciente y necesitará también algo para ella. ¿Tiene usted dinero?

—Sí, señor. El señor Dorey ha dado órdenes al banco para que yo pueda sacar dinero.

—Entonces vaya al banco y saque suficiente dinero para que la enfermera Roche compre todo lo necesario. ¿De acuerdo?

—Como usted diga, señor.

Girland le dirigió una sonrisa a Ginny, que le miraba con los ojos muy abiertos.

—Adelante, Ginny. Yo cuidaré a la paciente; tú diviértete, que ahora eres huésped de los Estados Unidos de América.

Una mujer de edad que llevaba un minúsculo sombrero lleno de flores, un vestido verde esmeralda y una estola de visón hizo sonar el llamador del establecimiento de Sadu Mitchell en la calle Rivoli, pero la puerta no se abrió. La reja de acero que cubría el escaparate y la oscuridad que se alcanzaba a ver en el interior del local terminaron por convencerla de que estaba cerrado. Exasperada, miró su reloj; eran las 10,10 de la mañana.

Sadu, que estaba sentado en la trastienda, oyó los golpes y se movió con

inquietud, frunciendo el ceño. Le enfurecía perder un cliente, pero Yet-Sen, que estaba sentado frente a él con el rostro amarillo tenso por la cólera reprimida; Pearl que se recostaba en el respaldo de una silla y, en un rincón, Jo-Jo que se mordía las uñas, le obligaban a ver la gravedad de la situación.

—La mujer ya debería estar muerta —dijo Yet-Sen cuando el llamador dejó de sonar—. En Pekín estarán disgustados, y yo también estoy disgustado.

—Podríamos haberla matado anoche —dijo Sadu— pero Dorey se movió más rápido que nosotros. ¿Cómo íbamos a saber que quería mandarla al sur de Francia? Por lo menos usted admitirá que no tardamos en descubrir eso.

Yet-Sen, que sabía a quién se debía tal rapidez, miró con aprobación a Pearl.

—Esta vez no debe haber errores —dijo—. ¿A qué hora salen?

—Tomaremos el avión de las dos de la tarde para Niza —respondió Sadu—. Tuvimos suerte de alcanzarlo.

—¿Tendrán un coche esperando?

—Tengo reservado el alquiler de un Hertz.

Yet-Sen se volvió hacia Pearl.

—Dorey no tardará en encontrar el micrófono y uno de los sospechosos será Wolfert. ¿Vas a volver a necesitar a ese hombre? Si lo arrestan, hablará.

—No lo necesito —respondió Pearl con voz impasible y fría.

—Entonces, eso está arreglado. Les aconsejo que no cometan un segundo error, porque en ese caso habrá un escarmiento.

Yet-Sen salió por la puerta de atrás y, subiendo a un coche que le esperaba, se hizo conducir a la embajada china. Allí, fue a su despacho y levantó el teléfono; habló en dialecto cantonés.

El tema de esa conversación telefónica llegaba en ese momento a su pequeña pero lujosa villa en lie d'Or, con sus jardines que descendían hasta las riberas del Loira. Wolfert había conducido con mucha imprudencia su Mercedes cupé *sport*, pues al volver a su apartamento había tomado de nuevo tres coñacs.

Por el camino se le había ocurrido que tarde o temprano, Dorey o alguno de los de su equipo descubriría el micrófono adhesivo, y lo que le preocupaba era la súbita idea de que podrían encontrar sus impresiones digitales en el instrumento.

Sudaba y estaba muy alterado cuando estacionó el coche; sacó su maleta y se dirigió a la villa. Abrió la puerta y entró.

Wolfert empleaba a una mujer del pueblo para que le mantuviera la casa limpia, pero ella sólo venía cuando él estaba en París, ya que le gustaba tener la villa, para él solo durante los fines de semana. Era muy conveniente cuando una muchacha, o a veces dos, venían a compartir con él el fin de semana.

Después de dejar la maleta entró al gran salón y abrió los ventanales, se dirigió al bar y se sirvió una abundante copa de coñac. Aunque faltaba poco para la hora de

almorzar, no tenía hambre... sólo estaba preocupado.

Se sentó a beber y volvió a pensar en el micrófono, preguntándose si sería posible retirarlo; no hasta el lunes, con toda seguridad, y entonces tendría que pensar en alguna excusa para llamar a Dorey por la mañana, pero eso no sería muy difícil. Se relajó un poco, tranquilizado por el coñac y decidió volver a París al día siguiente por la tarde, pero se quedó pensando qué hacer mientras tanto para' pasar el tiempo.

Estaba esa chica del lunar en la mejilla que había conocido la semana anterior en un melancólico sótano, y que le había dado su teléfono. Tal vez la cosa anduviera bien y Wolfert se preguntó si ella querría venir a pasar el fin de semana; todo era cuestión de intentarlo. Se dirigió pensativo hacia el teléfono, pero cuando iba a levantar el receptor, se detuvo.

Por las ventanas abiertas veía la curva del camino que conducía a la villa y por el camino un desvencijado Fiat 500 que se detuvo frente a su puerta.

Con el ceño fruncido, intrigado, Wolfert atisbo por una ventana lateral. Una muchacha salió del coche e inmediatamente despertó su interés. Vestía un ajustado suéter negro, pantalones blancos estilo Capri y sandalias, y el pelo negro caía sobre los hombros. Desde donde estaba, Wolfert no podía verle la cara, pero al recorrer con los ojos la espalda y las caderas de la chica, sintió despertar el deseo.

La chica sacó del coche un bolso muy usado, se dirigió hacia la puerta y tocó el timbre.

Wolfert se secó las manos sudorosas en el pañuelo, fue hacia la puerta y la abrió. Se sorprendió un poco al ver que la muchacha era china, pero ya estaba bastante ebrio como para no entrar en sospechas.

Pensó que, para ser china, la joven era bastante atractiva: tal vez un poco delgada y de nariz muy chata, pero al estudiar su cuerpo no encontró nada que objetar.

Dedujo correctamente que era cantonesa y, con una sonrisa, le preguntó en dialecto:

—¿Qué buscas aquí, preciosa?

—¿Usted sabe mi idioma? —los negros ojos almendrados le miraron inexpresivamente, pero Wolfert ya estaba acostumbrado a eso.

—Claro. ¿Puedo hacer algo por ti?

Ella se inclinó para abrir el bolso. Los ojos de Wolfert se fijaron en el encantador *derrière*, nítidamente dibujado por la estirada tela de los pantalones, que le hizo contener un suspiro.

La chica sacó del bolso un paquete gigante de *Pic-White*, un detergente muy anunciado en los periódicos y la televisión.

—Quisiera dejarle esto —dijo, ofreciéndole el paquete.

—Muy amable, pero no lo necesito —respondió Wolfert—. Nunca uso esas cosas. ¿Qué estás haciendo en Francia?

Ella le miró con su rostro impasible.

—Trato de ganarme la vida. Si usted no lo quiere tendré que trabajar más, porque tengo que terminar con todos estos paquetes antes de que me paguen.

—Qué pena. Pero entra, conversemos un poco —la invitó Wolfert, abriendo bien la puerta.

—No, gracias, estoy muy ocupada y no puedo entrar; gracias. —¿Pero por qué no? Puedes dejarme todos los paquetes; los tiraré por ti. Así conseguirás pronto tu dinero.

La chica emitió una risita y Wolfert, que conocía a los chinos, se dio cuenta de que estaba desconcertada.

—Vamos —le dijo—, entra. Me gustaría que conversáramos. Ella sacudió la cabeza y le puso el paquete en la mano y Wolfert advirtió que lo había cogido sin darse cuenta y empezó a sentirse irritado.

—¡Oh, vamos! —no estaba acostumbrado a que le rechazaran—. No me tendrás miedo, ¿verdad? Además, podemos pasarlo bien juntos —la miró de soslayo—. A una muchachita como tú le vendrían bien cien francos, ¿no?

Ella se inclinó para cerrar el bolso y luego, recogéndolo, miró a Wolfert con tan helado desprecio que él retrocedió un paso, con el paquete en la mano. Después la muchacha giró sobre sus talones, volvió al coche, lo puso en marcha y se fue.

Wolfert la vio desaparecer por el recodo del camino' e hizo una mueca, pensando que evidentemente, ese día no iba a tener suerte. Miró el paquete de detergente y se encogió de hombros; tal vez la mujer que hacía la limpieza podría usarlo. Lo llevaría a la cocina a dejarlo sobre la mesa.

Después, se dijo, vamos a llamar a la chica del lunar.

Cuando echaba a andar hacia el salón, la bomba oculta en el paquete de detergente estalló y voló todas las ventanas de la villa. También voló en mil pedazos Nicolás Wolfert.

Por pura mala suerte, Jean Redoun —un comunista fanático que trabajaba de mozo de cuerdas en el aeropuerto de Orly y estaba al servicio de la embajada soviética— descubrió a Jack Kerman en el momento en que éste salía de la aduana después de su vuelo desde Niza.

Redoun, un viejo de rostro amargo, tenía excelente memoria y se había pasado muchas horas en la embajada soviética, recorriendo un álbum de fotografías y estudiando las fotos de hombres y mujeres en quienes la Unión Soviética tenía interés. Por cualquier información, fuera o no útil, que comunicara a la embajada, le pagaban cien francos, de modo que cuando vio que Kerman, sin equipaje, salía alegremente, de la aduana, se fue a la cabina telefónica más próxima a transmitir el dato, ya que sabía que se trataba de un hombre que le interesaba a la embajada.

Inmediatamente le pasaron la información a Malik; Smernoff estaba con él y ambos se miraron.

—Kerman es agente especial de Dorey —dijo Malik, mientras sus dedos gruesos y fuertes jugueteaban con un cortapapeles— y si Dorey no le tiene mucha confianza a Girland, recurriría a Kerman. Ahora, Kerman vuelve de Niza sin equipaje, lo que significa que podría haber ido hasta allá en coche con Girland y haber regresado en avión. Eso tendría sentido, porque Girland y la mujer pueden haberse quedado allá. Averigüe eso, Boris; es nuestra única pista.

Smernoff asintió y salió del despacho, mientras Malik se quedaba jugando con el cortapapeles.

Pensaba que la próxima vez que se encontrara con Girland no dudaría; el tipo estaba resultando bastante molesto, así que lo mataría. Ojalá lo hubiera hecho cuando lo tenía en la ambulancia... pero la próxima vez no cometería el mismo error.

Pensó en Dorey y reconoció que Merna Dorinska tenía razón y que él había subestimado a su adversario, pero tampoco ese error volvería a repetirse.

De haber sabido lo que pensaba Malik, Dorey se habría sentido halagado. En ese momento leía unos informes de rutina, satisfecho porque ahora había tomado las precauciones para garantizar la seguridad de Erica Olsen, aunque todavía un poco irritado por su conversación con Girland.

El intercomunicador zumbó y Dorey bajó la llave.

—¿Qué pasa?

—El capitán O'Halloran quiere verle; está aquí —le dijo Marcia Da vis.

—Que pase —Dorey soltó la llave y puso aparte los informes.

O'Halloran entró; con él venía un hombre alto y flaco a quién Dorey conocía como el principal colaborador del capitán y que se llamaba Joe Danbridge.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó con impaciencia Dorey.

—Por aquí hay algún bicho —dijo O'Halloran—. Hemos estado haciendo una revisión de rutina y su despacho da una señal positiva.

Dorey se puso alerta.

—Es imposible; siempre revisan el despacho antes de que yo llegue y nadie ha estado aquí. ¿Qué significa eso?

—Pues hay algo raro —insistió O'Halloran—. No hay error posible; por alguna parte tiene que estar.

—Bueno, a buscarlo y encontrarlo —accedió Dorey levantándose de su silla. Conocía a Danbridge y sabía que era un hombre que no cometía errores. Mientras los otros buscaban, Dorey volvió a pensar en las diversas conversaciones telefónicas que había tenido durante la mañana; sólo una, la llamada a Washington, había sido importante.

Danbridge tardó exactamente seis minutos localizar el micrófono adhesivo.

—Aquí está —dijo, señalando el reborde inferior del escritorio. Dorey se inclinó para observar el diminuto traidor y volvió a enderezarse, pensando que un micrófono sin hilos no podía funcionar a menos que a corta distancia hubiera un poderoso equipo receptor.

—Ya me he puesto en contacto con el inspector Dulay —expresó O'Halloran como si leyera el pensamiento— y está investigando. ¿Quién ha estado aquí esta mañana?

—Wolfert, Sam Bentley y Merl Jackson.

—¿Wolfert? Bentley y Jackson no cuentan.

—Wolfert se ha ido a su refugio en Amboise —dijo Dorey—. Ocúpese de esto, Tim. Tengo que avisar a Girland que ahora hay alguien que sabe dónde está. No es que me preocupe, porque no podrán acercarse a ellos. Seis de sus hombres están allá y el lugar está situado de tal manera que no podrán alcanzarlos, pero de todos modos tengo que avisarle —terminó, cogiendo el teléfono.

Una hora después, al tiempo que Sadu Mitchell, Pearl Kuo y Jo-Jo Chandy iban hacia el aeropuerto de Orly, el inspector Jean Dulay, de la *Sûreté*, llegaba al despacho de Dorey junto con un joven gendarme.

O'Halloran todavía estaba allí y Danbridge ya había confirmado que las huellas digitales halladas en el micrófono eran de Wolfert, de modo que un coche se dirigía a toda velocidad hacia Amboise, conduciendo a dos funcionarios de Seguridad encargados de proceder a su arresto.

El gendarme, sudoroso y nervioso bajo la furibunda mirada de su superior, habló del Renault 8 que se había averiado esa mañana a las nueve cerca de la embajada de los Estados Unidos.

Dorey prestó mucha atención cuando el gendarme describió a Sadu Mitchell.

—Tenía ojos de chino, señor —explicó el gendarme— y yo pensé que era un turista. Con él estaba una mujer, creo que una vietnamita, aunque podría haber sido china, que tenía puestos unos auriculares.

Dorey sonrió amargamente; esos dos debían ser los que habían escuchado su conversación con Washington. Sin duda los auriculares estarían conectados con un equipo receptor, de modo que ahora no sólo tenía que preocuparse por Malik, sino que también los chinos estaban en el juego.

—Quiero que encuentren a esos dos —le dijo a Dulay.

—Por lo menos, se acuerda del número de patente —respondió Dulay, mirando a su subordinado con ojos que echaban fuego— y lo estamos investigando.

Veinte minutos después se supo que el coche había sido alquilado por Sadu Mitchell, propietario de una *boutique* de la calle Rivoli.

Pero para el momento en que se avisó a la policía de Niza, ya Sadu y su gente habían atravesado la barrera policial del aeropuerto de Niza y se encaminaba a Eze.

—Es hermosa, ¿verdad? —observó pensativamente Ginny.

Ella y Girland estaban de pie junto al lecho de la mujer dormida.

—Ajá —asintió Girland apartándose.

Indudablemente era hermosa, pensó. Le hacía sentirse un poco incómodo el hecho de tener que pasar por el marido, y de pronto se dio cuenta de que no miraba más allá del momento en que ella recuperara la conciencia.

—¿Cómo anda? —preguntó, mirando por la ventana.

—Muy bien. Seguramente despertará durante la noche —respondió Ginny—, yo diría que a las dos o las tres de la mañana. El pulso está normalizándose.

Girland se dirigió a la puerta y ambos salieron a la terraza. El sol empezaba a hundirse en el horizonte, tiñendo el cielo y el mar de un vivo rojo oscuro. Girland todavía llevaba *shorts* y sandalias y Ginny, que vestía ahora un sencillo vestido de algodón blanco, se acercó a la balaustrada de la terraza y apoyó las manos en la piedra caliente, mirando las parpadeantes luces de la aldea de Eze y, más allá, el contorno impreciso de Cap Ferrat.

—Me gustaría ser tan hermosa como ella —dijo, como si hablara consigo misma—. Me encantaría ser rubia —se volvió, apoyando las menudas caderas en la balaustrada, para mirar a Girland—. ¿Le parece que me sentaría mejor ser rubia?

Girland gruñó quedamente.

—¿Por qué no te compras una peluca rubia para probar? —sugirió. Los problemas de las mujeres con su belleza le aburrían; para él, una mujer era hermosa o no—. Tal como estás, eres encantadora —miró el reloj y agregó—: Tengo que hablar con el sargento O'Leary; en seguida vuelvo.

Mientras bajaba la escalinata que llevaba al jardín, Ginny siguió mirándolo y sintió una leve angustia frente a los hombros fuertes y musculosos, la espalda erguida, el intenso bronceado de la piel. De pronto descubrió con verdadera sorpresa que estaba enamorándose de él; siguió observándole hasta perderle de vista y, volviéndose bruscamente; entró de nuevo en la casa y se dirigió a su habitación.

Girland encontró a O'Leary sentado en un banco cerca del pabellón; junto a él estaba el negro perro alsaciano, que se incorporó al verle aproximarse. Girland fue derecho hacia el perro y acarició con la mano el negro hocico del animal.

O'Leary contuvo la respiración y se puso de pie.

—Hola viejo —saludó Girland, mirando al perro en los ojos.

El perro le miró y hundió más el hocico en las manos de Girland.

—¡Cuernos! —exclamó O'Leary, más tranquilo—. Me ha dado un susto. Creí que se quedaba sin mano; es un perro muy fiero.

Girland siguió acariciándolo.

—Me gustan los perros —explicó— y parece que yo les gusto a ellos.

Dio una última palmada al animal y se sentó sobre una piedra, cerca de O'Leary.

—Parece que vamos a tener que cuidarnos tanto de los muchachos amarillos como de los comunachos.

—Ajá... Déjelos que vengan —dijo O'Leary con indiferencia—. Ya los arreglamos. Hace un par de horas, andaba un tipo por aquí preguntando si ésta era la antigua mansión de Lord Beaverbroock, pero no le he dicho nada. Beaverbroock tenía una más allá sobre la costa, ¿no?

—En Cap d'Ail. ¿Quién era el tipo?

—Que me cuelguen... un *beatnik*, joven y sucio. Le dije que se largara y se fue.

Girland se frotó la nariz.

—Oiga, O'Leary y, si tiraran una bomba contra el portón... podrían entrar, ¿no?

—Seguro que podrían, pero no irían a ninguna parte. Tengo dos muchachos donde empieza el camino, bien situados y escondidos, con armas automáticas. Por detrás no pueden cogernos, de modo que lo único que tenemos que defender es el frente, y para cuando hayan echado abajo el portón ya estaremos preparados para recibirles.

Ambos charlaron durante una hora de bueyes perdidos y después Girland se levantó.

—Quizá sería mejor tener un arma arriba —dijo—. Si se llega a armar lío, me sentiría más tranquilo.

O'Leary sonrió burlonamente.

—Tengo justo lo que usted necesita —entró al pabellón y trajo una automática 8 con tres cargadores.

Al volver a la villa, Girland puso el arma en el estante de la mesa que había en la terraza y se extendió en la tumbona.

Diallo apareció en la terraza.

—La cena estará dentro de media hora, señor —anunció—. ¿Quiere otro trago?

Girland le sonrió, disfrutando cabalmente la sensación de lujo.

—¿Por qué no? Un Cinzano *bitter*. ¿Qué hay para comer, Diallo?

—Bien, señor, pensé en ensalada de cangrejo y después una pierna de cordero con un toque de ajo. Tenemos un espléndido Pont L'Évêque y un Brie magnífico, y se podría terminar con helado de limón.

Girland cerró los ojos.

—Hummín... no me cuente, sívalo.

Con una sensación de total seguridad, se relajó; después de todo, O'Leary había dicho que de los problemas se ocuparía él y era uno de los irlandeses más combativos y de más confianza de O'Halloran. Girland se dijo que ahora no tenía de qué preocuparse hasta que Erica Olsen recobrará el Conocimiento, lo que no pasaría hasta

unas horas más tarde, y se quedó dormitando.

—¡Eh!

Al ver frente a sí a una muchacha rubia que llevaba un vestido sin mangas color rojo fuego, se enderezó bruscamente. Durante un momento se la quedó mirando y luego sonrió.

—¡Vaya! Por un momento me has engañado.

Ginny lo miró ansiosamente.

—¿Le gusto así? He necesitado una botella entera de agua oxigenada.

Girland observó la silueta joven e inmadura, los ojos brillantes de expectativa, el rostro juvenil y alerta, y le sonrió.

—Ginny... estás espléndida. Claro que estás más bonita rubia. Ven, siéntate y cuéntame tu vida.

Ella le miró con ojos indignados.

—No quiero contarle mi vida... es demasiado aburrida; cuénteme usted la suya —vino a sentarse al lado de él, mientras se tocaba el pelo, consciente del cambio—. ¿Está seguro de que le gusto más así?

Girland cruzó sus largas piernas y encendió un cigarrillo.

—¿Cuántos años tienes, Ginny?

Ella se puso tensa.

—¿Y eso qué importa?

—¿Dieciocho?

—¡Claro que no! ¡Diecinueve!

Girland puso una mano sobre las de ella.

—Yo casi te doblo en edad —sacudió la cabeza—. Te envidio, Ginny; es fantástico ser tan joven como tú.

—¡Todo eso no me interesa! ¿Le gusta cómo estoy rubia?

—Me gustas de cualquier manera. ¿Cómo está la paciente?

Ginny se movió con impaciencia.

—Perfectamente. ¡Le interesa mucho más ella que yo!

—Ginny, querida —dijo Girland con su cara más seria—, es mi esposa.

—¡No me va a hacer creer eso! Ya estoy enterada. Es tan esposa suya como yo.

Girland sacudió la ceniza del cigarrillo.

—¿A que no adivinas lo que tenemos para cenar?

Ginny le miró fijamente, después se levantó y se dirigió lánguida hacia la balaustrada. El la miró e hizo una mueca, pensando en las complicaciones. Es un encanto de criatura, pero...

Se quedó donde estaba, fumando y contemplando las estrellas que empezaban a aparecer en el cielo a medida que oscurecía.

Se sintió aliviado cuando Diallo anunció que la cena estaba servida.

A Sadu Mitchell siempre le sorprendían los inesperados conocimientos de Pearl y sus extraños contactos. Cuando salieron del aeropuerto, de Niza en el 404 que les había enviado la casa Hertz, ella le guió a través de la ciudad y por la Corniche hasta el paso de Villefranche, a un diminuto hotel recostado contra la montaña, del cual salió a recibirles una mujer menuda y anciana, que vestía suéter blanco y pantalones negros y era vietnamita.

Un poco extrañado, Sadu observó cómo ambas se saludaban mientras Jo-Jo se reclinaba con aire despectivo en el asiento de atrás del coche.

La mujer se llamaba Ruby Kuo y resultó ser tía de Pearl. Era también dueña del hotel. Hubo cierta demora antes de que les fueran asignadas a los tres sus habitaciones, porque ambas tenían muchas cosas que decirse. Por fin, Sadu se quedó a solas con Pearl y Jo-Jo se les reunió. Decidieron que Jo-Jo iría inmediatamente a la villa de Dorey para estudiar el terreno, y Pearl le dio la idea de preguntar por Beaverbroock a manera de excusa.

Jo-Jo regresó dos horas más tarde y encontró a Sadu y Pearl esperándole en el pequeño jardín que Ruby cultivaba para sí.

—Está el ejército —relató, encogiéndose de hombros— y no hay una maldita posibilidad de acercársele —se sentó y empezó a hurgarse la nariz—. Ya que se supone que ustedes son los cráneos en todo este asunto, arréglenlo.

Pearl y Sadu se miraron, ella anunció que hablaría con Ruby y desapareció dentro del hotel.

Sadu interrogó a Jo-Jo sobre la situación de la villa.

—Está construida contra la montaña —fue la respuesta—. Las paredes que la rodean son altas, y además del ejército hay un perro policía. Desde el portón ni siquiera se puede ver la villa, así que si la conservan en ese agujero, nunca la alcanzaremos.

Sadu se levantó y fue hasta el fondo del jardín, pensando en lo que había dicho Yet-Sen: si hay otro error, daremos un escarmiento. ¿Qué quería decir con eso? Las manos se le pusieron pegajosas; ahora lamentaba haberse metido con Yet-Sen. Era culpa de Pearl, que le había insistido, y en aquel momento, la cosa no sólo le había parecido segura y sencilla, sino también correcta.

Pearl volvió al cabo de veinte minutos y los dos la miraron interrogantes.

—Se puede hacer —dijo Pearl—. Mi tía conoce la villa; hace muchos años que vive aquí. Hay una senda poco conocida, que desde la Grand Corniche llega hasta la parte de atrás de la villa, y que ahora nunca se usa. Podemos acercarnos a la villa por esa senda.

—¿Y si la conocen? —preguntó Sadu con inquietud—. ¿Y si han puesto allí a un hombre y un perro?

Pearl hizo un gesto de indiferencia.

—Un hombre y un perro no nos detendrán —dijo—. Jo-Jo tiene una pistola con silenciador.

Sadu miró su inexpresivo rostro de flor y se secó el sudor de la frente, pensando que esa mujer era demasiado fanática y que empezaba a odiarla.

Jo-Jo se puso de pie.

—Vamos —urgió—, el tiempo pasa.

—Yo conduciré —dijo Pearl, y agregó dirigiéndose a Sadu—: Debes ir con él; os dejaré al comienzo de la senda y seguiré hasta La Turbie. Esperaré allí media hora antes de volver, y para entonces vosotros ya habréis podido ver qué es lo que se puede hacer.

—Cuando acabéis de hacer planes —dijo con fastidio Sadu— permitidme que os recuerde que el que está a cargo de esta, operación soy yo. No vamos a partir ahora; a esta hora la Corniche está repleta de coches. Esperaremos a que disminuya el tránsito —miró su reloj Omega de oro, vio que eran las 14.15 y anunció—: Hasta media noche no saldremos.

Los otros dos se miraron y Jo-Jo se encogió de hombros.

—¿No hay nada para comer? —preguntó—. Tengo hambre.

—Está despierta —anunció Ginny al salir a la terraza.

Girland estaba tendido en la mecedora. Eran las 9,30 de la noche y, después de una excelente comida, estaba observando cómo un Sputnik cruzaba el cielo cuajado de estrellas.

Levantó la cabeza y se incorporó a medias.

—¿Quieres que haga algo?

—Ella quiere saber dónde está y pensé que era mejor que usted...

Girland se puso apresuradamente una camisa y siguió a Ginny dentro de la villa. En el dormitorio había una lámpara de mesa que iluminaba a medias el cuarto y Girland se acercó a la cama.

Erica Olsen le miró y él respiró profunda y lentamente. Al verla dormida había pensado que era hermosa, pero ahora que los grandes ojos de color violeta se abrían para dar vida al rostro, le parecía más hermosa aún.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella, mirándole—. ¿Quién es usted?

—Soy Mark, querida, tu marido —respondió suavemente Girland—. Estás en casa y todo está bien. No hay por qué preocuparse.

—¿En casa? —los largos dedos fríos recorrieron el dorso de la mano de Girland—. No puedo acordarme de nada. ¿Usted es mi marido?

—Sí, querida. ¿Ni siquiera te acuerdas de mí?

Ella cerró los ojos y durante un momento se mantuvo quieta; después dijo:

—Es hermosa y negra como una uva.

Girland la miró inquisitivamente.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó, intuyendo que lo que ella acababa de decir era importante—. ¿Qué es hermoso y negro como una uva?

—¿He dicho yo eso? —Erica abrió los ojos—. No sé por qué lo he dicho. ¿Quién has dicho que eras?

—Tu marido... Mark.

—No puedes imaginarte cómo es esto de no recordar nada. No sabía que estaba casada y ni siquiera me acuerdo de haberte visto antes.

—No hay por qué preocuparse. El médico dice que a su debido tiempo la memoria volverá, así que no te inquietes. Estás en casa y yo estoy aquí para cuidarte.

—Eres muy bueno —suspiró y cerró los ojos— y me siento tan cansada. Me... me pareció que en un momento estuve en el hospital.

—Estuviste, pero ahora te he traído a casa.

—Es un cuarto precioso —Erica abrió los ojos y le miró atentamente—. ¿Mark? ¿Ese es tu nombre?

—Ese mismo. Trata de dormir y mañana te sentirás mejor. Yo estaré aquí, Erica, de modo que no tienes que preocuparte.

—¿Erica? ¿Me llamo así?

—Claro, querida.

—No lo sabía —los oscuros ojos azules volvieron a mirarle—. ¿Y realmente eres mi marido?

—Sí.

Ella pareció relajarse y cerró los ojos.

—Oh, qué agradable es estar en casa.

Cuando se aseguró de que dormía, Girland desprendió suavemente su mano de las de ella y se levantó. Junto con Ginny, se apartó de la cama.

—¿Qué era todo eso de una uva negra? —preguntó Girland—. ¿Qué habrá querido decir?

—No sé. Voy a quedarme con ella —Ginny era de nuevo la enfermera eficiente—. Probablemente duerma toda la noche —miró a Girland con aire desdichado—. Ha estado muy convincente; si no lo hubiera sabido, realmente pensaría que es usted el marido.

Girland hizo un movimiento de fastidio; no se sentía muy orgulloso de sí mismo.

—No creerás que me gusta esto, ¿verdad? Es mi trabajo y me pagan por hacerlo. —Salió del cuarto y volvió a la terraza.

Kovski entró en el pequeño despacho donde Malik, sentado detrás del escritorio, se entretenía en agujerear el secante con un cortapapeles.

Kovski era el jefe de la división de Seguridad soviética en París: un hombre bajo y gordo con barba, un enorme cráneo calvo, ojos inquisidores y nariz gruesa. Vestía

descuidadamente y se veían manchas de comida en las solapas de su chaqueta. Era uno de los miembros más peligrosos y astutos de la policía secreta, y el jefe de Malik.

Malik levantó la vista y le miró con sus verdes ojos de serpiente, sin molestarse en moverse; estaba muy seguro de sí mismo. Kovski podía ser reemplazado en cualquier momento, pero Malik sabía que su propia posición era inexpugnable a menos que cometiera un error, y él jamás cometía errores.

—¿Qué es lo que pasa? —interrogó Kovski, apoyándose en el escritorio.

—Estoy esperando —respondió Malik, mientras empezaba de nuevo a clavar el cortapapeles en el secante.

—No podemos esperar más —dijo secamente Kovski, arrojando un telegrama sobre el secante.

Malik leyó el texto y se lo devolvió a través del escritorio. Después se puso de pie, dominando a Kovski con su estatura.

—¿Por qué no lo han dicho antes?

—Se acaba de recibir información en el sentido de que Kung ha inventado un arma nueva —explicó Kovski—, de modo que ahora es vital que sepamos más sobre eso. Es posible que esa mujer sepa algo y necesitamos la información inmediatamente. ¿Dónde está ella?

—Tenemos una pequeña pista que puede significar algo —y Malik dijo a Kovski lo que sabía de Kerman—. Estamos investigando y tenemos cuatro hombres en Niza, pero eso puede llevar tiempo. ¿Por qué no me dijeron que esto era urgente?

Kovski respiró profundamente; cuando trataba con Malik, siempre resultaba que nadie más que Malik podía tener razón.

—¡Ahora ya lo sabe! ¡Hay que encontrar a la mujer! Después de todo, usted es quien la ha perdido.

Malik le miró.

—Yo no la he perdido. Su querida, Mema Dorinska, es quien la perdió.

Kovski titubeó y la sangre se le acumuló en la cara.

—¡No diga que esa mujer es mi querida!

—Perdón; quería decir su puta —replicó Malik.

Ambos se miraron, y los ojos de Kovski fueron los primeros en desviarse.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en tono más suave.

Malik volvió a su silla y se sentó.

—Dorey tiene una secretaria, Marcia Davis —dijo, levantando el cortapapeles—, que debe saber dónde está esa mujer. Si hubiera sabido que esto era tan urgente, ya lo habría hecho. Déjelo en mis manos.

—¿Habría hecho el qué? —preguntó Kovski, mirando a Malik con intranquilidad.

—Es mejor que me lo deje a mí —respondió Malik—, que estoy a cargo de la operación. Creo que cuanto menos sepa usted del asunto hasta que yo tenga

información exacta, mejor para los dos.

Kovski vaciló.

—¿Qué es lo que va a hacer con Marcia Davis?

—¿Quiere saberlo? —los brillantes ojos verdes hicieron que Kovski se sintiera muy incómodo.

—Espero que sepa lo que hace, Malik.

—Oh, sí que sé lo que hago. Estamos perdiendo el tiempo. O me deja manejar esto a mi manera o me retiro.

Kovski se balanceó, apoyándose en uno y otro pie.

—No tenemos que fracasar.

—¿Y quién ha hablado de fracaso?

Kovski hizo un gesto de asentimiento y, dándose la vuelta, salió del despacho.

Malik cogió el teléfono.

—Que me manden enseguida a Smernoff —dijo a quien le atendió.

Colgó el receptor y tomó el cortapapeles. Lenta y perversamente, empezó de nuevo a hacer agujeros en el papel secante.

Un poco agitado y sudoroso, Sadu se detuvo.

—¡Espera! advirtió secamente a Jo-Jo, que descendía por el abrupto sendero, pistola en mano, horadando con los ojos la oscuridad iluminada por las estrellas.

Jo-Jo se detuvo y miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Vas demasiado rápido —dijo Sadu en voz baja— y es peligroso; podríamos provocar un deslizamiento.

La senda que Ruby le había dicho a Pearl existía realmente, cubierta de yerba seca, maleza y raíces de árboles, y nadie parecía haberla usado durante años. Se hallaban a mitad, de camino y, desde su sitio, Sadu ya podía ver el techo de la villa dibujado contra la montaña.

Los dos siguieron bajando con prudencia.

Sadu procuraba dejar cuidadosamente que Jo-Jo fuera más adelante. No tenía deseo alguno de encontrarse con un perro policía y pensaba que a Jo-Jo le pagaban por hacer ese trabajo, y a él no.

Después de recorrer unos metros más de terreno escarpado, Jo-Jo se detuvo y, cuando Sadu se aseguró de que no había peligro inmediato, se reunió con él.

Los dos podían ver ahora, a unos treinta metros por debajo de ellos, la terraza de la villa. Podían ver a Girland tendido en la tumbona, nítidamente recortada contra el piso de losas blancas por las luces de la terraza.

Jo-Jo dominó la escena con mirada de experto.

—Si sale a la terraza, es presa segura —declaró—. Necesitaré un rifle con mira

telescópica y tendré que hacerlo con un *solo* disparo. Para poder escapar, también quiero un silenciador. Puede ser un rifle 22 y si tiene mira telescópica, con un tiro en la cabeza bastará.

Sadu frunció el ceño.

—Me ocuparé de eso —asintió—. Este lugar está bien protegido. Tan pronto como yo consiga el rifle, vendrás a instalarte aquí a esperar.

Jo-Jo se rascó un rasguño que tenía en el dorso de la mano.

—Con tal que salga a la terraza —concluyó.

Acompañada por Harry Whitelaw y por el propietario del restaurante, Claude Terrail, Marcia Davis salió del elegante salón con su magnífica vista de Notre Dame.

Comer en «La Tour d'Argent» era siempre una experiencia, pensó. La comida había sido más que excelente; el *filet de solé cardinal* y el *soufflé Valtesse* absolutamente irreprochables.

Harry Whitelaw, del *New York Post*, se había mostrado muy divertido y sus atenciones habían sido tan fascinantes como siempre. Hacía muchos años que Marcia conocía y trataba a Whitelaw, un hombre alto y bromista, sin complicaciones, y siempre lo pasaba bien en su Compañía, sin que jamás hubiera tenido problema alguno con él. Whitelaw venía a París tres veces al año y cada vez la invitaba a «La Tour d'Argent», que para él era el mejor restaurante de París.

Claude Terrail, alto y de aspecto aristocrático, les estrechó la mano en el diminuto ascensor y Marcia y Whitelaw descendieron a la planta baja.

—Ha sido una comida perfecta, Harry —dijo Marcia mientras recogía del guardarropa su estola de visón—. Un millón de gracias. ¿Cuándo vuelves a París?

Whitelaw puso tres francos en la mano de la empleada; aun después de innumerables visitas a París, nunca estaba seguro de cuánto tenía que dejar de propina.

—Volveré para Navidad —la miró mientras el portero iba en busca de un taxi—. ¿Cómo está Dorey?

—Muy bien.

—Sabes, no sabíamos qué pensar de él. Creímos que estaba aviado.

Marcia se rió.

—¿Y quién no? No hay que subestimar a Dorey.

Whitelaw preguntó con el aire más casual posible:

—¿Pasa algo interesante?

—¡Oh, Harry! —Marcia le miró con aire anticuado—. ¡Y yo que creía que esa maravilla de cena no tenía segundas intenciones!

Whitelaw sonrió.

—Con probar no se pierde nada. Está bien, dejémoslo —se apartó de ella para mirarla con afecto—. ¿Sabes, Marcia, que eres una mujer muy atractiva? Dime una

cosa ¿por qué no te has casado?

Con una sonrisa un poco triste, Marcia acarició la piel de la estola.

—Ahí tienes el taxi, Harry. Gracias, y espero que me llames... para Navidad.

—Seguro. ¿Sabes una cosa? Estoy empezando a pensar por qué diablos no me he casado yo.

Cuando él se fue en el taxi, Marcia se dirigió hacia donde tenía estacionado su Mini-Cooper, en el puente de la Tournelle; abrió la puerta, se sentó y, por un momento, miró sin ver a través del polvoriento parabrisas, preguntándose si la última observación de Harry tenía algún significado. Marcia tenía treinta y cinco años, y estaba aburriéndose de ser la esclava de Dorey, aunque le gustaba París ¡cuánto más bonito habría sido tener su propia casa en Nueva York!

Vamos, muchacha, se dijo encogiéndose de hombros, nada de novelas; luego apretó el arranque y se dirigió a toda velocidad a su apartamento de tres ambientes en la calle de la Tour.

Mientras tarareaba una melodía estacionó el coche, atravesó rápidamente al patio oscuro, abrió la puerta automática y entró al vestíbulo. Tomó el ascensor hasta el tercer piso, una vez allí sacó la llave de su bolso y la metió en la cerradura. Le costó un poco abrir la puerta y eso la desconcertó porque hasta entonces la cerradura había andado bien; sólo tirando de la puerta hacia ella y empujando la llave consiguió abrir.

Pensó que debía ocuparse de eso al día siguiente por la mañana, pero en ese momento sólo quería acostarse. No había nada mejor que una comida dé primera y bien acompañada, para luego volver a quitarse la ropa y meterse en cama con un buen libro. Pensaba leer unos veinte minutos antes de apagar la luz.

Encendió las luces y entró en el *living-room*, pero allí se detuvo bruscamente, sintiendo que se le helaba la sangre, y abrió la boca para gritar.

El frío del acero en la garganta la hizo estremecer, mientras Smernoff gruñía:

—Si das un grito, perra, te corto el pescuezo.

Malik estaba reclinado en su sillón favorito. Un cigarrillo ruso ardía entre sus gruesos dedos y la cabeza plateada contrastaba nítidamente con el respaldo color vino del sillón.

—No sea tonto —dijo en su mal francés—. Está bien, Boris, déjela.

Marcia reconoció a Malik; con bastante frecuencia había visto su foto en los archivos que manejaba todos los días, y sabía que era el más peligroso de los agentes rusos. El corazón se le encogió cuando Smernoff le envió de un empujón hacia Malik.

—Siéntese, señorita Davis —le dijo cortésmente Malik—. No tenemos tiempo que perder y necesito saber dónde está Erica Olsen. Dígamelo, por favor.

El hecho de que, en el momento en que se sentó frente a Malik, ya se hubiera recobrado de la sorpresa de encontrar a esos dos hombres en su apartamento y

hubiera recuperado también su compostura, daba pruebas del valor y del autodomínio de Marcia. Sabía que estaba en peligro de muerte y sabía que, a menos que les superara en astucia, los hombres conseguirían la información que buscaban. Marcia pensaba rápidamente; recordó que Girland ya le había dicho a Malik que Erica Olsen sería conducida a la embajada norteamericana y decidió contarle la misma historia. Sería difícil desmentirla, pero tenía que tener cuidado de producir la impresión de que estaba dando la información contra su voluntad.

—Usted es Malik, ¿no? —preguntó, mirando cara a cara al gigante de pelo plateado.

—No importa quién soy. ¿Dónde está Erica Olsen?

—Donde ustedes no pueden atraparla.

—Señorita Davis, no me gusta ser descortés con las mujeres —dijo Malik, echando la ceniza sobre la alfombra— pero mi compañero no tiene esos escrúpulos. Mi tiempo es valioso; no me lo haga perder. Se lo preguntaré de nuevo y si no me da una respuesta satisfactoria, dejaré que mi compañero se haga cargo del interrogatorio. ¿Dónde está Erica Olsen?

Marcia pareció vacilar; se encogió en su asiento y se llevó las manos a la garganta, abriendo mucho los ojos.

—Ya se lo he dicho... donde no pueden atraparla. Está en la embajada.

—Esperaba que dijera eso —comentó Malik—. Según mi información, está en la Costa Azul. ¿Dónde está Erica Olsen, por favor?

Marcia miró los inexpresivos ojos de Malik y supo que la partida estaba perdida.

—¡Váyanse al infierno! —exclamó por lo bajo y, levantándose, intentó coger un cenicero de vidrio de una mesita próxima con la intención de arrojarlo a través de la ventana cerrada.

Sintió un dolor terrible en el cuello y se dio cuenta de que se caía.

Smernoff, que la había golpeado con la mano de canto, la levantó y volvió a ponerla en la silla.

Malik aplastó el cigarrillo, y encendió otro.

—Adelante —dijo, y empezó a observar la habitación. La encontraba cómoda y pensaba cuánto le gustaría vivir allí. Todo era de buen gusto; en las paredes había varios aguafuertes excelentes y le agradaba especialmente uno de Springer, un movimiento de pájaros. Sin duda, estos norteamericanos sabían vivir bien. Malik pensó en el único cuarto que era su casa en Moscú y frunció la nariz.

Smernoff había sacado del bolsillo una jeringuilla hipodérmica e inyectó en una vena del brazo de Marcia una fuerte dosis de escopolamina.

Media hora después, Marcia hablaba con aire soñoliento.

—Dorey tiene una villa en Eze —le dijo a Malik— y Erica Olsen está allí con Girland. Seis hombres de O'Halloran vigilan.

—¿Cómo se llama la villa? —preguntó Malik.

—Villa Hélios.

Malik se apartó de ella y miró a Smernoff.

—Creo que con eso nos basta.

Smernoff asintió con la cabeza.

—Bueno, está bien —Malik recogió cinco colillas de cigarrillos rusos del cenicero y las guardó en una caja de fósforos—. Ahora se la dejo. Es una lástima. Es atractiva, ¿no?

Smernoff se encogió de hombros: las mujeres le aburrían.

—En la oscuridad; todos los gatos son pardos —dijo con indiferencia—. ¿Qué importa una mujer menos al mundo?

—Tenga cuidado —Malik fue hacia la puerta—. Y déme cinco minutos.

Smernoff sonrió.

—No tiene que decírmelo; conozco mi tarea.

Malik hizo un gesto afirmativo y salió del apartamento. Bajó en ascensor; fallaban diez minutos para la medianoche y el portero estaba acostado. Nadie le vio salir, cruzó la calle para dirigirse hasta su coche estacionado, subió en él y partió.

Ya solo en el apartamento, Smernoff ayudó a Marcia a ponerse de pie.

—Necesita aire fresco —le dijo y la ayudó a salir por el ventanal y a asomarse al balcón, se quedó de pie junto a ella, mirando hacia la calle de la Tour, desierta a esa hora.

Marcia, drogada, adormecida y floja, apoyó las manos en la húmeda barandilla del balcón y aspiró profundamente el aire nocturno.

Smernoff recorrió la calle con la vista y miró atentamente las ventanas iluminadas de los apartamentos vecinos: no había nadie en los balcones. Se paró detrás de Marcia, se inclinó para cogerla de los tobillos y la levantó.

Cayó sin un grito, rompiéndose el cuello, la columna y un brazo, sobre un Dauphine estacionado.

Ginny salió a la terraza, Girland levantó la cabeza y dejó a un lado la novela que estaba leyendo.

—¿Y bien? ¿Qué tal está?

—Está bien —respondió Ginny, sentándose en una silla cerca de él—. Le he dado un sedante suave y duerme; seguramente podrá levantarse mañana —miró a Girland y agregó—: Entonces usted tendrá que seguir haciendo el papel de marido.

El se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho: es mi trabajo y me pagan por hacerlo.

—Me parece que no me voy a quedar aquí —dijo Ginny, mirándose las manos—. Más bien quisiera volver al hospital.

—Este es tu trabajo, Ginny —le recordó Girland—, y también a ti te pagan por hacerlo.

—Pero desde mañana ya no necesitaré enfermera.

—Bueno, entonces esperemos a mañana antes de que decidas irte.

Ginny se levantó y caminó lentamente hasta la balaustrada; se quedó quieta mirando las luces a lo lejos, luego se volvió y miró a Girland; que contemplaba las estrellas.

—Me voy a acostar. Ella dormirá. Buenas noches.

Girland sintió que estaba tensa, pero se resistió a la tentación de acercársele. Con irritación, pensó que Ginny era demasiado joven y que él no podía meterse en complicaciones.

—Bueno, Ginny —dijo con tono neutro—. Hasta mañana.

Ella entró en la casa y Girland encendió un cigarrillo y volvió a coger la novela, pero se dio cuenta de que no podía interesarse en la lectura. Volvió; a dejarla, se levantó y miró a su alrededor. De algún lugar del jardín le llegaba la voz de los hombres de O'Halloran.

—¿Algo más, señor? —preguntó Diallo, saliendo a la terraza—. ¿Una copa?

—No... está bien, gracias. Váyase a dormir, que ya entro yo —respondió Girland.

—Muy bien, señor. Buenas noches.

Cuando el senegalés se retiró, Girland arrojó en la oscuridad el cigarrillo a medio fumar y, apagando las luces de la terraza, entró en la casa. Cuando iba a subir las escaleras, empezó a sonar el teléfono. Se dirigió al amplio *living-room* y levantó el receptor.

Era Dorey...

—Mi secretaria ha muerto hace media hora —dijo Dorey, con voz dura y tensa—. Se ha caído por la ventana de su apartamento. Le están haciendo la autopsia con toda premura, pero tiene la huella de un pinchazo en el brazo, así que creo que le han inyectado escopolamina y, si es así, ha hablado. Tenga mucho cuidado, Girland; voy a mandar ahí a otros seis hombres, y no hay que permitir de ninguna manera que Erica Olsen salga de la casa. ¿Comprende? No la deje salir a la terraza. Un tirador de primera podría alcanzarla desde la Corniche, de modo que tiene que quedarse dentro. Le hago a usted responsable de eso.

—Bueno —dijo Girland—, yo ya había pensado en la terraza. ¿Ha sido Malik?

—Puede, pero no tengo pruebas —respondió amargamente Dorey—. Las carreteras y el aeropuerto están vigilados, así que si va hacia el sur le avisaré.

—Hablaré ahora mismo con O'Leary y le ordenaré que coloque a un hombre en la Corniche.

—Hágalo.

—Ah, otra cosa. Quisiera ver el archivo de Kung que usted tiene. ¿Me lo puede

mandar?

—¿Por qué?

—Por que no sé nada de él, y si llega a decir algo que tenga que ver con Kung, quiero la información suficiente para estar seguro de que lo que dice tiene sentido.

—¿Ha dicho algo ya?

—Algo de una uva negra.

—¿Una uva?

—Sí. No sé qué quiere decir... podría no querer decir nada, pero si se va a descolgar con cosas como esa, quiero estar seguro de que lo entiendo todo.

—Bueno, está bien, le mandaré los datos con los muchachos de O'Halloran. ¿Qué es exactamente lo que ha dicho de una uva?

Girland se lo repitió.

—Hum... Bueno, no sé. Extraordinario. Bueno, Girland, siga ocupándose y comuníqueme cualquier cosa que ella diga —y Dorey cortó la comunicación.

Girland salió de la villa y se dirigió hacia el pabellón a contarle a O'Leary lo que había pasado.

—Ponga a un hombre y un perro en la Corniche; desde allá arriba, un buen tirador nos cazaría a todos como conejos.

—Oh, no —dijo firmemente O'Leary— se equivoca. Ya me he fijado en la Corniche; no hay manera de bajar y la villa está totalmente protegida de la carretera. Si hubiera pensado que hay algún peligro por ese lado, ya habría puesto a un hombre, pero tenemos la retaguardia a salvo. Los problemas son cosa mía, Girland; usted ocúpese de la mujer, que yo me ocuparé de los problemas.

—Quiero un hombre y un perro allá arriba —insistió Girland en voz baja— y es una orden, O'Leary.

Los dos hombres se miraron hasta que O'Leary, con los ojos brillantes de cólera, dijo:

—Si es lo que quiere, lo tendrá —y después de una pausa, agregó—: Pero es desperdiciar un hombre.

—Mañana le llegarán otros seis... y es lo que quiero.

Girland volvió a la villa y subió lentamente las escaleras, pensativo. Se detuvo ante la puerta de Erica Olsen, la abrió en silencio y miró hacia adentro: Erica dormía, con el pelo rubio desparramado sobre la almohada y una expresión de paz y calma en su rostro de clásica belleza.

Girland volvió a cerrar la puerta y se dirigió al cuarto de baño. Se dio una ducha fría y, con la ropa en la mano, dio los pocos pasos que le separaban de su dormitorio y abrió la puerta.

—Mark... por favor... no enciendas la luz —dijo una vocecita, y él se detuvo en la puerta, sosteniendo la ropa contra el cuerpo en un intento de cubrirse.

—¿Ginny?

—¡No me importa! Sé que mañana te perderé, que una vez que esa mujer esté bien nunca volverás a mirarme —la luna que se infiltraba entre las rendijas de los postigos iluminaba bastante para que Girland pudiera ver a Ginny sentada en su cama, cubriéndose con la sábana—. No me odies, por favor.

—Ginny, querida, cómo puedo odiarte.

Girland atravesó el cuarto, dejó caer su ropa y se sentó sobre la cama, apartando la sábana que la cubría.

—Pero Ginny, ¿estás segura? —preguntó rodeando con sus brazos el frágil cuerpo desnudo.

—Sé que soy una desvergonzada —susurró Ginny, acariciándole la espalda— pero es porque, estoy muy segura.

Era un don irresistible que Girland aceptó con placer y tomó con ternura.

Malik y Smernoff burlaron por completo a la policía que les esperaba en todas las carreteras que llevaban al sur. Se dirigieron rápidamente al aeropuerto de Le Touquet y allí tomaron un taxi aéreo hasta el aeroclub de Aix, donde les esperaba uno de los hombres de Smernoff, con un coche veloz que les llevó, atravesando Draguignan, Grasse y Tourettes, hasta Cagnes sur Mer. Allí, en una destartalada villa sobre el mar, propiedad de uno de los contactos de la embajada soviética, Malik interrogó a Petrovka, a quien Smernoff había puesto sobre aviso tan pronto como sospecharon que el escondite podía ser Niza.

Petrovka, joven y delgado, deseaba ardientemente emular los éxitos de Malik, y ya había estado en la villa de Dorey mientras Malik y Smernoff viajaban hacia Cagnes. Su informe fue breve y preciso.

—La villa es inexpugnable —explicó—. No hay forma de entrar, salvo mediante un ataque frontal, y hay seis hombres armados que custodian el lugar.

Sacó entonces un plano de la villa, y se lo entregó a Malik, quien después de estudiarlo, echó atrás su silla y encendió un cigarrillo.

—Hay que pensarlo. Un ataque frontal es imposible —señaló el plano—, pero ¿está seguro de que no podemos bajar desde la ruta de arriba? ¿No hay ningún sendero?

—En los mapas locales no figura ninguno.

Malik hizo un movimiento de impaciencia.

—Eso no significa que no lo haya. Vaya enseguida a asegurarse.

Petrovka se levantó.

—En seguida —dijo y salió.

Malik miró a Smernoff con sus ojos verdes echando chispas.

—Debería haber investigado; es un tonto.

Smernoff se encogió de hombros.

—Tráigame a alguien que a esa edad no sea tonto —respondió—. Tengo que arreglarme con lo que consigo.

En el vuelo de las 7.30 de la mañana, que sale de París para llegar a Niza a las 8.55, había numerosos turistas franceses y norteamericanos. También había entre ellos una joven china que llevaba un estuche de violín. Usaba un vestido estampado barato y calzaba zapatos de tacones muy altos, que la obligaban a caminar con cierta torpeza. Atravesó la barrera policial junto con los otros turistas y pasó al vestíbulo.

Jo-Jo, que estaba de mal humor porque había tenido que levantarse temprano, la esperaba y se reunió con ella. Las mujeres chinas no le interesaban y pensaba que sus piernas cortas y gruesas eran, imposibles de ver y sus caderas simples trozos de carne.

—¿Lo has traído? —le preguntó a la chica al detenerse junto a ella.

—Sí.

—Entonces vamos.

Salió del aeropuerto y se encaminó al lugar donde había estacionado el 404, seguido por la muchacha, que se tambaleaba un poco pero estaba muy orgullosa de sus zapatos. Subieron al coche y, conduciendo con cuidado, Jo-Jo se dirigió a Villefranche.

Ninguno de los dos dijo nada durante el viaje hacia el hotel de Ruby. Pearl saludó a la muchacha y, en la seguridad de su dormitorio, Sadu abrió el estuche de violín y extrajo de él un rifle calibre 22, desarmable, una mira telescópica y un silenciador. Era una hermosa arma de precisión, de manufactura japonesa. Sadu se la entregó a Jo-Jo.

—Bueno, ahí tienes —le dijo— yo ya he cumplido mi parte; ahora ocúpate de la tuya.

Jo-Jo fue con el arma a sentarse en la cama. Una vez allí montó el rifle, le atornilló el silenciador y aseguró la mira telescópica. Después fue hacia la ventana y desde allí apuntó a un árbol lejano. Se movía con tal eficiencia profesional que, a pesar de la atmósfera cargada de la habitación, Sadu sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Jo-Jo se volvió y sonrió; rara vez lo hacía y su rostro delgado y perverso parecía más perverso aún cuando descubría sus dientes descoloridos.

—Es una belleza —dijo—. Ya pueden darla por muerta.

Algo se movió a su lado y Girland se despertó bruscamente.

—No es nada —dijo suavemente Ginny—, me vuelvo a mi habitación.

—¿Qué hora es?

—Un poco más de las seis.

Girland suspiró, se estiró y se puso boca arriba. Ginny, sentada en el borde de la cama, con el pelo rubio un poco revuelto, vuelta hacia él la espalda desnuda, tanteaba con los pies en busca de sus zapatillas.

El se estiró para alcanzarla y la hizo caer hacia atrás, sobre su pecho.

—Hola, Ginny —le dijo—. No te vayas todavía —le cubrió con ambas manos los menudos pechos y la besó en la oreja, pero ella se estremeció y se apartó de él. Apresuradamente, tomó su salto de cama y se cubrió.

—No, por favor. No quería despertarte.

Girland cruzó las manos detrás de la nuca y la observó.

—Es temprano. Ven... no hace falta que te apresures como si fueras a tomar el tren.

—No. Ha sido una hermosa noche, Mark, pero ahora se acabó. Y no volverá a suceder.

—Ha sido una hermosa noche —asintió Girland, pensando en lo bonita que era. Luego, con su sonrisa encantadora, agregó:

—A mí me gustaría que volviera a suceder, Ginny querida.

—No. Tú tienes que hacer un trabajo y yo también, y esta no es manera de hacerlo. Por favor, no me lo hagas más difícil. Ahora voy a ver a la señorita Olsen — y empezó a andar hacia la puerta. *

—Ginny...

Ella se detuvo para mirarle.

—Claro, tienes razón, pero este trabajo no durará mucho. ¿No podemos volver a encontrarnos más adelante?

—Creí que tú me doblabas en edad, y que yo era demasiado joven —respondió Ginny, mirándolo con seriedad.

—Si tú puedes pasarlo por alto, yo también —concedió Girland.

—Veremos.

El la miró, levantando una ceja.

—Por favor, no me lo hagas más difícil.

Ginny trató, sin éxito, de ahogar una risita.

—Bueno, el hospital seguirá estando en su sitio y yo trabajo allí —dijo, y se fue.

Girland cogió un cigarrillo, lo encendió y volvió a tenderse de espaldas, con un suspiro de satisfacción. Pensaba que era el mejor trabajo que jamás le había venido de

la CIA; tanto, que ya resultaba sospechoso. Echó una nube de humo hacia el cielo raso, pensando cuánto tardaría Erica en recuperar la memoria y si llegaría a obtener de ella la información que a Dorey le interesaba. Frunció el ceño al recordar las extrañas palabras que ella había pronunciado: Es hermosa y negra como una uva. ¿Qué significaba eso: algo o nada? La referencia a una uva ¿tendría algo que ver con la nueva arma de Kung? Girland meneó la cabeza. Era improbable: las armas no son hermosas. Con impaciencia, aplastó el cigarrillo y miró el despertador que había junto a la cama: eran las 6.15, demasiado temprano para levantarse. Cerró los ojos para rememorar los momentos pasados esa noche. Con las mujeres nunca se sabe, pensó. ¿Quién iba a imaginarse que hubiera tanta pasión encerrada en ese cuerpecito inmaduro?

Una hora más tarde, todavía adormecido, Girland oyó llamar suavemente a la puerta.

Diallo apareció con una bandeja en la que traía café y zumo de naranja.

—¿A qué hora quiere el desayuno, señor? —preguntó mientras dejaba la bandeja.

Sintiéndose culpable, Girland recorrió la habitación con la vista para asegurarse de que Ginny no había dejado rastros de su visita.

—Dentro de una hora está bien —respondió, desmereándose—. ¿Qué tenemos?

—Huevos, señor, preparados como usted quiera. El jamón parece muy bueno. Y si quiere trucha azul, se la recomiendo.

Girland suspiró extasiado.

—Acepto la trucha. ¿El señor Dorey vive siempre así?

—¿Cómo, señor? —Diallo parecía realmente intrigado.

—Eso significa que sí —comentó Girland, meneando la cabeza con admiración—. Está, bien, Diallo; dentro de una hora bajaré.

Una hora y media más tarde, terminado el desayuno, Girland iba a instalarse en la terraza con el *New York Herald Tribune* cuando el sargento O'Leary subió rápidamente los escalones, llevando bajo el brazo un paquete de buen tamaño, cubierto de sellos.

—Ha llegado esto para usted —le dijo, poniéndolo sobre la mesa—. ¿Quiere firmarlo? —Mientras Girland firmaba el recibo, O'Leary continuó—: Han llegado seis hombres más y hay un hombre y un perro en la Corniche.

—Espléndido —respondió Girland—. ¿Quiere café?

—Estoy de servicio —dijo secamente O'Leary, y se retiró.

Girland hizo una mueca, dándose cuenta de que O'Leary se había molestado por su insistencia en poner un hombre en la Corniche, y se encogió de hombros, pensando que era una lástima, pero él no podía correr riesgos; además, había sido una orden de Dorey.

Se levantó y abrió el paquete, que contenía un voluminoso archivo sobre Feng

Hoh Kung. Lo llevó al *living-room*, donde lo guardó bajo llave en uno de los cajones del escritorio. Después subió las escaleras y llamó a la puerta del dormitorio de Erica.

Ginny fue a abrirle vestida con su uniforme de enfermera, y le miró con aire impersonal; ni siquiera sonrió cuando él le guiñó un ojo.

—¿Cómo está la paciente? —preguntó Girland, viendo que ella estaba decidida a estar en su papel.

—Está levantada y se siente bien —dijo Ginny—. Quiere ir a la terraza. Entre por favor.

Girland pasó junto a ella y entró en el cuarto, amplio y agradable, donde Erica estaba sentada en una tumbona, junto a la ventana abierta que daba directamente al mar. Llevaba un salto de cama azul y Girland supuso, que se lo había comprado Ginny. Cuando él se acercó, Erica se volvió para mirarle, le sonrió y le extendió la mano.

—Hola, Mark —le dijo.

Consciente de que Ginny había salido de la habitación, él le besó los dedos y se sentó en una silla, cerca de ella.

—¿Cómo te sientes esta mañana, Erica?

—Espléndidamente. Quiero ir a nadar. ¿Me llevarás?

—¡Eh! ¡Eh! —dijo él, fingiendo alarma—. ¡Todavía no! Aunque yo también estoy impaciente por verte volver a la normalidad, no hay que apurar las cosas. No debes ponerte al sol.

Ella le miró, y Girland pensó qué hermosa era.

—Pero me gusta el sol, me hará bien.

—Quieres recuperar la memoria, ¿no es cierto? El médico dice que por ningún motivo debes estar bajo una luz demasiado fuerte. Sé que te va a resultar fastidioso, pero por unos días no debes ni siquiera salir afuera y, si lo haces, tu memoria se resentirá —explicó Girland, pensando si aceptaría ella esa mentira.

—Ya veo —Erica frunció el ceño—. Bueno, supongo... —volvió a mirar a Girland—. Qué cosa más extraña. No puedo creer que seas mi marido. ¿Eres realmente mi marido?

—Te puedo mostrar nuestro libro de familia, si quieres convencerte —le dijo él con tono leve, riéndose—. Sí, querida, realmente soy tu marido.

—Y sin embargo no me acuerdo nada de ti —Erica apoyó con suavidad sus dedos sobre la mano de él—. Pareces muy bien... el tipo de marido que yo elegiría. ¿Cuánto hace que nos casamos?

—Tres años —respondió Girland con desenvoltura.

—¿Tenemos hijos?

—No.

—¿Por qué, Mark?

Súbitamente incómodo, Girland se frotó la nuca.

—Hemos estado viajando mucho... sin tener oportunidad de establecernos.

—¿En qué trabajas?

—Trabajo para la I.B.M... los de las computadoras. Ahora estoy haciendo un trabajo aquí y he alquilado esta villa por un tiempo.

—¿Dónde es aquí? —Erica parecía escuchar de manera un poco abstracta, pero Girland tenía la sensación de que se iba poniendo tensa.

—Eze... cerca de Niza, en Francia —precisó.

—¿Eres una persona muy importante, Mark?

—Yo no diría tanto. Tengo bastante éxito, pero nada más.

—Entonces ¿por qué hay soldados armados que patrullan el jardín?

Girland pensó con rapidez.

—Tengo tratos con el gobierno francés —dijo tranquilamente— y el ministro de Finanzas vendrá por aquí dentro de uno o dos días. Como el mes pasado alguien le tiró una bomba, está-intranquilo y hemos llamado al ejército para que se sienta seguro. Parece una tontería, pero es un asunto importante. Tú no tienes que preocuparte por ellos.

Girland la observaba con cuidado y le pareció que ella se tranquilizaba un poco.

—Ya veo —Erica se volvió a mirarle, escudriñando el rostro de él con sus oscuros ojos azul violáceo—. Me alegra que seas mi marido, Mark. No sabes lo que significa perder el pasado de la manera que lo he perdido yo, y encontrarte después en esta maravilla de cuarto con alguien como tú.

Girland intentó cambiar de tema.

—Entiendo. Pronto recuperarás la memoria. Verás...

—¿Nos hemos peleado alguna vez?

—Bueno, no. ¿Por qué habríamos de pelearnos?

—Pero los matrimonios se pelean, ¿no?

Girland decidió llevar a terreno más seguro la conversación, que le estaba resultando embarazosa.

—¿No recuerdas lo más mínimo del pasado, Erica? —le preguntó—. ¿Ni siquiera te acuerdas del viaje a Pekín que hicimos hace un par de meses?

Ella se puso tensa y cerró los puños.

—¿Pekín?

—Sí.

Erica se quedó sentada, inmóvil largo rato, mirando por la ventana hasta que habló con voz fría y neutra.

—No me gustó Pekín.

—¿Por qué dices eso?

Ella hizo un movimiento de disgusto.

—No sé; lo siento así. ¿Qué me pasó en Pekín?

—Pues, nada —mintió Girland—, yo había ido en viaje de negocios y tú anduviste mucho por ahí viendo la ciudad. ¿No te acuerdas?

—No quiero hablar de eso; es algo que no me agrada.

—Pero yo creía que lo habías pasado bien. ¿No te acuerdas de las uvas? —Girland se inclinó hacia adelante—. Las negras...

Erica se volvió rápidamente con los ojos brillantes y animados.

—Había una... cosa bellísima. Había un dragón de oro... había... —Luego los ojos volvieron a oscurecerse y, llevándose las manos a la cabeza, exclamó—: ¡Oh, por qué no puedo acordarme! La uva es tan importante.

—¿Por qué es importante?

—No sé, pero tengo la sensación de que es importante. La tuve conmigo... la... —se interrumpió con aire muy confundido.

—Bueno, no te preocupes por eso —le dijo Girland en tono tranquilizador—. Es cuestión de tiempo —se levantó—. Dentro de un rato volveré a verte, pero ahora tengo mucho que hacer. Descansa y no te preocupes. ¿Quieres algo para leer?

—No, quiero pensar. Tengo la sensación de que cuanto más piense más pronto recordaré.

—Está bien, pero no te exijas demasiado. Le diré a la enfermera Roche que suba para acompañarte.

—Ahora no... quizá más tarde —Erica le sonrió y le tendió la mano y, cuando Girland se la tomó, lo atrajo hacia ella y le ofreció los labios. Después de besarse, ella se volvió a echar—: Está bien, Mark, vete a trabajar, pero vuelve a verme pronto.

Un poco desconcertado, Girland salió del cuarto y bajó las escaleras rumbo al *living-room*. Ginny, que estaba allí hojeando el periódico, le miró con aire de interrogación.

—Ginny, chiquilla, hay algo que me preocupa y tendremos que resolverlo —le dijo Girland—. Erica necesita algo de ropa. ¿Quieres ir ahora mismo a Niza y comprarle lo que haga falta? Mejor que vayas con Diallo, que él tiene el dinero. ¿Quieres?

—Cómo no —respondió Ginny.

Cuando ella fue a cambiarse, Girland se dirigió al escritorio, sacó el archivo de Kung y, llevandoselo a la terraza, se dispuso a examinarlo.

Al mediodía, el tránsito que subía hacia la Grande Corniche empezó a espesarse. Un río de autocares con turistas trepaba lentamente a la colina por el serpenteante camino, deteniéndose de continuo para dejar que los fanáticos de la fotografía dispararan sus cámaras desde las ventanillas abiertas.

El soldado Dave Fairfax, sentado en un jeep estacionado a un costado del camino,

observaba de mala gana el tránsito, mientras su receptor de radio le brindaba una suave música de *swing* y el perro policía alsaciano dormía en la parte posterior del jeep.

Fairfax no sólo estaba aburrido, sino irritado. ¿Acaso el sargento no le había dicho que estar apostado en esa maldita carretera no era más que una pérdida, de tiempo? Hubiera sido mucho más agradable estar en el jardín de la villa, junto con los demás muchachos. Algunos de ellos habían organizado una timba y en eso Fairfax se consideraba experto; pensaba que si pudiera estar allí y no en ese maldito camino calcinado por el sol, podía haberlos desplumado a todos, y bien que necesitaba el dinero. Estaba esa francesita con quien se había encontrado la noche en el puerto de Villefranche y que se moría por él, pero Fairfax sabía instintivamente lo que le costaría. El problema era que tenía que competir con los condenados de la armada. Esos tipos sí que tenían suerte; una vez que salían de ese pedazo de hierro anclado en el puerto, todas las lechugitas se les iban encima.

Tres autocares pasaron lentamente junto a él y un hombre con cara de lechuza, que usaba gruesas gafas con armazón de asta, se asomó por una ventanilla para sacar una foto del jeep. Fairfax le hizo una mueca y, levantando un dedo, apuñaló el aire con él. El lechuzón frunció el ceño y el autocar siguió andando.

Fairfax se movió en su asiento; hacía calor y él pensaba con nostalgia en el sombreado jardín. Se divertía un poco mirando la cantidad de coches que se arrastraban tras los autocares y viendo la exasperación de los conductores cuando comprendían que no era posible adelantar a la fila de autocares; al menos no era él el único que sufría.

Convencido de que estaba perdiendo el tiempo, ya que O'Leary le había asegurado que no había forma de que nadie pudiera llegar a la villa de Dorey desde la Corniche, Fairfax de ningún modo estaba atento y hasta dormitaba de vez en cuando. Después de todo, pensaba, si el perro podía dormir, ¿por qué no él?

No dejó de notar, entre el tránsito que se arrastraba lentamente, un 404 negro, pero si hubiera estado alerta, su curiosidad se habría despertado al ver que al volante iba una bonita muchacha vietnamita. Junto a ella iba un hombre delgado que parecía medio chino y, en la parte de atrás del coche, un joven *beatnik* recostado contra el respaldo del asiento, con sus ojillos inquietos y brillantes.

—A tu izquierda —dijo suavemente Pearl.

Sadu ya había visto el jeep; se enderezó y se cubrió la cara con la mano. Jo-Jo también miró al jeep y vio a un soldado norteamericano, con los pies apoyados contra el tablero, que movía rítmicamente la mandíbula mientras mascaba chicle, con los ojos entornados.

—¿Crees que has encontrado el sendero? —interrogó Sadu cuando Pearl detuvo el coche por el embotellamiento del tránsito.

—Puede ser; tú tendrás que ir con él, Sadu —respondió Pearl.

Sadu hizo una mueca.

—Usted lleve mi pistola —dijo Jo-Jo— que yo llevaré el rifle.

Y se inclinó hacia adelante para dejar caer en las rodillas de Sadu el 38 con silenciador.

Apresuradamente, Sadu se metió el arma en el cinturón. Todo eso le enfermaba, pero era algo que no podía eludir.

—Me detendré en la próxima curva —anunció Pearl—. Tendréis que retroceder a pie. Y no olvidéis la cámara.

El tránsito iba un poco más rápido, pero al dar la vuelta a la curva, fuera de la vista del soldado, Pearl empezó a disminuir la velocidad.

—Rápido —les recomendó—. Volveré dentro de media hora.

Sudando por el calor, Sadu cogió el tomavistas de 16 mm que había traído consigo y retiró el seguro de la puerta. Pearl sacó la mano para indicar que iba a detenerse y después frenó, mientras la larga hilera de coches que la seguía disminuía también la marcha hasta pararse entre maldiciones.

Sadu y Jo-Jo salieron del coche dirigiéndose a la angosta cuneta mientras el conductor del coche que les seguía hacía sonar desafortunadamente el claxon. Pearl volvió a poner el coche en marcha.

Al empezar a caminar, Sadu sintió cómo el arma le oprimía dolorosamente el estómago. Jo-Jo iba con él, llevando el estuche del violín y una mochila que contenía algo de comida y vino.

El sendero, cubierto de malezas y fuera de la vista del camino, comenzaba a unos cien metros de donde estaba estacionado el jeep.

Sadu y Jo-Jo caminaron despacio hacia la brecha del muro que les conduciría a la senda. Ambos se sentían como moscas sobre una pared, ya que no había otros peatones, y se daban cuenta de que la gente que pasaba en los coches les miraba. Sadu estaba seguro de que el estuche del violín llamaba la atención.

Jo-Jo susurró:

—Nos ha visto. Saca alguna fotos.

Fairfax acababa de dejar su chicle en la guantera que había debajo del tablero del jeep. Vio a los dos hombres y, durante un fugaz momento, estuvo alerta, pero cuando uno de ellos levantó un tomavistas y empezó a tomar vistas de la aldea que se veía abajo, hizo un gesto despectivo para sí y empezó a desenvolver otro pedazo de chicle.

¡Turista! pensó. ¡Tiene todo el equipo que se puede comprar con dinero, y apuesto a que toma unas fotos pijoas!

—Bajaremos al sendero cuando el autobús esté entre él y nosotros —dijo Sadu.

Ambos esperaron, mientras Sadu seguía haciendo como que tomaba fotografías, hasta que Jo-Jo dijo:

—Ahora.

Bajo los ojos de una treintena de turistas, pero fuera de la vista del jeep, se deslizaron velozmente por la abrupta pendiente y entre las malezas, moviéndose con peligrosa rapidez hasta llegar a la senda.

Sadu se sacó el arma de la cintura y empezó a andar. Después de esperar unos segundos, Jo-Jo le siguió, y cuando alcanzaron a ver el techo de la villa y Sadu comprobó que de ese lado no había vigilancia, se detuvieron.

—Está bien —dijo Sadu—. No lo han encontrado. Yo me vuelvo, y tú tendrás que encontrar solo el camino al hotel. Quédate aquí hasta que el trabajo esté listo.

Jo-Jo gruñó y, dejando a Sadu, siguió descendiendo por el sendero. Sadu dio media vuelta y empezó a trepar de nuevo por la pendiente para volver al camino; tuvo suerte, porque pasaba una larga fila de autocares y Fairfax, que intentaba sintonizar un programa en su receptor, se había olvidado por completo de los dos hombres que sacaban fotografías.

Jo-Jo legó a un punto desde el cual dominaba con la vista la terraza de la villa, que estaba desierta. Se desembarazó de la mochila y, sentándose sobre sus talones, apoyó la espalda contra un árbol. Se sentía oculto y a salvo. Pasó algunos minutos armando el rifle. Después apuntó hacia la terraza; la mira telescópica era tan poderosa que podía contar fácilmente las grietas en las piedras del pavimento. Satisfecho, cargó el arma y luego, poniéndosela *atravesada* sobre las rodillas, se sentó a esperar.

Mientras Jo-Jo esperaba, Henri Dumaine, próspero agente de seguros y venta de propiedades en la aldea de Eze, consideraba sin mucho interés a Petrovka. No creía que un hombre tan joven y tan andrajosamente vestido tuviera el dinero necesario para comprar tierra en ese distrito, pero al mismo tiempo, se decía, podía estar actuando de intermediario para alguien más adinerado, de modo que Dumaine, decidió ser servicial.

—Sí, claro que conozco la villa de Monsieur Dorey —le aseguró—. No hay villa que yo no conozca en este distrito. ¿A usted le interesa comprar un terreno más arriba de la villa?

—Sí —respondió Petrovka, que ya había estado en la Grande Corniche y había visto al soldado y al jeep, pero le había parecido peligroso buscar una senda si había un soldado de guardia y, desesperado, había ido a ver al agente de propiedades.

—Bueno, por supuesto que no es imposible; hay terrenos para vender allí, pero debo advertirle que no hay agua.

—Eso tiene arreglo —dijo Petrovka en cuidadoso francés—. Me gustaría ver el terreno. ¿Hay un senda para bajar hasta la villa?

—Había una senda —le explicó Dumaine—. Por lo menos, eso creo —se levantó y fue hasta su archivo, de donde sacó unos cuantos planos—. Sí, claro, pero no le aconsejo andar por ella, porque es peligrosa. En la actualidad nadie la usa y el suelo

debe estar muy flojo.

—¿Podría ver el mapa? —preguntó Petrovka, mientras sentía que el sudor empezaba a mojarle las axilas. ¡Había fracasado! pensaba. Había una senda y él le había dicho a Malik que no había ninguna.

Encogiéndose de hombros, Dumaine le tendió el mapa a través del escritorio.

Petrovka lo examinó y de un vistazo se dio cuenta de que había pasado por la entrada de la senda, que estaba próxima al lugar donde había visto estacionado el jeep.

Tomó nota mentalmente de la situación de la entrada y devolvió el mapa.

—Puede que sea interesante —comentó, levantándose—. Yo le avisaré.

Dumaine apenas pudo ocultar su disgusto.

—Como quiera, *monsieur* —concluyó, poniéndose de pie con una inclinación, y después de estrechar la mano de Petrovka, le miró partir.

Petrovka volvió a la Grande Corniche, sintiéndose incómodo y desdichado. Sabía que *había perdido un tiempo precioso* y al echar una mirada a su reloj, vio que eran las 13,10; Malik debía de estar esperando con impaciencia el informe, pero si la senda existía, tenía que darle detalles.

El tránsito había disminuido y pasó junto al jeep sin dificultad. Unos metros más allá había un apeadero, estacionó allí el coche y paró el motor.

Ahora tenía el problema de explorar la senda sin que el centinela le viera. Salió del coche y retrocedió rápidamente por la estrecha cuneta hasta que llegó a la curva. Allí esperó hasta que hubo un momento de calma en el tránsito y, subiendo por la pared, se descolgó hacia el lado de la montaña. Trepar hasta donde estaba la senda le costó su esfuerzo y riesgos, pero se las arregló. De vez en cuando los pies se les resbalaban y le parecía que iba a caerse, pero aferrándose a un arbusto a veces y otras aplastándose contra el tronco de algún árbol, llegó finalmente a la senda, sin que le vieran.

Con cautela, empezó a descender.

Extendido al sol, Jo-Jo le oyó venir. La primera advertencia fue una piedra que cayó rodando junto a él. Silenciosamente se puso de pie, levantó la mochila y, saliendo de la senda, se ocultó en la espesura de las malezas. En cuclillas, esperó, los labios entreabiertos sobre los dientes descoloridos, con el dedo en el disparador del rifle.

Entonces vio a Petrovka, con una pistola Mauser 7,63 en la mano, que descendía cautelosamente por la senda. Jo-Jo levantó el rifle. Era un blanco fácil; la bala 22 atravesó la frente de Petrovka y le mató sin que llegara a emitir un sonido.

Jo-Jo se secó el sudor de la cara, volvió a cargar el rifle y, acercándose al cadáver de Petrovka, lo arrastró entre las malezas.

En la opaca villa de Cagnes, caminando de un lado a otro, Malik esperaba. Smernoff, sentado junto a la ventana abierta, observaba cómo las muchachas se exhibían en bikini en la playa.

Sólo cuando Girland estaba ya casi al final del archivo de Feng Hoh Kung se puso repentinamente alerta y empezó a leer un recorte de *The Art & The Connoisseur*, del año 1937, que estaba adherido al fichero.

Hasta ese momento había recorrido una masa de informes sin interés, proporcionados por diversos agentes, un resumen del carácter de Kung, de sus logros, sus antecedentes generales y su trabajo actual; pero súbitamente le llamó la atención ese artículo de una revista desaparecida.

El artículo relataba que desde hacía siglos, la familia Kung había estado integrada por coleccionistas de antigüedades, piedras preciosas y jade, y que Feng Hoh Kung había heredado todos esos tesoros.

«Parte de esta deslumbrante colección, que no le va en zaga a ninguna del mundo —continuaba el artículo— es la famosa Uva Negra, la única perla de color negro azabache cuya existencia se conoce. Perteneció originariamente a Shi Huang-ti, que en el siglo III a. C. construyó la Gran Muralla China. En el año 1753 fue adquirida por la familia Kung, que la conserva desde entonces».

Girland apartó el archivo, buscó un Cigarrillo y se quedó mirando hacia la terraza bañada por el sol.

Pensaba que de eso había estado hablando Erica. «Es hermosa y negra como una uva». Probablemente ella había visto la perla y se había impresionado mucho. Girland se encogió de hombros y volvió a coger el archivo, pero se detuvo, entrecerrando los oscuros ojos; recordaba la repentina agitación de Erica y sus palabras: «La tuve conmigo».

¿Había alguna posibilidad de que realmente Erica tuviera la perla? ¿Tal vez por esa razón habría dejado a Kung? Girland volvió a leer el artículo y, recostado, se acariciaba la cara mientras pensaba.

Tenía muchos contactos y en ese momento se preguntaba quién podría darle más datos de la Uva Negra. Con rapidez, recorrió mentalmente la lista de sus relaciones e hizo chasquear los dedos al recordar a Jacques Yew, dueño de un conocido establecimiento de artículos orientales del bulevar des Moulins, en Montecarlo. Algunos años atrás, Yew se había visto envuelto en un problema con uno de sus muchos amigos, que por rencor había intentado hacerle chantaje. Por casualidad, Girland se había encontrado con Yew en un club nocturno de París y, aburrido de esperar a una muchacha que no apareció, se había puesto a escuchar la historia de sus penas. El chantaje era algo que repugnaba a Girland, y echó mano al muchacho que

amenazaba a Yew, hasta dejarle Convertido en un aterrorizado despojo; después de eso, Yew le había dicho que si alguna vez necesitaba su ayuda, le llamara.

Así vivía Girland: prestaba un servicio y jamás vacilaba en reclamar el pago más adelante. Ahora, pensaba que Yew podía serle útil.

Eran las 12,30 y apartó el fichero. Esa tarde vería a Yew; ahora, Ginny volvería de un momento a otro y Erica había pasado sola más de dos horas. Un poco de mala gana, Girland subió las escaleras y después de llamar a la puerta de Erica, entró.

Ella, sentada junto a la ventana, se volvió y le sonrió.

—¿Ya has terminado el trabajo, Mark? —le preguntó, extendiéndole la mano.

—Por el momento, sí —fue hacia ella y le besó los dedos—, pero esta tarde tengo que salir. ¿Te has aburrido?

—No, he estado pensando —después de una pausa, preguntó—: Mark... ¿hemos estado últimamente en París?

—Sí, vinimos de París. ¿Por qué lo preguntas?

—Siento como si mi mente estuviera andado entre nubes. A veces las nubes se disipan un poco y puedo ver por dónde ando. ¿Comprendes?

—Claro que sí. ¿Te acuerdas de París?

—Me acuerdo de que estaba en un hotel, pero tú no estabas conmigo.

—¿En qué hotel?

—En el hotel Astorg —replicó Erica sin vacilar.

—Tu ropa no apareció; puede que se haya quedado en el hotel. Será mejor que les llame por teléfono.

Erica frunció el ceño.

—¿Qué pasó en París?

—No lo sé. Estábamos alojados en el George V, yo salí por un asunto de negocios, y cuando volví te habías ido con tu equipaje.

—¿Tú crees que pensaba abandonarte?

Girland sonrió.

—Creo que no. Probablemente te despertaste después que yo me fui, te diste cuenta de que habías perdido la memoria, te asustaste y te fuiste.

Ella movió la cabeza con un gesto de desamparo.

—Me imagino que sí. ¿Llamarás al hotel? Me gustaría tener mis cosas.

—Ahora mismo lo haré. En este momento, la enfermera Roche está en Niza, comprándote algo para que te pongas. Yo vuelvo en seguida.

Al llegar a la planta baja, Girland pidió comunicación con Dorey y cuando se puso al habla con éste, le dijo:

—Estuvo en el hotel Astorg; puede que haya dejado el equipaje allí.

—Así que empieza a hablar.

—Eso parece.

—¿No ha dicho nada más?

Girland pensó en la Uva Negra, titubeó y respondió:

—Hasta ahora, no.

—Mandaré a O'Halloran a revisar el hotel. ¿Por ahí anda todo bien?

—Yo no me quejo —respondió Girland, pensando en la atención que recibía.

—No quiero complicaciones entre usted y la mujer, ni con la enfermera.
¿Entendido?

—Ya veo —dijo Girland, y preguntó—. ¿Hay noticias de Malik?

—No, pero al sur no ha ido.

—Y ¿dónde está entonces?

—No lo sé; por el momento le hemos perdido la, pista, pero me conformo con que no haya ido al sur.

—¿Usted y quién más? —preguntó zumbonamente Girland—. Si le han perdido la pista, entonces es seguro que está precisamente aquí —y colgó.

Salió a la terraza, seguido desde el escondite de la montaña por la mirada de Jo-Jo, y bajó la escalera para hablar con el sargento O'Leary. Le advirtió que Malik podía estar preparándose para un ataque y O'Leary dijo que todo estaba bajo control y que los problemas eran cosa de él. Girland le miró pensativamente, reprimió una respuesta sarcástica y, cuando volvía para la villa, vio volver a Ginny y a Diallo.

Ginny llevaba un enorme sombrero para el sol que le ocultaba la cara y el pelo y Jo-Jo, que les observaba por la mira telescópica, se preguntaba si sería Erica Olsen o alguna visita, diciéndose que no debía cometer errores. Le habían dicho que Erica era alta y rubia, y había tiempo de sobra; además, sólo podía disparar un tiro.

Mientras Diallo preparaba un rápido almuerzo, Girland y Ginny subieron a la habitación de Erica.

—Aquí está la enfermera Roche —dijo Girland— que te ha traído algo de ropa. Yo he llamado al hotel y dicen que ellos volverán a llamar.

—Gracias, Mark —Erica se levantó, y la admiración con que la contempló Girland no pasó inadvertida para Ginny, que empezó a deshacer los paquetes que traía consigo.

Una hora después Girland se dirigía a Montecarlo. Tuvo cierta dificultad para estacionar el coche y, caminando con paso vivo por el bulevar des Moulins, entró en el establecimiento de Jacques Yew.

Sentado ante un recargado escritorio, Yew examinaba una pieza de jade que pensaba vender a un turista norteamericano que se hospedaba en el Hotel de París. Era un hombre delgado y menudo, de aspecto afeminado, pelo color arena y rasgos delicados. Durante, un momento observó a Girland mientras éste se acercaba al escritorio y, al reconocerle, se levantó de un salto con el rostro resplandeciente en una auténtica sonrisa de bienvenida.

—¡Querido muchacho! ¡Qué alegría verte de nuevo! —le extendió una mano pequeña y floja—. Siéntate. ¿Qué estás haciendo en este pueblo horripilante?

—Descanso. ¿Y tú cómo andas, Jacques?

Yew hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Así así. El negocio anda mal y eso siempre me deprime. No hay realmente dinero en esta época. ¿Y tú qué tal?

—Muy bien —Girland se detuvo a encender un cigarrillo y después prosiguió—: ¿Puedo hacerte una pregunta sin que a tu vez me hagas otra?

Yew pareció perplejo.

—Qué condición más rara. Sí, claro. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Has oído hablar alguna vez de la perla Uva Negra?

Los ojillos de Yew se abrieron mucho.

—Pues claro. Es de la familia Kung, y en este momento está en Pekín. ¿Qué...?

—Acuérdate, Jacques; preguntas no. Cuéntame algo del asunto.

—Bueno, por supuesto, es absolutamente única. Perteneció a Shi Huang-ti; tal vez sepas que fue quien construyó la Gran Muralla. Se supone que la encontró un pescador en un banco de ostras del Golfo Pérsico, allá por el siglo III antes de Cristo, y no se sabe cómo llegó a manos de la familia Kung. Hacia 1887, el padre del Kung actual, preparó un catálogo ilustrado de sus tesoros y esa fue la primera vez que los comerciantes y coleccionistas supieron que la Uva Negra estaba en la colección de Kung —se puso de pie y fue hacia una biblioteca atestada de libros de arte—. Por algún lado debo de tener un ejemplar del catálogo —buscó un momento y después sacó un pesado volumen encuadernado en pergamino blanco y lo puso sobre el escritorio. Recorrió las páginas y dio la vuelta al libro para que Girland lo viera—. Aquí tienes una fotografía de la perla; es absolutamente única.

Girland examinó la imagen, que mostraba una perla de color negro azabache, del tamaño de una uva negra, apoyada sobre el lomo de un dragón chino tallado en oro.

—No tenía idea que existiera una perla realmente negra —comentó Girland mientras estudiaba la fotografía.

—Hay montones de perlas pretendidamente negras, pero en realidad son grises; esta es la única perla verdaderamente negra. Hay una teoría —tómala por lo que vale — según la cual la ostra fue impregnada por la tinta de un pulpo. No es más que una teoría, pero interesante. El dragón también es una pieza hermosísima. —Yew apartó el libro y se volvió para mirar a Girland—. Debo decirte, muchacho, que tu interés por esa perla despierta mi curiosidad.

—¿Cuánto vale? —preguntó Girland, dejando caer la ceniza en el cenicero de plata que Yew tenía sobre el escritorio.

—¿Cuánto vale? —Yew sonrió pensativamente—. No se le puede poner precio. Si saliera a subasta, los coleccionistas de todo el mundo se pelearían por ella. Dudo

que en la actualidad exista dinero suficiente para comprarla.

—Pero supongamos que Kung quisiera venderla —insistió Girland—. Supongamos que necesita dinero. ¿Por cuánto se vendería?

Yew sacudió la cabeza.

—Yo no intentaría venderla; es una pieza demasiado importante. Es algo de lo que únicamente Christies podría ocuparse para conseguir ofertas.

—Pero imagínate que se tratara de un arreglo bajo cuerda y que Kung no quisiera que su gobierno se enterase de la venta. ¿Sabes de algún coleccionista que la compraría?

Yew miró a Girland con aire pensativo, con los ojos súbitamente ensombrecidos.

—Sí, sé de tres o cuatro coleccionistas, que la comprarían.

—¿A qué precio?

Yew se encogió de hombros.

—No es fácil decirlo. Yo lo intentaría por tres millones de dólares.

Girland inspiró, lenta y profundamente.

—¿Y crees que lo conseguirías?

—Es posible.

—¿Y todo el asunto se arreglaría sin publicidad?

—También es posible.

—Tendría que serlo.

Yew volvió a estudiar a Girland.

—Amigo mío —le dijo— no puedo creer que estés perdiendo el tiempo en semejante charla a menos que sepas más de lo que me dices. ¿Por qué no hablas con franqueza? Soy tu amigo y puedes confiar en mí. ¿Trabajas para Kung? ¿Es que realmente quiere vender la perla?

Girland se puso de pie.

—No apesuremos las cosas, Jacques —interrumpió—. Gracias por la información. Si tuvieras la perla podrías venderla por tres millones de dolores... ¿no es así?

Yew se llevó a la frente un pañuelo de seda.

—Sí.

—Espléndido... hasta pronto —y estrechándole la mano, Girland salió del establecimiento.

Estaba de ánimo meditabundo mientras caminaba de regreso a Eze.

En la destartalada villa de Cagnes, Malik se paseaba de un lado para otro.

—¿Qué le pasa a ese estúpido? —preguntaba con voz ahogada de furia—. ¡Hace tres horas que se fue! ¿Qué está haciendo?

Smernoff suspiró y apartó la vista con esfuerzo de una tostada muchacha en bikini blanco que iba corriendo hacia el mar.

—El tránsito está difícil —dijo— y necesitará una hora para llegar hasta la Corniche y otra para volver, de manera que no se impaciente —señaló con el dedo—. Esa chica... mire qué piernas tan largas. Realmente es muy bonita. Me gustaría.

—¡Cállese! —ladró Malik—. Vaya a buscarle, Boris. Vaya a la Corniche a ver qué es lo que está haciendo.

Smernoff reconoció una nota peligrosa en la voz de Malik; se levantó y fue hacia la puerta.

—Tardaré, pero iré —respondió.

Malik le despidió con un gesto de impaciencia y cuando Smernoff salió, se sentó en la misma silla que el otro había ocupado y miró hacia la playa. La muchacha del bikini blanco caminaba por la arena, balanceando el gorro de baño.

Malik se quedó mirándola.

O'Halloran entró en el despacho de Dorey, llevando una maleta azul y blanca que depositó sobre una silla.

—Es de ella —explicó mientras Dorey hacía a un lado una carpeta y se levantaba—. El hotel la tenía en la oficina de equipajes abandonados. Ella había dicho que después la recogería.

—Creo que usted dijo que eran dos maletas —observó Dorey.

—Eran, pero todavía no he encontrado rastros de la otra. En ésta no hay nada interesante; sólo ropa. Ya la he revisado son cosas buenas y caras, pero nada que nos sirva.

Dorey expresó su desilusión; se encogió de hombros y volvió a sentarse.

—¿Y qué hay de la segunda maleta?

—Puede estar en cualquier parte. Estamos trabajando con Dulay y él está haciendo revisar todos los depósitos y las oficinas de equipajes abandonados. Es una tarea que puede llevar días.

—¿Qué nombre dio en el hotel?

—Naomi Hill, de los Ángeles. No cabe duda de que es la misma mujer; le mostré la foto al personal del hotel y la reconocieron inmediatamente.

—¿Y el pasaporte?

—El recepcionista no lo vio; ella dijo que lo tenía en el equipaje y rellenó, personalmente la tarjeta policial. Estoy investigando el número de pasaporte que dio; seguro que es falso.

—No parece que había perdido la memoria entonces, ¿no? —inquirió pensativamente Dorey—. Más bien parece que iba a alguna parte.

—Me imagino que es cierto que ha perdido realmente la memoria —acotó O'Halloran.

—El doctor Forrester parece estar seguro, pero ella podría estar fingiendo —

Dorey pensó durante un momento—. Hablaré con Girland, Mientras tanto, si le parece que en la maleta no hay nada de valor, sería mejor ponerla en un avión y mandársela.

—No hay nada.

—Bueno, hágalo entonces. —Dorey tomó el teléfono y, diez minutos más tarde, estaba al habla con Girland, informándole de que una de las maletas había sido hallada.

—No hay en ella nada que nos interese —prosiguió Dorey— así que la enviaré al aeropuerto de Niza y usted puede mandar a alguien a buscarla. O'Halloran y yo hemos estado hablando de esta mujer —y le contó a Girland que se había inscrito en el hotel como Naomi Hill, de los Ángeles—. No estamos seguros de si realmente ha perdido la memoria o-si está fingiendo. Quiero que usted le tienda una trampa.

—¿Por ejemplo? —preguntó Girland mientras buscaba un cigarrillo.

—Llámela Naomi, y obsérvela bien; vea qué reacción tiene —dijo Dorey—. ¿Quiere que le mande a alguien para ocuparse del asunto?

—No —respondió Girland, pensando en la Uva Negra— puedo arreglármelas solo. Deme más o menos, una hora y pensaré qué es lo mejor que podemos hacer. Tengo la impresión de que no finge, pero puede que tenga usted razón —y cortó.

Ginny, que había estado escuchando, aseguró:

—No está fingiendo, Mark; de eso estoy segura. Antes tuve un caso de amnesia, y sé que esa expresión vaga y perdida en los ojos no se puede fingir.

Girland le sonrió.

—No creo que esté fingiendo, pero mi jefe nació desconfiado. Voy a hablar con ella. ¿Por qué no te vas a la terraza para mejorar tu precioso bronceado?

Ginny le miró y asintió con la cabeza.

—Muy bien —hizo una pausa y preguntó—: Ella es encantadora, ¿verdad?

Girland cruzó la habitación y la rodeó con los brazos.

—Y tú también, Ginny. Y tienes algo que ella no tiene.

Ginny le acarició la mejilla con un dedo.

—¿Qué es?

—Te lo diré esta noche.

Ella se apartó, mientras Girland la observaba. Se dirigió a los ventanales que daban sobre la terraza y se detuvo a mirarlo.

—Está bien... esta noche me lo dices —aceptó, y salió a la cálida luz del sol.

Jo-Jo tenía mucho calor. Ya se había bebido la mitad de la botella de vino que le había dado Ruby, y ahora le parecía que era un error beber vino, que sólo le hacía sentir más calor; debía haber traído Coca Cola. Se había quitado la sucia chaqueta de algodón y arremangado la camisa, y aunque se refugiaba en la sombra el sudor brillaba en su frente estrecha. Ya llevaba cuatro horas en la montaña y la terraza había

permanecido desierta durante todo el tiempo. Se estiró para coger la mochila, buscando dentro de ella; sacó medio pan francés, lo partió en dos y lo rellenoó de jamón y salchichón de ajo. Mordió un trozo, se enjugó el sudor de la cara y empezó a masticar, sintiendo que el rifle le quemaba sobre las rodillas. De pronto se enderezó, escupió el bocado a medio comer y levantó el arma.

¡Allí estaba, por fin! pensó cuando, allá abajo, una muchacha rubia salió a la terraza. Llevaba un breve bañador, blanco y, sentándose en una de las tumbonas, empezó a darse bronceador en los brazos.

Jo-Jo, con la boca seca y el cuerpo' tenso, levantó el rifle y observó a la muchacha a través de la mira telescópica. Le habían dicho que la mujer era rubia y sabía que la enfermera era trigueña, de modo que esa debía ser Erica Olsen. Sus labios se apartaron descubriendo los dientes descoloridos, mientras contenía el aliento al centrar la cruz de la mira sobre la frente de la muchacha, que se había quedado quieta y miraba hacia el jardín; inmóvil. Jo-Jo se dio cuenta de que le ofrecía un blanco perfecto y muy suavemente, conteniendo siempre el aliento, apretó el gatillo.

Si Willy Jackson no hubiera sido campeón de pesos semipesados, la vida se le habría hecho imposible ante las pullas y tomaduras de pelo de sus compañeros. Pero como podía ganarle a cualquiera de su batallón y estaba además de ánimo sombrío y agresivo, nadie intentó gastarle bromas por la forma en que había dejado que los comunistas se fueran con la muchacha sueca.

Jackson había recuperado el conocimiento en el bosque, con la mandíbula magullada e hinchada. Recibió una amonestación y fue destacado como centinela en la villa de Dorey, mientras la magulladura de la cara se le iba poniendo de color amarillo verdoso.

El sargento O'Leary le envió a la Corniche a relevar a Fairfax. El cambio de guardia se hizo a las 13 y Jackson, con su perro policía, se estaba tomando en serio sus obligaciones.

Su jefe le había puesto una mala nota en la hoja de servicios y Jackson estaba muy dolido. Decidió hacer frente a cualquiera que actuara de manera sospechosa en ese camino abrasado por el sol, y ni siquiera se sentó en el jeep. Tampoco dejó que el perro durmiera; Jackson ardía de furia y estaba dispuesto a que nada se le escapara.

Poco después de las 13,30, cuando una continua corriente de tránsito pasaba junto a él, Jackson vio a un joven *beatnik* que llevaba un estuche de violín y que marchaba por la estrecha cuneta que bordeaba el bajo muro de la ladera.

Pocos momentos antes había habido una brecha en el tránsito y Jackson había visto claramente la larga franja de la Corniche que debía vigilar. No se veía ningún peatón y de pronto ese joven *beatnik* se había materializado de la nada.

Jackson no vaciló más que un momento y después gritó:

—¡Eh, usted! ¡Un momento!

Jo-Jo se acobardó, pero siguió andando, dominando el impulso de correr, y miró con el aire más casual que pudo el paisaje distante, como si no hubiera oído el grito de Jackson.

—¡Eh!

Jo-Jo siguió andando.

Jackson hizo chasquear los dedos, dirigiéndose al perro, y le señaló. El perro salió del jeep como un destello negro, pasó velozmente por delante de un coche casi detenido, se adelantó a Jo-Jo y se plantó frente a él. Jo-Jo se detuvo bruscamente. Había algo implacable en la forma en que el perro le miraba y, por primera vez en su breve vida criminal, Jo-Jo supo lo que era el miedo.

Con su rifle automático en guardia, Jackson atravesó el camino y se acercó a Jo-Jo, mirándolo con ojos fríamente sospechosos.

—¿No me ha oído cuando le he dicho que se detenga? —preguntó en su penoso

francés.

—¿Y por qué voy a obedecer órdenes de un yanqui? —replicó Jo-Jo> humedeciéndose los labios resecos.

—¿Qué lleva ahí? —indagó Jackson, señalando con su rifle el estuche de violín.

—Un violín, ¿y a usted que le importa? Oiga, yanqui, no sé qué se piensa. Soy ciudadano francés. Llévase el perro y lárguese.

—¿De dónde viene?

—¿Qué le importa?

—Viene de la montaña ¿no? :

—¿Y qué iba a estar haciendo en la montaña? —dijo despectivamente Jo-Jo—. Si no quiere meterse en líos, será mejor que me deje en paz. Soy ciudadano francés y...

—Ya le he oído la primera vez. ¡Abra ese estuche!

De no haber sido por el perro, Jo-Jo habría sacado su cuchillo, para apuñalar a ese estúpido y le habría dejado echo una criba. Pero con el perro era imposible; Jo-Jo realmente le tenía miedo.

—No me hable de esa manera, yanqui —le dijo— y apártese de mi camino.

Jackson vaciló; se daba cuenta de que no tenía derecho a interferir a un ciudadano francés, pero esa rata sucia y de aspecto perverso había venido de la montaña; de eso estaba seguro y no iba a dejarle ir.

—Oiga, muchacho, ¿por qué no se porta con juicio? Si no tiene nada que esconder, abra el estuche y asunto terminado. No es más que eso.

—No abro nada para un maldito yanqui —gruñó: Jo-Jo.

En ese momento, entre los coches que se arrastraban apareció un agente de la policía de carretera francesa, immaculado, con su casco blanco, su uniforme azul y sus resplandecientes botas hasta la rodilla.

Jackson le hizo Una seña.

Ahora aterrorizado, Jo-Jo dejó caer el estuche de violín y aferró el rifle automático de Jackson. Dos cosas le pasaron al mismo tiempo: el puño izquierdo de Jackson se estrelló contra su mandíbula y el perro se abalanzó a sujetarle la muñeca derecha.

Girland llamó a la puerta de Erica, y ella le dijo que entrara. Girland abrió la puerta y se detuvo.

Erica estaba vestida. Se había puesto una túnica sin mangas, verde y negra, y estaba de pie, admirándose frente a un espejo de cuerpo entero. Se volvió y le sonrió.

—¿Y bien?

Girland adoraba a las mujeres hermosas y durante un momento se sintió tan lleno de admiración, que se limitó a mirarla sin decir nada. Luego entró en la habitación, cerró la puerta y se acercó a ella.

—Estás hermosísima. Ese vestido... te queda maravillosamente.

Ella volvió a mirarse en el espejo.

—Creo que sí —fue hacia él y le apoyó sus largos dedos en el brazo—. ¿Mark, no puedo salir a tomar el sol? Me sentiría mucho mejor si pudiera.

—Todavía no. Ten paciencia, por favor. Ven y siéntate, que quiero hablarte.

Erica se sentó de espaldas a la ventana, cruzando sus largas y bien torneadas piernas, y le miró con aire interrogativo.

—¿Sí, Mark?

—Quiero ayudar a tu memoria —le dijo Girland, y acercó su silla a la de ella—. ¿Te dice algo el nombre de Naomi Hill?

Ella frunció el ceño, pensó y sacudió la cabeza.

—No... ¿es que debería decirme algo?

La expresión desesperada de sus ojos azules le dio a Girland la seguridad de que no fingía.

—No importa. Lo único que parece recordar es esa uva negra.

Los ojos de Erica se iluminaron.

—Sí, me vuelve siempre a la cabeza. Pero no es una uva, Mark; creo que es una perla.

—Es cierto —dijo Girland—. Es una perla y está engastada en el lomo de un dragón chino.

Erica lo miró fijamente y luego asintió con la cabeza.

—Sí... ahora me acuerdo. ¿Qué sabes tú de eso?

—Un poquito. ¿La tienes tú, Erica?

—¿Tendría que tenerla?

—Creo que sí; trata de recordar. Pertenecía a Feng Hoh Kung.

En la expresión de Erica se traslucía la lucha que se libraba en su mente, hasta que por fin levantó ambas manos.

—No puedo; es como tratar de abrir una puerta que no se abre. Hay una perla negra. Eso lo sé. Kung... ¿vive en Pekín? —Sí.

—Déjame pensar un momento —se levantó y fue lentamente hacia la ventana abierta. Girland la observaba y la vio mirar hacia la terraza. La vio ponerse rígida, inclinarse hacia adelante con una mirada fija y luego llevarse las manos a la cara, con un penetrante chillido que le puso los nervios de punta.

Erica giró en redondo, con una mirada de terror.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Te ha pasado algo!

En dos pasos, Girland llegó a la ventana y miró hacia abajo, a la terraza, donde Ginny estaba tendida en la tumbona. Sintió que el corazón le estallaba en el pecho.

Ginny estaba en una extraña postura. Desde donde se encontraba, Girland podía ver un agujero rojo en el centro de su frente. De allí manaba un hilo de sangre que

descendía junto a la nariz, seguía por los labios entreabiertos y goteaba sobre el bañador blanco.

Cuando Girland se volvió para echar a correr hacia la puerta, Erica emitió un suspiro bajo y profundo y cayó desmayada a sus pies.

Al oír sonar el timbre, Malik agarró el receptor del teléfono. Ya hacía tres horas que estaba sentado en el cuartucho caliente y sofocante de la villa, y estaba congestionado de furia.

—Boris —dijo la voz de Smernoff—, han pasado muchas cosas. La mujer está muerta y la policía nos busca. No haga nada hasta que yo vuelva —y cortó.

Malik volvió a colgar lentamente el receptor, conteniendo su furia en un esfuerzo que hizo que asomaran gruesas venas en la frente. Encendió otro cigarrillo y siguió esperando.

Media hora después entraba Smernoff.

—¿Y bien?

—Había una senda detrás de la villa —explicó Smernoff— y Petrovka la encontró, pero cayó en una emboscada y lo mataron. La policía ha atrapado a Jo-Jo Chandy... el agente de Yet-Sen. Le han encontrado un rifle calibre 22; había matado a la mujer con un tiro de larga distancia.

—¿Está seguro de que era la mujer? —inquirió Malik, mirando furiosamente a Smernoff.

—No había más que una mujer rubia en la villa; la enfermera es morena. Esa rubia estaba en la terraza y Chandy la abatió como a un pato. Dorey viene hacia aquí en avión...

Malik se quedó mirándose las manos, con el rostro inexpresivo.

—Es nuestro primer fracaso, Boris —comentó—. Podría traernos problemas.

—Siempre hay una primera vez —dijo filosóficamente Smernoff, satisfecho de que la responsabilidad fuera de Malik. A él no podían echarle la culpa dé nada—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Tengo que estar absolutamente seguro de que esa mujer está muerta —dijo Malik—. Haga que uno de sus hombres vaya a hablar con los periodistas.

—Ya me he ocupado de eso. En cualquier momento llamará.

La llamada se produjo cinco minutos después. Smernoff escuchó, gruñó y luego dijo:

—Puede volver a París —y colgó. Se volvió hacia Malik e informó—. No hay la menor duda; el periodista de *Nice Matin* ha visto el cuerpo, y la mujer muerta es Erica Olsen.

Malik se encogió de hombros.

—Entonces nos vamos ahora mismo —atravesó la habitación y, levantando el

receptor del teléfono, llamó a Kovski a la embajada rusa.

Mientras Malik transmitía las noticias a Kovski, Dorey llegaba a su villa. Había venido a Niza en un avión militar y desde allí en coche, en el que quizá fuera el viaje más rápido que había hecho en su vida.

Girland, con el rostro pálido y los ojos ausentes, le explicó lo que había pasado.

—Los hombres de O'Halloran no se han tomado el trabajo en serio —concluyó amargamente—. Chandy y el hombre de Malik han eludido a los centinelas de la Corniche, y de eso se ocupará usted, pero quiero que tenga presente que ese centinela es responsable de la muerte de Ginny Roche.

—Está bien... está bien —dijo Dorey, con impaciencia; Ginny Roche no le interesaba—. ¿Y qué hay de Erica Olsen?

Girland ignoró la pregunta.

—Por lo menos, la policía francesa es eficaz. Ya han hecho hablar a Chandy y están buscando a sus dos compinches. Todos trabajan para Yet-Sen.

—Eso no importa; es asunto policial. ¿Ha seguido hablando la mujer?

Girland le miró con repugnancia.

—Usted no piensa más que en una sola cosa ¿no? Para usted no significa nada la muerte de esa criatura. Bueno, pues no ha seguido hablando, está conmocionada. Ha visto a la enfermera asesinada.

Dorey paseaba impaciente por la habitación, Girland le miró y después le dijo:

—A los periodistas les he dicho que la mujer asesinada es Erica Olsen.

Dorey se detuvo y le miró por encima de las gafas.

—¿Y se lo creerán?

—Se lo han creído. El hombre de *Nice Matin* es amigo mío y le dejé ver el cuerpo. Le dije que era la mujer misteriosa que había perdido la memoria y no dudó. Cuando los rusos y los chinos sepan que Erica Olsen está muerta, levantarán la presión y podremos seguir en el camino que emprendimos. Me llevaré a Erica de aquí, haciéndola pasar por la enfermera Roche. Le compraré una peluca oscura y se pondrá el uniforme de Ginny. Una vez que la lleve lejos de aquí y de los guardias, estoy seguro de que podré hacerla hablar.

Dorey le estudió con aire sospechoso.

—¿Y adónde se la lleva?

—A un apartamento de Montecarlo. Ya he dispuesto todo lo necesario. Durante una semana más o menos estará segura. Veá, Dorey, usted tuvo la brillante idea que yo pasara por el marido, y ahora ella lo da por cierto, de manera que hay que seguir con la idea. Usted ocúpese del funeral, dele toda la publicidad posible y yo me ocuparé de Erica. Lo único que necesito es dinero; dame cien mil francos, porque ella cree que soy un hombre de negocios nadando en la abundancia y tengo que estar en el papel.

—¿Dónde está el apartamento?

Girland garabateó la dirección en un cuaderno de notas, arrancó la hoja y se la entregó a Dorey.

—No me llame a menos que sea urgente; cuando ella hable, yo le llamaré.

Dorey vaciló, pero le parecía que la idea podía ser buena, y no se le ocurrían otras alternativas. Estaría muy intranquilo si hubiera oído la conversación telefónica que Girland y Jacques Yew habían mantenido media hora antes de que él llegara a la villa. Girland le había preguntado a Yew si podía darle alojamiento a él y a una muchacha en su apartamento que daba sobre el hotel de la playa. También le había pedido que le comprara una peluca color castaño para mujer y que se la trajera a las 17,30 a la villa de Dorey.

Al terminar la conversación, Girland había dicho:

—¿Recuerdas lo que te dije de una uva, Jacques? Eso tiene que ver con ese asunto; tu cooperación podría, significar un buen negocio para ti.

—Descuida, muchacho —fue la respuesta—. Claro que puedes usar mi apartamento y puedes tener cualquier otra cosa que necesites.

Aunque Dorey nada sabía de la conversación, no obstante, dudaba un poco del plan de Girland.

—Es posible que la enfermera Roche tuviera parientes —objetó—. No podemos enterrarla como Erica Olsen.

—No necesito más que una semana. Habrá una investigación judicial: demórela todo lo que pueda —dijo Girland con impaciencia—. Si en una semana no puedo conseguir que Erica hable, nunca lo conseguiré.

—¿Pero no recuerda algo?

—Recordó que había estado alojada en el hotel Aslog. Usted tiene la maleta.

—Había dos maletas y no encontramos más que una. Girland miró atentamente a Dorey.

—¿Dos maletas?

Salió de Pekín con dos, y las tenía consigo en Hong Kong.

O'Halloran está tratando de encontrar la pista de la segunda, pero hasta ahora sin resultado.

Girland se encogió de hombros.

—Necesito dinero. Me hará falla lo menos cien mil francos.

—Le daré veinte mil y tendrá que responder franco por franco —dijo firmemente Dorey. Sé sentó y extrajo el talonario de cheques.

—El Dorey de siempre —comento disgustado Girland—. Mezquino hasta en una emergencia.

—Mezquino no... cuidadoso —respondió Dorey, estampando su firma en el cheque.

Sadu Mitchell estaba en el jardincito de Ruby, mirando continuamente su reloj. Ya habían transcurrido siete horas desde que dejara a Jo-Jo en el sendero de la montaña y estaba preocupado e intranquilo. Pearl, impávida, esperaba con su calma oriental, que tanto irritaba a Sadu.

De pronto, ambos oyeron la chillona voz de Ruby, que gritaba alarmada, y se miraron. Sadu se levantó oprimiendo la culata de la pistola de Jo-Jo.

—¿Qué pasa? —preguntó Pearl, sin moverse.

El grito sobresaltado de Ruby cesó bruscamente y sobrevino un momento de silencio, más siniestro aún que el grito. Con una maldición, Sadu apartó la silla de un puntapié y sacó la pistola.

—¡Suéltela! —restalló una voz masculina desde el ventanal abierto.

Presa de pánico, Sadu disparó ciegamente en la dirección de la voz. Luego oyó el estampido de otro disparo y sintió un violento golpe en el pecho. Se encontró tendido en el césped áspero y cálido e intentó levantar la pistola, pero ya no le quedaban fuerzas y el arma se le escapó de la mano. Desesperadamente, miró a Pearl, que permanecía inmóvil, con su hermoso rostro inexpresivo, después advirtió que en su enturbiado campo visual había aparecido un negro par de botas altas, brillantemente pulidas.

A las cinco de la tarde, la actividad de la villa se había extinguido. Dorey se había ido con el inspector Dulay al destacamento policial de Niza; el cuerpo de Ginny había sido retirado en una ambulancia, ya no quedaban periodistas, y el sargento O'Leary y sus hombres se dirigían en tres jeeps hacia el aeropuerto.

Diallo, asombrado y nervioso, Erica Olsen y Girland se habían quedado solos.

De vez en cuando, Girland iba a la habitación donde Erica permanecía tendida boca abajo sobre la cama, ocultando el rostro, pero no le hablaba. Sentía que era mejor esperar a que ella se recuperara sola. A las 17,30 vio venir por el camino el Cadillac negro de Jacques Yew y se asomó a la terraza para saludarle.

Yew subió los escalones llevando en la mano una bolsa de papel y ambos se dirigieron a las tumbonas, protegidas por una sombrilla, y se sentaron.

—No sé qué significa todo este asunto, viejo —dijo Yew, dejando la bolsa sobre la mesa—, pero aquí está la peluca que me pediste. Estás muy misterioso.

—Es un asunto misterioso —convino Girland, y le contó la historia de Erica Olsen.

—Hay una posibilidad de que tenga ella la perla —concluyó—, y si la tiene, espero poder convencerla de que nos deje entrar en el asunto. Tú te ocuparías del negocio y yo sacaría una tajada por ponerla en contacto contigo.

Yew se echó hacia atrás; entre los pesados párpados, los ojos le brillaban.

—¿Y qué te hace pensar que tiene la perla? —preguntó.

—Una corazonada. Lo único que la anima es la perla, y una perla es fácil de esconder. Si yo fuera la amante de un chivo viejo como Kung y viera que el asunto no anda, buscaría algo que valiera la pena llevarme antes de irme. Ya razonaría así y doy por sentado de que ella razonó de la misma manera.

—¡Pero, viejo! ¡Eso es muy deshonesto! —protestó Yew, por un momento auténticamente escandalizado.

—Sí —concedió Girland—. Pero si estoy en lo cierto y ella tiene la perla ¿la venderás?

—Claro que sí —respondió Yew sin vacilar.

—Espléndido. Dentro de una hora o menos la llevaré a tu apartamento. Tengo el coche, así que no hace falta que me esperes. ¿Has visto algún periodista cuando venías?

—Ninguno.

—Muy bien, vete entonces, y dentro de una hora estaremos contigo.

—¿De veras piensas que tiene la perla? Parece increíble.

—Me lanzo en pos de esa corazonada, pero de todos modos ¿qué podemos perder?

Yew pareció dudar.

—Sí, en realidad, tienes razón —le entregó a Girland la llave del apartamento. Estaréis solos, porque yo me quedaré con mi hermano. Hay una mujer que va todos los días y puedes pedir que te manden las comidas. ¿Algo más?

—Nada más, Jacques y gracias. Si tenemos suerte, podremos sacar algún dinero —Girland pensó durante un momento y repitió—: si tenemos suerte.

Una vez que Yew se fue, Girland subió al cuarto de Erica, llevando consigo la bolsa de papel. Llamó a la puerta y entró. Erica estaba sentada en una tumbona, con el rostro pálido y tenso, y le miró con desconcertante fijeza.

—Bueno, querida —dijo Girland mientras cerraba la puerta— ¿cómo te sientes?

—Ya puedes terminar con eso de querida —respondió ella con voz dura y sin inflexión—. No sé quién eres, pero sé que no eres mi marido.

Girland sonrió.

—Qué alivio —dijo, y se sentó frente a ella—. ¿De manera que te está volviendo la memoria?

—Me está volviendo. Y a ella ¿qué le ha pasado?

—Creyó que rubia sería más atractiva —respondió en tono serio Girland—, la confundieron contigo y la mataron.

Erica se estremeció.

—¿Y tú quién eres?

—Me parece que será mejor que te informe —dijo Girland. Hizo una pausa para encender un cigarrillo y prosiguió—: Te encontraron inconsciente en París y te

llevaron al hospital norteamericano. Allí descubrieron que tenías tres signos tatuados en el cuerpo... iniciales chinas, y algún muchacho despierto le pasó el dato a la CIA, de modo que ataron cabos y supusieron que debías de ser Erica Olsen, la amante de Feng Hoh Kung... el principal experto en cohetes de Pekín. Los de la CIA quieren tener toda la información posible sobre Kung, y se les ocurrió una idea: si yo era tu marido, terminarías por darme información sobre Kung. Pero los rusos y los chinos también se enteraron de los signos tatuados y llegaron a la conclusión de que eres Erica Olsen. Los chinos decidieron que había que liquidarte, y los rusos que querían saber qué era lo que tú sabías de Kung. En la mezcolanza general, mataron a la enfermera Roche en vez de matarte a ti, pero por ahora, hemos dado la noticia de que la muerta eres tú. Tendremos unos días de tranquilidad antes de que los chinos y los rusos se den cuenta de que sigues viva, porque entonces volverán a perseguirte.

Con rostro inexpresivo, Erica se miró las manos largas y bien formadas, y después comentó:

—Conque así está la cosa. Bueno, pues yo no sé nada de Kung. Absolutamente nada.

—¿Por qué le dejaste?

—Me aburría.

—¿Y entonces por qué quieren matarte?

Erica vaciló y, todavía sin mirarle, respondió:

—Kung es posesivo, y para él yo era un juguete. Y si no le dan placer, destruye los juguetes.

—Una chiquilla ha muerto por causa tuya —dijo Girland en voz baja—. Podrías haber muerto tú, pero la mala suerte le ha tocado a ella. Tus posibilidades de sobrevivir siguen siendo muy escasas. Quizá te imagines que puedes salir adelante sola, pero te aseguro que rio; no tengo más que dejarte para que te veas en un verdadero problema. No tienes dinero ni pasaporte y, a menos que cooperes, te verás metida en un lío infernal.

Erica le miró de frente:

—¿Y eso que significa?

—Algo debes de saber sobre Kung. La más mínima información que podamos obtener sobre él puede ser útil.

—Puedo hablarles de su vida sexual si es eso lo que les interesa —Erica se encogió de hombros—. Es todo lo que sé de él. Yo tenía una casa donde él me visitaba dos veces por semana. Nunca hablaba de su trabajo; era generoso, un poco chiflado y muy desabrido.

—¿Chiflado?

—Tenía esa manía de los tatuajes —se reclinó en la silla, mirando por la ventana abierta—. Yo no tenía mucho dinero; era secretaria de un comerciante sueco que

quería venderles madera a los chinos y que me pagaba mal. Cuando conocí a Kung, me ofreció trescientos dólares semanales por ser su amante... y la oferta incluía casa con sirvientes y coche. Acepté. Y como quería ponerme su sello encima... le dejé.

—¿Fuiste alguna vez a su casa?

—Una vez. Pero eso no era un hogar, sino un museo.

—Así que te aburríó y le dejaste —comentó Girland—. Pues debe de haberte aburrido mucho para que renunciaras a trescientos dólares por semana.

—Eso es.

—¿Y se enojó tanto que les dijo a sus agentes que le mataran?

—Sí.

—Y ¿cómo pensabas vivir, acostumbrada al lujo, a tener casa sirvientes y coche, más trescientos dólares semanales?

Erica se encogió de hombros.

—Siempre he podido conseguir trabajo.

—No parece muy convincente —la voz de Girland se endureció—. Kung es dueño de una de las más hermosas colecciones de joyas y jade en todo el mundo. ¿No te llevaste alguna bagatela antes de irte, con la idea de venderla y retirarte a vivir tranquila el resto de tu vida?

Durante un momento, Erica se puso en guardia; después se relajó y le sonrió burlonamente.

—¿Quieres decir que soy ladrona?

—Oh, no. Oportunista, quizá —Girland la miró—. Como yo.

—Me estás empezando a interesar —concedió Erica—. Conque eres un oportunista —le examinó y movió apreciativamente la cabeza—. Pues de veras lo pareces. En fin, ¿quién eres?

—No te voy a aburrir contándote mi vida. Soy un oportunista. En cualquier cielo busco un arco iris, aunque debo admitir que hasta ahora, eso no me ha llevado a ninguna parte —Girland hizo una mueca de pena—. Trabajo para la CIA porque el trabajo allí significa emoción, interés y dinero. Cuando ellos no tienen nada para mí, procuro ganarme la vida como fotógrafo callejero, pero estoy tan aburrido como tú de mi manera de vivir. Voy a la caza de algo grande.

—Dame un cigarrillo —pidió Erica.

Cuando él se lo dio y se lo encendió, Erica se quedó mirando por la ventana y Girland advirtió que estaba pensando. Como durante un par de minutos no dijo nada, él anunció:

—Nos vamos. Nos quedaremos en un apartamento; es de un negociante en piedras preciosas, que también es un oportunista. Tiene conocidos ricos, resuelve los problemas sin hacer preguntas y paga en efectivo.

Erica volvió lentamente la cabeza y le miró con aire pensativo.

—¿De veras?

Girland sonrió.

—Piénsalo. Si mi jefe se convence de que no sabes nada de Kung, salvo cómo se porta en la cama, te soltará como un hierro al rojo, y entonces estarás lista. Tus amiguitos de la embajada china te buscarán y terminarás como la pobrecita Ginny, con un agujero en la cabeza.

—¿Te parece? —muy tranquilamente, Erica le miró con ojos burlones.

—No hablemos más de eso por ahora; tienes unos días para pensarlo. Aquí tienes una preciosa peluca, te traeré el uniforme de Ginny. Dentro de media hora nos vamos.

El apartamento era amplio y estaba lujosamente amueblado, y tenía una magnífica vista al puerto con el yate de Onassis, el palacio y el casino. Daba a una gran terraza con sombrillas, muebles, tiestos atestados de begonias y geranios y un naranjo cargado de fruta.

Erica estaba en la terraza, con las manos apoyadas en la barandilla del balcón mirando el paisaje.

—Instálate —le dijo Girland—, que yo voy a organizar la comida. No me parece prudente que salgas por ahora.

Ella no respondió y siguió mirando el paisaje, pensativa. Girland tenía la impresión de que se enfrentaba con algún problema. Salió del apartamento y en un establecimiento próximo encargó que les enviaran salmón ahumado, *coq au vin*, frutas silvestres y helado de crema dentro de un par de horas. Le resultó grato pagar la comida con el dinero, de Dorey, y aunque pensó nostálgicamente que echaría de menos esta vida cuando tuviera que volver a París, se levantó con ánimo recordando que, si tenía suerte, era posible que al volver fuera rico. Para darle a Erica tiempo de pensar, se dirigió al casino, donde pasó una hora y perdió treinta francos. Después regresó, cogió el ascensor hasta el piso más alto del edificio y entró en el apartamento de Yew.

Erica estaba sentada al sol y un cigarrillo humeaba entre sus dedos. Se había quitado el uniforme de enfermera y llevaba ún vestido azul y blanco que se adaptaba a las curvas llenas y sensuales de su cuerpo. No le miró, y como Girland advirtió que todavía estaba preocupada con sus pensamientos, se fue a su cuarto, se desvistió y se dio una ducha fría. Cuando ya se había afeitado y vestido, la oyó moverse en su dormitorio, opuesto al de él.

—Dentro de diez minutos estará lista la comida —le anunció, y empezó a poner la mesa en la terraza.

Poco después de las 20,30 un muchacho llegó con la comida y Girland, tarareando por lo bajo, la dispuso en las hermosas, fuentes chinas de Yew.

Estaba descorchando una botella de Margaux del 45 cuando Erica volvió a la terraza, evidentemente mucho más tranquila.

—Tiene buen aspecto —comentó, mientras Girland le retiraba la silla, y le sonrió—. Eres muy organizado.

—Cuando gasto dinero de otros —explicó Girland, sentándose frente a ella— estoy a mis anchas. —Sirvió un poco de vodka en dos vasos de cristal para acompañar el salmón ahumado—. Pero no es lo mismo cuando se trata de cuidar mi propio dinero. Me las arreglo mejor con los dolores de cabeza de los demás que con los míos.

—Yo tampoco sirvo para arreglar mis asuntos —Erica probó el salmón—. Está delicioso.

—Por eso pensé que tú y yo podíamos andar bien juntos —Girland le alcanzó un plato con pan integral y mantequilla—. Cuéntame cómo te las arreglaste para apoderarte de la perla negra de Kung.

Erica cortó un trozo de salmón, lo miró y se lo puso en la boca. Al observarla, Girland vio la falta de expresión de su rostro.

—¿Es salmón escocés o noruego? —preguntó ella.

Girland se rió.

—Escocés.

—Es el mejor —Erica bebió un poco de vodka y después le miró directamente en los ojos—. Ese amigo tuyo que tiene conocidos ricos... si tuviera la perla ¿podría venderla?

—Sí. La venta se arreglaría con mucha discreción. Todavía hay una cantidad de coleccionistas con muchísimo dinero, que no se pueden resistir a comprar si algo es verdaderamente único y que están dispuestos a hacerlo sin formular preguntas.

—¿De veras? —Erica siguió comiendo en silencio y Girland paladeó con deleite el salmón mientras esperaba pacientemente la siguiente jugada de ella. Cuando terminaron, él quitó los platos y sirvió el *coq au vin*, que había conservado sobre el hornillo eléctrico.

—Estoy seguro de que a mi amigo no le importará que nos bebamos su mejor vino en esta ocasión —dijo mientras servía el Margaux—. Esto es una belleza.

—¿No ha hablado de precio tu amigo? —preguntó Erica, después de probar y elogiar el *coq au vin*.

—Lo intentaría por tres millones, de dólares. Claro que eso sería precio bruto, porque él tendría que recibir una parte —Girland le sonrió con su sonrisa más encantadora—, y yo también.

—¿Y entonces cuál sería el precio neto?

—Dos millones, lo que por cierto es una bonita suma, muy útil.

Ella lo consideró con aire pensativo y asintió con la cabeza.

—Sí, creo que sí.

—¿Pero tú esperabas más?

—Uno siempre espera más —Erica dejó los cubiertos—. Estaba realmente magnífico. El vino es una maravilla.

—Siempre hay que comer bien cuando se habla de negocios.

—¿Y es eso lo que hacemos?

—Tenía esa impresión.

Como Erica no respondió, Girland retiró los platos, llevó las frutas a la mesa y sirvió el helado en uno de los preciosos tazones de finísima porcelana china de Yew.

De pronto, ella dijo:

—Siempre existe la posibilidad de que no consiga tres millones de dólares.

—Parece muy seguro de conseguirlos.

—¿La operación se haría en efectivo?

—Una buena parte sería en efectivo. El podría pagar en bonos suizos al portador; son lo mismo que efectivo, y mucho más fáciles de manejar. Yo aceptaría mi parte en esa forma.

—Pareces muy seguro de que vas a recibir una parte —comentó Erica, sirviéndose helado de crema.

—No soy sólo oportunista —explicó Girland—, sino optimista.

—¿Y cómo se arreglaría el negocio?

—Yew tendría que ver la perla de Kung y no una falsificación. Entonces se pondría en contacto con el comprador. Habría una pequeña demora, después la entrega de los bonos y asunto arreglado.

—Parece muy sencillo, ¿no?

—¿Dónde está la perla, Erica?

—Ya me extrañaba que no preguntaras eso. Está en lugar seguro —se reclinó en la silla, y le miró con una sonrisa divertida—. De manera que ya ves... admito que tengo la perla.

Girland respiró profundamente, aliviado. Su corazonada se había cumplido, pensó, y ahora había que cerrar el trato. El y Yew se repartirían el millón de dólares y por fin podría nadar en la abundancia.

—Tenía idea de que la tenías. ¿Cuándo se la puedo mostrar a Yew?

—La oferta es absurda —dijo tranquilamente Erica—. La perla es absolutamente única y no hay otra igual en el mundo. Ya me han ofrecido cuatro millones y yo quiero seis.

Girland se la quedó mirando.

—Pero ningún coleccionista tiene esa cantidad de dinero —dijo—. Ahora fíjate, Erica...

—Tengo un conocido que dice que es posible. Hay cierto magnate del petróleo cuya fortuna se cree que anda por los doscientos millones de dólares y es coleccionista. El podría permitirse pagar seis millones.

—¿Entonces por qué no se la vendes? —inquirió Girland, seguro de que Erica mentía.

—Hay complicaciones.

—¿Qué complicaciones?

—No es cosa tuya.

Girland terminó las frutas y se levantó a servir café.

—Sentémonos cómodamente a disfrutar del paisaje —sugirió Girland y, llevando las tazas de café a una mesita, se dejó, caer en una de las tumbonas.

Erica, se reunió con él y ambos miraron las brillantes luces del puerto y del palacio.

—Dime cuáles son las complicaciones.

—No es cosa tuya —insistió Erica, encendiendo un cigarrillo—. ¿Tu amigo Yew llegaría a seis millones?

—No creo —Girland sorbió su café y continuó—: Te has metido en una situación difícil, nena. Ahora no puedes arreglarte sin mí; dos cabezas son mejor que una. Yo soy bueno para complicaciones; cuéntamelas.

—Estás equivocado —dijo ella en voz baja—. Me puedo arreglar sin ti, no entiendo a qué te refieres cuando dices que estoy en una situación difícil, y por favor, no me llames nena. No me gusta.

—Disculpa, no volveré a hacerlo —dijo Girland con una sonrisa—. Perdóname. Y deja que te explique por qué no te las puedes arreglar sin mí. Has admitido que tienes la perla; hablando claro, que la has robado. Ahora bien, si tú y yo no vamos a cooperar, yo no tengo por qué dejar de darle esa información a la prensa. Erica Olsen, la amante de Feng Hoh Kung, robó la famosa Uva Negra, y está oculta. ¡Qué historia! Después llamo por teléfono a Dorey y le digo que la única información que tienes sobre Kung es lo que sabe hacer en la cama; en seguida te retirará el apoyo y protección. Dorey es un tipo mezquino y le enferma gastar un dólar si no le da dividendos. Mientras tanto cualquier coleccionista, por más deseos que venga de conseguir la perla, se aguantará, porque para entonces quemará más que un hierro al rojo. La única esperanza que tienes de venderla es que no haya publicidad y que el negocio sea secreto. Después, la policía francesa te arrestaría y probablemente te pudrirías en la cárcel durante unos seis meses o más hasta que se hicieran a la idea de que no puedes o no quieres decirles dónde escondiste la perla. Tampoco debes pasar por alto de que el gobierno francés quiere estar en buenos términos con los chinos. Tal vez la policía te convenza de que hables, pero si no lo consiguen terminarán por aburrirse de ti y te soltarán. Cuando salgas de la prisión caerás en brazos de los asesinos a sueldo de Kung: o te cortarán tu lindo pescuezo o te convencerán de que hables. Y no te quepa duda de que un chino fanático puede hacer hablar a cualquiera. De modo que, como eres inteligente, ya te habrás dado cuenta de que no puedes

arreglártelas sin mí. Creo que tres millones de dólares contra nada no es mala cosecha. Si tus complicaciones son realmente tan complicadas, yo te aconsejaría que aceptes los tres millones. Y podría agregar que no creo que nadie pague seis millones por la perla y que estás fanfarroneando. ¿Comprendes cómo es la cosa?

Si Girland había esperado desconcertarla, se equivocó. Ella recostó la cabeza en el almohadón de la tumbona y se echó a reír.

—Estoy empezando a creer que eres el hombre que ando buscando —le dijo—. Parece que eres tan escrupuloso como yo. Podríamos cerrar trato.

—¿Dónde está la perla, Erica?

—Ojalá pudiera confiar en ti —Erica le miró gravemente—, pero hay demasiado en juego. No puedo decidirme.

Girland se puso de pie.

—Vamos a conocernos mejor —sugirió—. No hay mejor lugar que la cama para que un hombre y una mujer se conozcan.

Erica abrió los ojos sorprendida.

—¿Te parece que acostarme contigo resolvería el problema?

Girland se inclinó, le tomó una mano y la hizo levantar.

—No sé, y francamente, no me importa mucho. Sé que eres hermosa y que te deseo y me parece que ya hemos hablado bastante por esta noche. Creo que ahora deberíamos hacer el amor y no pensar en negocios. Mañana, cuando nos conozcamos mejor, podemos volver a hablar. ¿Qué te parece?

Erica le apoyó las manos en los hombros y le miró de frente.

—Eres un tipo extraordinario.

—Creo que sí —Girland la rodeó con los brazos y la acercó. Erica se abandonó y las manos de él descendieron por su espalda acariciándole las nalgas. Finalmente, la estrechó con fuerza buscándole la boca.

Erica sacudió la cabeza.

—No, espera. Vamos a mi cuarto —se apartó con una sonrisa—. No hago lo mismo con todos los hombres que encuentro, pero ahora quiero conocerte mejor.

—Es la forma más segura —dijo Girland y la acompañó a través del gran salón y del pasillo, hasta la puerta del dormitorio de ella. Abrió la puerta y, cuando ambos entraban, Erica le dio un fuerte empujón que le hizo perder el equilibrio y se apartó de él.

El hombre que estaba de pie junto a la ventana, empuñando una Luger automática 7,65 con silenciador, significó para Girland la mayor sorpresa de su vida.

El hombre no parecía muy peligroso, pero cuando alguien empuña una Luger con silenciador nunca se sabe, y Girland tuvo buen cuidado de no hacer movimientos bruscos.

—Pase, señor Girland —dijo el hombre—. Estaba deseando conocerle.

Girland le examinó. Era alto, más bien gordo, calvo y con pronunciada barriga. Tendría unos sesenta años y los ojos azules, los rasgos marcados, la imperturbable amplitud de su sonrisa, que descubría los dientes de un blanco resplandeciente, el immaculado traje ligero y la carísima corbata francesa le prestaban una personalidad sólida y sustanciosa. Girland le vio manejar el arma con la pericia de quien está tan familiarizado con la pistola como con la loción para después de afeitarse y, con su aguda percepción; llegó a la conclusión de que el hombre debía ser un hábil tramposo, probablemente sin ningún dinero, pero que desempeñaba el papel de rico para obtener crédito entre los pequeños comerciantes *snoobs*, a quienes su apariencia no podía por menos de impresionar.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó Girland, entrando en el amplio dormitorio.

—Carlota me ha hecho pasar mientras usted ordenaba esa excelente comida.

—¿Carlota?

Erica estaba sentada sobre la cama y pareció levemente divertida al observar a Girland cuando éste fue a sentarse en el taburete que había ante el tocador.

—Señor Girland —dijo el gordo, recostándose contra la pared— antes de que sigamos, por favor no trate de hacerse el héroe. Soy un tirador experto y desde esta distancia puedo volarle la rótula en pedazos si es que decide ponerse difícil.

—Muy bien —dijo Girland, y levantó las manos, fingiendo burlonamente una rendición—. Eso ya está claro. ¿Pero es que se llama Carlota? Yo tenía la impresión de que era Erica Olsen.

—Es Carlota Olsen... la hermana de Erica. Estas dos preciosas muchachas son hijas mías —aclaró el gordo, mirando radiante a Carlota—. Señor Girland, he andado curioseando, y me entusiasma su persuasiva manera de hablar de negocios. He llegado a la conclusión de que usted es exactamente el hombre que necesitamos y creo que Carlota tiene la misma opinión —miró a su hija—. ¿No es cierto, querida?

—Sí —respondió ella—, creo que estaría muy bien.

Sin quitar los ojos de Girland, el gordo se inclinó a recoger una grabadora portátil, que había estado oculta detrás de una silla.

—Señor Girland —le dijo—, tengo una perfecta grabación de su charla con mi hija. Usted amenazaba con hacerle chantaje, y ahora soy yo quien está en la afortunada situación de hacérselo a usted. Ese carrete de cinta le interesaría al señor Dorey, pero dudo mucho de que le agrade. Tengo la impresión de que si alguna vez

Dorey llegara a escuchar las cosas que he grabado de usted, la vida se le haría muy desagradable.

Girland se echó a reír, tan auténticamente divertido que el gordo se rió con él mientras Carlota les miraba con un gesto de impaciencia...

—Cuando acabéis de divertirlos —dijo ásperamente— ¿qué os parece si volvemos a los negocios?

Girland la ignoró.

—Qué broma —le dijo al gordo—. ¿Así que se llama Olsen, no?

—Erich Olsen.

Girland sacó un paquete de cigarrillos.

—Esto me fascina. ¿Qué tal si me cuenta más?

—¿Está de acuerdo con que la cinta le puede complicar la vida?

—¡Pues claro! Tampoco le haría ningún bien a usted, pero eso pasémoslo por alto. Cuénteme cómo es la cosa.

—Mis hijas y yo —empezó Olsen— somos como usted, señor Girland, oportunistas. Andamos a la pesca de un pez gordo, hemos tenido mucha paciencia y ahora tenemos la meta a la vista.

«Erica es un año mayor que Carlota y tenía un puesto mal pagado como secretaria. Hizo un viaje de negocios con su jefe a Pekín y allí conoció a Feng Hoh Kung; Erica es una muchacha muy atrayente, Kung le hizo una proposición y ella la aceptó. Para Carlota y para mí, eso fue un golpe: sentimos que nuestro pequeño trío se había deshecho. Pero Erica no nos olvidó y después de algunos meses se dio cuenta de que la vida que había elegido no era para ella. También advirtió que le iba a resultar muy difícil irse de Pekín, pero, tuvo la suerte de encontrar a un muchacho chino que la ayudó, y fue quien le facilitó la salida de China. En ese momento, Carlota estaba en Estocolmo —Olsen exhibió sus dientes resplandecientes—. Yo estaba en París; había tenido un pequeño inconveniente con la policía sueca y me parecía más prudente vivir en París —se encogió de hombros—. Usted sabe cómo, son esas cosas. Carlota recibió un cable de su hermana, en el que pedía que fuera inmediatamente a Hong Kong. El texto insinuaba que valdría la pena que Carlota se tomara el tiempo y la molestia de hacerlo, así que cuando ella me consultó yo le aconsejé que fuera. Erica había descubierto que Kung era un viejo desagradable y para resarcirse de las experiencias a que se había visto sometida, cuando se fue se llevó consigo la famosa perla que llaman la Uva Negra —la dentadura blanca volvió a destellar—. No tardaron en echarla de menos y avisaron a los agentes de Kung en Hong Kong, así que Erica se encontró en una trampa y tuvo que esconderse. Ella y Carlota tuvieron la idea de que, si Carlota pasaba por Erica, podría despistar a los perseguidores. Era algo que requería mucho valor. El amigo chino de Erica encontró a un experto en tatuajes que copió en el cuerpo de Carlota las conocidas iniciales de

Kung; y ella volvió a París. Erica le había dado una droga china que borra temporalmente la memoria y, como necesitábamos publicidad y queríamos que Kung creyera que Erica había llegado a París, Carlota la tomó. Era necesario, ya que sabíamos que si no tomaba la droga, al examinarla se darían cuenta de que estaba fingiendo y, naturalmente, eso hubiera provocado complicaciones. La más extraña de las casualidades hizo que esa desdichada enfermera fuera asesinada en vez de Carlota y, por suerte para nosotros, usted tuvo la idea de decir a los periodistas que la muerte era Erica. Ahora, se ha aflojado la presión, pero todavía hay un montón de dificultades y necesitamos su ayuda, señor Girland. ¿Tendría inconveniente en ir a Hong Kong y traer la perla?».

Girland le miró, desconcertado.

—¿Y por qué no va usted?

Olsen sonrió.

—Estoy en una situación un poquito delicada. Si vivo en Francia estoy bastante seguro, pero en territorio británico podría, tener problemas. En este momento no sería prudente que yo me fuera del país.

—Hablemos claro. Usted quiere que yo vaya a Hong Kong, encuentre la perla, la traiga aquí y cierre trato con Yew por tres millones de dólares. ¿Correcto?

—También tiene que traer a Erica. Ella no le entregaría la perla a un extraño, señor Girland.

—¿Y por qué no viene ella? Ahora que ha desaparecido la presión podría venir, ¿no?

—Pues no: no hemos podido conseguirle un pasaporte falso. Parece que al menos dos de los hombres que están en la oficina policial están al servicio de Kung. Yo tenía la esperanza de que, con sus relaciones, usted pudiera conseguir ese pasaporte falso.

—¿Se parece a ti? —preguntó Girland a Carlota.

—Sí, nos parecemos mucho.

—Dorey me ha dado un pasaporte y también un certificado de matrimonio para el caso de que tuviera que convencerte de que era tu marido, y todavía tengo esos documentos. No veo por qué Erica no podría viajar con ese pasaporte.

Olsen estaba radiante.

—¿Ve, señor Girland, lo acertados que hemos estado al buscar su ayuda?

—Eso costará dinero —observó Girland después de pensar un momento—. ¿Cuánto tienen?

Olsen sacudió la cabeza.

—Dinero es algo que yo rara vez tengo, pero se me ocurre que su amigo Yew tal vez quisiera financiar el viaje a Hong Kong.

Girland se echó a reír.

—Usted es oportunista de veras. Sí, creo que si se le promete inequívocamente la

perla, estaría dispuesto a adelantar dinero en efectivo. Hablaré con él.

—También está Carlota —prosiguió Olsen—. Me imagino que la policía francesa no la va a dejar salir de Francia hasta que no se convenzan de que no ha tenido nada que ver con Kung. Carlota tiene que volver a Estocolmo a atender asuntos bastante urgentes. ¿Puede usted ayudarla a salir pronto, señor Girland?

—No será difícil —Girland se volvió a Carlota—. Tendrás que ver a Dorey. Es posible que te tenga unos días haciéndote toda clase de preguntas, pero si preparamos bien el cuento, para fin de semana ya podrás viajar.

—Bueno, entonces... —Olsen se apartó de la pared—. Parece que hemos tenido una reunión muy positiva, señor Girland. Cuanto más pronto tengamos aquí a Erica, mejor. ¿Cuál será su primera jugada?

—Ver a Yew para conseguir el dinero. Mañana por la mañana Carlota y yo nos iremos en avión a París. Yo hablo con Dorey, la dejo con él y salgo para Hong Kong. ¿Dónde encontraré a Erica?

—Carlota le dará la dirección.

Girland recurrió a su encanto.

—Ahora que somos socios, Olsen, deme la cinta —y se puso de pie, pero se detuvo cuando Olsen levantó el arma para apuntarle, diciéndole mientras sus dientes resplandecían—: Lo siento, señor Girland, pero conservo la cinta como garantía. Usted es demasiado oportunista para que yo le tenga absoluta confianza. Es cierto que sería difícil que usted consiguiera sacarle la perla a Erica, pero no imposible, y por lo que he visto de usted, puede conseguir lo imposible. Mientras yo tenga la cinta me sentiré bastante seguro de conseguir el dinero y, si por casualidad usted intenta un doble juego, no sólo le enviaré la cinta a Dorey, sino que mandaré una copia a la Asociación de Prensa. Me aseguraré absolutamente de que nadie se beneficie con la perla, salvo la familia Olsen.

Girland hizo una mueca.

—Vale la pena intentarlo —comentó, y miró a Carlota, que le observaba—. Tu papá merece triunfar, ¿no te parece?

—Hasta ahora no ha podido —respondió Carlota—, pero sigue insistiendo.

—Disculpe que no le dé la mano, señor Girland —dijo Olsen, moviendo la pistola en un gesto de excusa—. Espero su llamada. Carlota le dará el número.

Dio la vuelta alrededor de Girland, con la grabadora en la mano izquierda y apuntándole con la pistola.

—Hasta pronto —le dijo Girland.

La puerta del dormitorio se cerró, luego se oyó golpear la puerta del pasillo y Girland miró a Carlota con una sonrisa burlona.

—¡Qué familia sois! No veo el momento de conocer a Erica.

—No es mejor que yo —afirmó Carlota—. Es más bonita, pero no tiene mi

encanto.

—Lo siento por ella —Girland miró su reloj—. No sé si podré encontrar ahora a Yew. Se hace tarde, pero puede ser que esté en casa. Parece que me paso la vida detrás del dinero.

Atravesó el cuarto y abrió la puerta.

—¿No olvidas algo? —preguntó Carlota.

Girland se volvió a mirarla, levantando las cejas.

—¿Sí?

—Creí que habíamos venido aquí para conocernos mejor.

Girland se echó a reír.

—Debo de estar haciéndome viejo —cerró la puerta—. Hablaré con Yew mañana por la mañana.

Mientras le miraba con una invitación en sus oscuros ojos de color azul violáceo, Carlota comenzó a desabrocharse lentamente el vestido.

La nueva secretaria de Dorey, Mavis Paul, era morena, de hermosa figura y segura de sí misma. Para llegar a ese puesto había empezado por ser una de las dactilógrafas. Era eficiente, bonita, dura como el diamante y estaba decidida a trabajar bien. Miró a Girland cuando éste entró en su despacho. Ése hombre descuidadamente vestido con camisa *sport* de cuello abierto y pantalón vaquero desteñido le ponía los pelos de punta. No hay forma de que un norteamericano se vista en París, pensó mientras le estudiaba con mirada fría y hostil.

—¿Sí? —inquirió.

—Salvó que todavía no se me ha pasado del todo la borrachera, no estoy tan mal, gracias —respondió Girland y, apoyando sus grandes manos tostadas sobre el escritorio, se inclinó hacia ella con una sonrisa—. Tú debes ser la nueva. ¿Nunca te sientes sola, nena? Yo me ocupo de todas las muchachitas solas de París.

Mavis se puso rígida.

—Cómo...

—... se atreve a decirme una cosa, así —interrumpió Girland, ganándole de mano—. Disculpa. Es que eres encantadora y tienes ojos solitarios. ¿Cómo está el vejestorio? ¿Ocupado?

Mavis miró por todo el despacho con aire desamparado, pero no había nadie que la ayudara a arreglárselas con ese hombre que le sonreía. Y tenía que admitir que la sonrisa era encantadora.

—En este momento, el señor Dorey está ocupado —consiguió decir y en seguida se quedó espantada al ver que Girland se estiraba sobre el escritorio para bajar la llave que conectaba el intercomunicador con el despacho de Dorey y decía con voz alta y siniestra:

—Han llegado los rusos. Aconsejo que nos rindamos inmediatamente.

Mavis se quedó petrificada* y de la caja del intercomunicador salió la voz de Dorey, seca y fría:

—Es usted, Girland. Adelante.

—¿Ves qué fácil? —comentó Girland mientras volvía a levantar la llave. Luego se inclinó hacia adelante para besar en la mejilla a Mavis—. ¿Cuándo nos vemos, nena? —aguantó la bofetada a pie firme, se enderezó, se tocó la cara e hizo una mueca—. ¡Uf! Eso ha sido como para derribar a Clay. Tienes bastante fuerza, tesoro.

—¡Váyase antes que le tire la máquina de escribir! —gritó rabiosamente Mavis.

—¿Nunca te han dicho que cuando estás furiosa te salen chispas de los ojos? —preguntó Girland, apartándose del escritorio—. Chispas como estrellitas brillantes. Es lo más atractivo que he visto en una mujer —le tiró un beso con la mano y siguió—: Hasta pronto, y no me añores; seguro que nos volveremos a ver —atravesó el cuarto y desapareció en el despacho de Dorey.

Desde su escritorio, éste le miró entrar con aire sospechoso.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está en París? ¡No me diga qué la ha perdido otra vez!

—¡Oh, no! —Girland se sentó y se sirvió uno de los exclusivos cigarrillos que Dorey tenía sobre el escritorio—. Nada de eso.

—¿Qué le ha pasado en la cara,? —pregunto Dorey, observando la marca roja en la mejilla de Girland.

—Una colisión con una fuerza irresistible —explicó Girland, echándose a reír—. Riesgos del oficio.

—No se habrá estado metiendo con mi secretaria, ¿no? —insistió Dorey, con el ceño fruncido.

—No... en realidad, es ella quien se ha metido conmigo —Girland encendió el cigarrillo y prosiguió—: Dorey, prepárese para lo peor. Nos ha fallado el pálpito.

Dorey se puso alerta.

—¿Y eso qué significa?

—Eso mismo... que nos hemos equivocado. —Girland se acomodó en el asiento—. A nuestro personaje le ha vuelto la memoria, y ¿sabe qué pasa? Que no es Erica Olsen, sino Carlota Olsen, la hermana de Erica. ¿Qué le parece? Por lo que me contó, ella hizo de cortina de humo para que Erica pudiera desaparecer, Carlota se lo contará: Erica se aburrió de Kung y escapó. Pudo llegar a Hong Kong, pero los agentes de Kung, echando chispas, la alcanzaron y tuvo que esconderse. Convenció a su hermana de que fuera a Hong Kong y una vez allí representara el papel de ella. Un especialista en tatuajes falsificó las iniciales de Kung en el trasero de Carlota, y entonces ésta volvió a París. Tomó cierta droga que le borró la memoria y la dejaron para que ustedes y los gendarmes la encontraran, y mientras los chinos intentaban

borrarla del mapa y los rusos procuraban secuestrarla, Erica salió de Hong Kong y se perdió de vista. Nadie sabe dónde está y Carlota no tiene la menor idea. Así que esa es la triste historia.

Dorey se reclinó en su silla, con los delgados labios contraídos.

—¿Dónde está esa mujer?

—¿Carlota? Ahí fuera. Le he dicho que usted querría hablar con ella y está dispuesta a cooperar. Lo hizo para ayudar a su hermana, sin tener idea de que hubiera implicaciones políticas; no quería más que darle a la hermana tiempo para escapar de Kung —Girland sacudió la cabeza—. Es muy valiente para ser una muchacha.

—Quiero hablar con ella —dijo sombríamente Dorey.

—La haré pasar —Girland se levantó—. Bueno, me parece que con esto yo quedo fuera, ¿no? Lamento que no haya resultado como usted esperaba. Yo he hecho lo que usted quería... pero así son las cosas —le sonrió a Dorey—: A ver... usted me debe diez mil francos ¿está bien?

—¡Está mal! —interrumpió Dorey—. Le di veinte mil francos, de modo que usted me debe a mí diez mil y se los voy a cobrar.

Girland puso cara, triste.

—Usted no tiene idea de lo que me costó alquilar un apartamento en Montecarlo. Y luego los dos pasajes; como Carlota estaba un poco nerviosa, me pareció mejor viajar en primera. De todos modos le pasaré la cuenta y creo que va a encontrar, que usted me debe a mí, más bien. De todas maneras, hable con Carlota —la sonrisa de Girland se acentuó—. Le va a gustar... es un encanto de chica.

—Quiero que me devuelva ese pasaporte, Girland.

Girland le miró con aire confundido.

—¿Qué pasaporté?

—El que mandé preparar para esa mujer.

—¡Claro! —Girland se golpeó la frente con una mano—. Ya me acuerdo. ¡Pero, por todos los diablos que me estoy volviendo olvidadizo! Lo dejé en el cajón de arriba a la derecha, en su escritorio de la villa. Cuánto lo siento... debería haberlo traído... se me fue de la cabeza.

Está bien. Le diré a Diallo que me lo mande por correo —Dorey miró a Girland con aire pensativo—. Me da la impresión, de que usted anda pensando algo. ¿Qué va a hacer ahora?

—Podría tomarme unas vacaciones. He ahorrado algún dinero y, antes de volver a mi trabajo, creo que me merezco un descanso.

Durante un momento, Dorey no se dejó engañar.

—Oiga, Girland, si descubro que me ha jugado sucio, me ocuparé de ajustarle las cuentas y créame que puedo hacerlo.

Girland lo miró con inocencia.

—Eso no es de amigos. No puede echarme las culpas a mí por el hecho de que su palpito no fue acertado, Dorey... ¿no le parece?

—Acuérdese de lo que le he dicho. No creo que vaya a emplearle de nuevo; cada vez que le doy una tarea, sale mal, pero de algún modo usted se beneficia.

—Pura casualidad —aseguró Girland mientras se dirigía a la puerta—. Todavía puede necesitarme, viejo. Y si yo puedo aguantarle a usted, no veo por qué usted no puede ser más amplio y aguantarme a mí. Y ahora, adiós —terminó saliendo del despacho.

Mavis Paul escribía a máquina con tal rapidez que la máquina sonaba como una ametralladora. No levantó la cabeza ni se detuvo cuando Girland se acercó a su escritorio.

Girland examinó la pequeña placa con el nombre de Mavis que había sobre el escritorio, cogió un cuaderno de notas y un lápiz y escribió el nombre.

—Precioso nombre... y preciosa chica —murmuró, se guardó la hojita de papel en el bolsillo de la camisa y fue a la antesala donde le aguardaba Carlota.

—Adelante —le dijo—. Charlará bastante, pero ya te he puesto los cimientos. Yo me voy. Espero verte pronto.

Se despidieron con un apretón de manos y una sonrisa y Girland se dirigió al lugar donde había estacionado su Fiat 600.

A la mañana siguiente, Girland llegaba en un taxi al aeropuerto de Orly para alcanzar el vuelo de las nueve de la mañana que salía para Hong Kong vía Roma. Llevaba una maleta ligera y vestía un traje tropical muy usado, azul, ligeramente arrugado. Entregó la maleta a un anciano mozo de cuerda y fue tras él hasta el mostrador de recepción de Air France. Dio una propina al mozo, pagó el derecho de aeropuerto y se enteró de que su vuelo era el. A.F. 632 y que podría tener una pequeña demora en Roma.

El mozo, Jean Redoun, había oído bastante como para tomar nota de todo eso y se dirigió rápidamente a la cabina telefónica más próxima. Recordaba a Girland por su fotografía, y sabía que la embajada soviética estaba muy interesada en él. Hizo la llamada y habló brevemente con Kovski.

Después de cortar, Kovski se quedó largo rato sentado, mirando al vacío. Malik, que parecía haber caído un poco en desgracia, fue enviado a Roma a vigilar a un agente británico que parecía dispuesto a desertar. Kovski se preguntó por qué iría Girland a Hong Kong. La mujer había muerto; de eso estaban seguros... entonces ¿por qué ir a Hong Kong? Apenas vaciló unos segundos y después levantó el receptor y telefoneó a Roma.

... Girland practicaba el lujo a expensas de los demás. Había decidido viajar en primera, pero tuvo dificultades para persuadir a Jacques Yew de que le adelantara el dinero del pasaje. Yew no veía inconveniente alguno en viajar en clase turista, pero

finalmente Girland consiguió disuadirlo de esa manera de pensar.

El viaje fue agradable. El sector de primera clase del avión no estaba completo y la azafata, una joven de sonrisa vivaz y ojos picaros, no tuvo en cuenta el deslucido traje de Girland. Pensó que podía tratarse de un millonario excéntrico que además tenía una sonrisa encantadora, de modo que le agasajó continuamente con caviar, champagne y bocadillos.

En Roma, Girland descendió del avión y se tomó rápidamente un par de whiskies en el bar del aeropuerto. Estiró las piernas, compró la última novela de Hadley Chase y volvió al avión.

Tres minutos antes de la partida del aparato, un poco agitado, Malik, atravesaba corriendo la pista pavimentada para trepar por la escalerilla al compartimiento de clase turista. Mientras se ajustaba el cinturón de seguridad, se felicitó por la rapidez con que había llegado y por la suerte que tuvo al encontrar sitio en el avión.

Kovski había sido muy claro: Malik no debía perder de vista a Girland, quien sin duda no viajaría a Hong Kong a menos que Erica Olsen le hubiera transmitido alguna información importante antes de morir. De eso, Kovski estaba seguro. El servicio de seguridad soviético necesitaba esa información y Malik tenía instrucciones de conseguirla a cualquier precio. Los agentes soviéticos en Hong Kong estaban avisados y estarían a las órdenes de Malik, de modo que éste tenía la oportunidad de compensar su fracaso.

Aunque Malik se había sentido muy escéptico, hizo esfuerzos frenéticos por alcanzar el avión y lo consiguió por un margen de tres minutos.

Mientras él y Girland atravesaban el espacio rumbo a Hong Kong, desde la embajada china en París, Yet-Sen preparaba un informe cifrado que sería cablegrafiado a Pekín. Yet-Sen estaba satisfecho consigo mismo; admitía que había perdido tres agentes prometedores, pero después de todo, los agentes son reemplazables. Lo importante era que había llevado a cabo las órdenes recibidas y que la mujer estaba muerta.

Lo pensó de nuevo y agregó al informe una descripción de Girland...

«Ese hombre —escribió— es peligroso y debe figurar en nuestro archivo. Su foto y detalles de su método de trabajo van por valija diplomática».

El cable llegó a Pekín dieciocho horas antes de que Girland aterrizara en Hong Kong, y la correspondiente advertencia, junto a la descripción de Girland, fue enviada inmediatamente a todos los aeropuertos asiáticos, no porque le esperaran, sino porque, los chinos son meticulosos y eso es parte de su sistema para no correr riesgos.

De modo que, sin saberlo, Girland se dirigía a un avispero; no sólo Malik viajaba en el mismo avión, sino que cierto funcionario de aduana chino en el aeropuerto de Kai Tak tenía su descripción.

Pero en ese momento, mientras saboreaba un excelente pollo salteado, regado con

un vino de Burdeos muy aceptable, Girland no tenía la más mínima preocupación. Iba hacia la riqueza y se sentía a punto de llegar al pie del arco iris.

Hong Kong no era novedad para Girland. Mientras salía de la protección del aeropuerto al ardiente sol, pensaba que era su cuarta visita. Una vez, en una gira mundial, se había tropezado con una joven heredera norteamericana que había insistido en que fuera él su guardaespaldas, y como tenía una espalda excepcionalmente atrayente, Girland no había puesto objeciones. Habían pasado cuatro semanas emocionantes y un tanto eróticas en Hong Kong. Más adelante, la CIA le había encargado cooperar en la destrucción de un círculo de traficantes de opio, y el centro de las operaciones había sido Hong Kong. Girland y Harry Curtis, el agente residente, se habían pasado varios días en una lancha policial y Girland había llegado a conocer algunas de las islas próximas a Taipang Wan, Tathong y el East Lamma Chánnel.

Curtis era la última persona con quien Girland quería encontrarse en ese momento y, como sabía que tenía la costumbre, de ir a recibir los aviones que llegaban de Europa, se mantuvo alerta. Estaba tan ocupado por descubrir la corpulenta figura de Curtis que no advirtió que Malik marchaba lentamente detrás de él.

El funcionario aduanero chino: examinó el pasaporte de Girland mientras le miraba con aire pensativo. Por fin le devolvió el pasaporte, lo saludó y le indicó que atravesara la barrera; pero tan pronto como Girland empezó a caminar hacia la fila de taxis, el aduanero hizo una seña con el pulgar en esa dirección y un chino gordo, que llevaba un gastado traje negro, echó a andar tras él.

Malik no se perdió nada de esto; sus ojos atentos habían visto la seña y había advertido que el chino gordo seguía a Girland.

El agente soviético residente, Branska, salió de la multitud para estrechar la mano de Malik. Era un hombre bajo y de constitución pesada, pecoso y su pelo color arena empezaba a ralearse.

—Arreglado —dijo—. Ya tengo tres hombres que se ocupan de él. Vamos al hotel y prepararemos un informe tan pronto como sepamos adónde va.

Malik asintió con la cabeza y ambos se dirigieron a un coche que les esperaba.

Girland le indicó al conductor del taxi que le llevara al Star Ferry y se recostó tranquilamente mientras el coche corría a lo largo del muelle atestado de culis presurosos que llevaban enormes cargamentos balanceándose al extremo de cañas de bambú, así como de *rickshaws*, de camiones cargados en exceso, de enormes coches norteamericanos conducidos por chinos pulidos y de aspecto próspero, de ciclistas que se precipitaban entre los demás vehículos como si pretendieran suicidarse y donde de vez en cuando se veía una encantadora joven china, con el *cheongsam* abierto unos diez centímetros por encima de las rodillas, que iba en un *rickshaw*, con

las piernas Cruzadas y las manos tranquilamente abandonadas sobre la falda.

A Girland le gustaba Hong Kong. Pensaba que era una ciudad rebotante de vida y energía donde todo podía suceder y donde se podía hacer dinero.

Al llegar al *ferry* pagó el taxi y, pasando por el torno, subió a bordo del barco que esperaba.

Dos de los agentes de Malik y el chino gordo subieron también.

Diez minutos después Girland salía de la terminal del *ferry* en Hong Kong para coger un taxi que le llevara hasta un pequeño hotel del muelle de Wanchai, donde ya se había hospedado antes.

A estas alturas ya se había dado cuenta de que le seguían. Girland tenía muy desarrollado el instinto de conservación y no tardó en descubrir a los agentes de Malik durante el cruce, pero no había prestado atención al chino gordo que estaba sentado cerca de él, leyendo el «Hong Kong Times».

Mientras pagaba el taxi, Girland vio pasar un coche; en él viajaban dos hombres macizos que miraron estudiadamente hacia otro lado mientras el coche seguía por el muelle. Bueno, pensó Girland haciendo una mueca, tendré que tener cuidado. Pero no reparó en un chino gordo de gastado traje negro, que le compraba cigarrillos a un vendedor callejero, a pocos metros de él.

Subió los incómodos escalones que llevaban al hall del hotel y recibió una amplia sonrisa de bienvenida de un chino de cuidada barba. Wan See era propietario del hotel desde hacía muchos años y tenía excelente memoria para las caras.

Después de saludarlo, Girland siguió subiendo escaleras hasta llegar a una habitación pequeña y limpia que daba sobre el muelle. Se dio una ducha, se puso una camisa deportiva y un pantalón vaquero, y bajó a hablar con Wan See.

El dueño del hotel estaba al servicio de la embajada norteamericana y se podía confiar en él, de manera que Girland le advirtió que estaba en misión oficial y que debía cuidar de que nadie entrara a su cuarto mientras él no estaba.

Durante años, Wan See había alojado a agentes norteamericanos y sabía de qué se trataba.

—Muy bien —asintió—. Nadie viene aquí si yo no lo conozco.

—Tengo que hacer una llamada por teléfono.

Wan See le indicó una cabina.

Carlota le había dado a Girland un número de teléfono para que llamara al llegar. Le había explicado que era el de una villa donde Erica estaba oculta. Girland marcó y esperó.

Después de una breve demora, una voz masculina preguntó:

—¿Quién habla?

—Un amigo que viene de París —respondió Girland, usando la frase que le había indicado Carlota.

Oyó una rápida emisión de aliento.

—Espero que haya tenido buen viaje —era la contraseña que le había dicho Carlota, Girland se tranquilizó.

—Sí. Estoy en el hotel Lotus, Wanchai. ¿Voy para allá o vendrá usted a verme?

—Sería mejor que viniera usted —respondió la voz—. La situación es difícil y es mejor no hablar ahora. Enviaré una mujer a buscarle, vestida con *cheongsam* rojo y con un diamante en la oreja izquierda.

—Será bien venida —comentó Girland mientras la comunicación se cortaba y volvió a consultar a Wan See.

—Viene una muchacha y el hotel está vigilado. Yo tengo que salir con ella y es importante que no nos sigan.

Wan See emitió una risita.

—No hay ningún problema. Aquí vienen muchachas cada media hora, porque las habitaciones de abajo se alquilan por horas. Hay una escalera que conduce a la azotea y pueden salir por ahí. Si cruzan dos azoteas, podrán descender por una escalera de incendios hasta un callejón que lleva al muelle.

Girland volvió a su cuarto a esperar, pensando nostálgicamente en un acondicionador de aire, pues el calor penetraba por la ventana abierta hasta convertir en un horno la pequeña habitación.

Una hora y cinco minutos después oyó que llamaban a la puerta, se levantó de la cama y abrió. Una esbelta joven china ataviada con un *cheongsam* escarlata y que lucía un diamante resplandeciente en la oreja izquierda, le miró sonriendo.

—¿Me esperaba?

A Girland le gustaban las chinas y durante sus anteriores viajes a Hong Kong había dormido con unas cuantas: conocían la técnica y se tomaban el amor en serio. Y esa chica no sólo era bonita: era sensacional.

—¿Quién eres? —le preguntó, haciéndose a un lado para que ella pudiera entrar.

—Me llamo Tan-Toy y trabajo en el muelle. Hago el amor como una profesional.

—¿De veras? —comentó Girland—. De eso podemos hablar después; por ahora, vamos a salir.

Treparon a la azotea por la escalera y, moviéndose con cuidado, atravesaron otras dos y descendieron por la escalerilla de hierro hasta el callejón.

Uno de los hombres de Malik, que estaba al tanto de la existencia de la vía de escape indicada por Wan See, les vio salir. Hacía dos horas que estaba apostado en un tejado vecino y, con un equipo portátil advirtió a Malik que Girland había salido del hotel con una mujer china.

El chino gordo había visto que Tan-Toy llegaba al hotel. Tenía noticias de la villa donde se ocultaba Erica y hacía ya tres o cuatro días que estaba vigilándola. También él advirtió a sus hombres, por radio de onda corta, que Girland podría dirigirse a la

villa.

La cantidad de vehículos que subían al monte donde estaba situada la villa era considerable, y mientras Tan-Toy llevaba a Girland en un Austin Cooper por la ondulante cuesta, él no dejaba de mirar hacia atrás para ver si les seguían.

—Está bien —dijo Tan-Toy—. La dama ya no está allí; a quien vas a ver es a Hung Yan.

—¿Es con él con quien he hablado por teléfono?

—Sí.

—Y si ella no está allí ¿dónde está?

—No sé —respondió Tan-Toy con una sonrisa resplandeciente.

—¿Y tú quién eres? ¿Cómo te has metido en esto?

—Hung Yan es amigo mío y me ayudó una vez, cuando estuve enferma. A mí me gusta ayudar a los que me ayudan.

El coche acabó por detenerse junto a una villa pequeña y sombría, situada al borde de la montaña. Tenía una hermosa vista de Hong Kong y, a lo lejos, de Kowloon.

—Entra directamente —le dijo Tan-Toy cuando Girland bajó del coche—. Y cuando termines con ese asunto podemos vernos.

—¿Dónde puedo encontrarte? —preguntó Girland, inclinándose para mirarla a través de la ventanilla.

—Wan See lo sabe..., pregúntale —le saludó con la mano, volvió a mirarle a los ojos y, haciendo girar el coche, se alejó.

Girland observó el largo camino oscuro y serpeante hasta que vio desaparecer las luces traseras. Por el camino no se veía otro coche.

Caminó rápidamente por una senda que llevaba a la villa y llamó. La puerta se abrió, inmediatamente.

—Entre, por favor.

Una borrosa figura humana le hizo pasar a una habitación pequeña y asfixiante, iluminada por una lamparita de mesa.

Los dos hombres se miraron. Hung Yan era un joven chino de constitución endeble que llevaba un holgado traje chino compuesto de chaqueta y pantalones negros. Sus ojos brillantes estaban febriles, y cuando Girland le dio la mano, sintió que tenía la piel seca y ardiente.

Girland se presentó.

—La situación es muy mala —explicó Hung Yan—. Saben que estoy aquí y creo que no están seguros de si ella está viva o muerta; de otro modo ya me habrían liquidado. ¿Tiene pasaporte para ella? Es lo que necesita.

—Sí, lo tengo. Y ella ¿dónde está?

—Yo le llevaré. Está en un junco anclado en las cercanías de Pak Kok.

—¿Y cómo es que está usted aquí? —preguntó Girland con curiosidad.

—Esta villa pertenece a mi padre, que está en América. Hace una semana vine aquí con Erica, pero no se sentía segura; está muy asustada. El junco es parte de la flota pesquera de mi primo; es muy viejo y no lo usan. Erica pensó que allí estaría más segura.

—¿Está sola?

—Sí, está sola y tiene miedo. Yo lo siento mucho —Hung Yan hizo un movimiento de impotencia—. Estamos enamorados y ella está en una situación muy peligrosa. Yo estoy muy preocupado.

—No estoy completamente seguro de que no me hayan seguido —aclaró Girland—. ¿Cuándo salimos?

Hung Yan se encogió de hombros.

—Eso no importa. Ya saben que estoy aquí y esperan que yo les conduzca hasta ella —se dirigió a un armario, lo abrió y sacó dos largos cuchillos con vaina de cuero—. ¿Sabe utilizar cuchillo? Es mejor que una pistola.

—Claro —asintió Girland. Recibió el cuchillo, lo sacó de la vaina para observarlo e hizo un gesto de aprobación, asegurándose la vaina en el cinturón—. ¿Cuándo salimos?

—Ahora... hay un sendero que va desde la montaña hasta el camino principal —explicó Hung Yan—. Allí tengo un coche en el garaje de un amigo y en el puerto de Aberdeen nos espera una lancha motora.

Los dos salieron de la villa por la puerta de atrás y pocos minutos después Girland se encontraba en un sendero estrecho y peligrosamente empinado, envuelto en una niebla húmeda que subía de la tierra e impedía la visión.

Se movió cautelosamente, siguiendo de cerca a Hung Yan. A ratos no veía nada. Después la niebla se disipó un poco y pudo vislumbrar a lo lejos las luces de Hong Kong.

De pronto una piedra llegó rodando desde algún lugar a su espalda y le pegó en el tobillo. Girland cogió del brazo a Hung Yan.

—Tenemos a alguien detrás —susurró—. Tú sigue... yo esperaré.

Hung Yan hizo un gesto afirmativo y siguió bajando por el sendero. Girland se apartó del sendero y se agazapó detrás de un arbusto, con el oído alerta, tratando de penetrar la semioscuridad con la vista.

Después de un rato oyó ruido de pies que se arrastraban. Atisbo y pudo distinguir una menuda silueta negra que se acercaba cautelosamente por el sendero. Esperó tenso. El hombre se acercó pasando por donde Girland estaba oculto: era un chino pequeño que se movía rápida y sigilosamente, con la cabeza inclinada.

Girland volvió al sendero. El hombre estaba unos diez metros delante de él y se volvió con la rapidez de una serpiente que ataca al oír moverse a Girland. Brilló un

cuchillo. Girland voló en un *tackle* bajo, aferrando las piernas del chino por debajo de las rodillas.

Ambos cayeron al suelo y rodaron en medio de una lluvia de piedras. Hung Yang salió de la oscuridad y sujetó la muñeca del hombre en el momento en que el cuchillo relampagueaba. Girland aflojó la presión asestando un certero puñetazo en la mandíbula del chino. El hombre cedió y, antes de que Girland pudiera detenerle, Hung Yan le había clavado el cuchillo en el cuerpo.

—Puede que haya otros —comentó Hung Yan; el aliento le silbaba entre los dientes—. ¡Sigamos! —apartó el cuerpo con un pie y continuó bajando.

Girland le siguió.

Finalmente, llegaron al camino principal sin más peripecias y Hung Yan lo atravesó en dirección a un garaje de cemento, construido en las proximidades de una casa típicamente china.

Cuando salían del garaje en un abollado Volkswagen, uno de los agentes de Malik, que había perdido de vista a Girland, descubrió el coche y, mediante su equipo de radio portátil, alertó a Malik.

—El sujeto se dirige al puerto de Aberdeen —informó.

Malik miró a Branska y se puso de pie rápidamente.

—Vamos —le dijo—. Es casi seguro que nos llevará directamente a ella.

En el mismo momento Wong Loo, el chino gordo, recibía también un informe según el cual Girland y Hung Yan se dirigían al puerto. Wong Loo estaba encantado de saberlo: tenía lo menos veinte hombres capaces en ese distrito. Mientras daba instrucciones, se detuvo a encender un cigarrillo norteamericano y, dejando escapar el humo por su ancha nariz, pensó que ahora todo era cuestión de tiempo.

Mientras la lancha resoplaba traqueteando a través del East Lamma Channel, Girland miraba los centenares de luces que oscilaban en los juncos amontonados en el puerto de Aberdeen, con la sensación de que le vigilaban. Ninguna lancha les seguía, pero la sensación persistía.

Hung Yan condujo la embarcación, esquivando un junco que entraba en el puerto, con su gran vela cobriza recortada por la luna. La noche era de un calor asfixiante y el mar estaba aceitoso y quieto. Un denso hedor humano, procedente del puerto, se cernía en el aire.

Cuando Girland miró la oscura extensión del mar, vio algo que se movía en el agua, cerca de la lancha. Se inclinó a mirar y el movimiento desapareció. Un minuto más tarde lo volvió a percibir: era la aleta de un tiburón que rizaba rápidamente el agua quieta y desaparecía. Recordó las siniestras aletas triangulares de los tiburones que infestaban el canal algunos años atrás, cuando él lo recorría en la lancha policial, e hizo una mueca.

La lancha siguió adelante, sacudiéndose.

Girland se daba cuenta ahora del problema que le esperaba. ¿Cómo podría sacar a esa mujer de Hong Kong y llevarla a París?, se preguntaba. Cuando aceptó la tarea le había parecido un problema bastante fácil, pero ahora, en esta lanchita vacilante, tenía aguda conciencia de que los chinos no perdían ningún movimiento que él pudiera hacer para llevarse a la mujer. Pensó en Harry Curtis. Harry podía serle útil, pero entonces Dorey se enteraría del asunto y eso no podía traer más que complicaciones.

Girland pensó en la Uva Negra..., y en el medio millón de dólares para él. Relajado, sonrió en la oscuridad. Por esa suma, tendría que ser capaz de resolver el problema, y hacer planes antes de haber oído lo que pensaba Erica era perder el tiempo.

—Estamos cerca —dijo Hung Yan y disminuyó la velocidad de la lancha. Girland miró a su alrededor. Había una gran cantidad de juncos anclados en las cercanías de Pak Kok; aparte de las luces de posición, estaban a oscuras.

Cinco minutos después, Hung Yan conducía la lancha junto a un gran junco sin velamen, amarrado a una media milla de la, península de Pak Kok, aislado y en sombras.

Silbó suavemente, ató la lancha al costado del junco mientras una borrosa figura apareció en la cubierta superior y les espío mientras trepaban por el costado.

—Está todo bien —dijo suavemente Hung Yan—. Es un amigo de Carlota. —La figura bajó por la estrecha escalerilla y, en la luz incierta, Girland apenas pudo divisar a una mujer alta que llevaba ropas negras de campesina china: amplia chaquetilla, pantalones y un sombrero en forma de hongo.

—¿Erica Olsen? —preguntó, mirándola.

—Sí. Venga abajo. Hung... Tú quédate aquí.

La joven descendió los cinco empinados escalones que conducían, a la cabina y Girland la siguió. El interior estaba a oscuras y hacía un calor sofocante. Erica cerró la puerta, encendió un fósforo y prendió un lamparita de aceite.

Sentándose junto a una mesita, se quitó el sombrero y sacudió el cabello rubio.

Girland se sentó frente a ella y ambos se estudiaron. El podía apreciar el parecido entre las hermanas, pero veía que Erica era mucho más hermosa, aunque estaba pálida, delgada y evidentemente nerviosa.

—Dame un cigarrillo —le dijo—. Se me han terminado.

Girland le tendió el, paquete por encima de la mesa y ella sacó un cigarrillo con dedos temblorosos, lo encendió y preguntó:

—¿Me has conseguido el pasaporte?

—Lo he conseguido —replicó Girland, alcanzándoselo. Ella, lo examinó y levantó la vista.

—¿Tú crees que servirá?

—Con suerte... —a su vez, Girland encendió un cigarrillo—. ¿Tienes idea de cómo salir de aquí?

—Si conseguimos llegar al aeropuerto, yendo contigo no se atreverán a detenerme —dijo Erica—, y con un poco de suerte, ni siquiera me identificarán. ¿Tienes mi pasaje?

—Tengo un pasaje abierto para los dos.

Erica le miró con atención.

—¿Cómo conociste a Carlota?

Brevemente, Girland le contó lo que había sucedido en París y, cuando le dijo que trabajaba para la CIA, Erica se enderezó.

—No te preocupes por eso —aclaró Girland, sonriendo—. No es un vínculo oficial y ni, siquiera saben que estoy aquí. He hecho un trato con tu padre y, por una participación en la perla, acordamos que te sacaría de aquí.

—¿La perla?

Girland hizo un gesto afirmativo.

—La Uva Negra.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Erica, con impaciencia—. No te habrás creído esa tontería, ¿no?

Girland se sobresaltó, e inclinándose para mirarla en los ojos, preguntó:

—¿Tontería? ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué te imaginas que me escondo? ¿Porque he robado la Uva Negra?

—A ver, espera un momento —pidió Girland, tratando de hablar con tranquilidad, ya que tenía un súbito presentimiento de desastre—. Carlota me dijo que tú tenías la perla y que por éso te perseguían —le apuntó con el dedo—. ¿La tienes o no?

—Claro que no —Erica tiró al piso la ceniza del cigarrillo—. Querido mío, ésa fue la historia que le conté a mi hermana para conseguir que me ayudara —una amarga sonrisa le torció la boca—. Parece que no es mucho lo que sabes de mi padre y mi hermana; son dos de las personas más despreciables que existen, no pueden pensar más que en dinero. Para ellos, yo valgo lo que una mosca en la pared. Cuando me metí en este lío, estaba tan desesperada como ahora. No puedes imaginarte lo que significa estar rodeada de chinos, sin saber cuál de ellos saldrá de la multitud para asesinarte. He tenido suerte de llegar hasta aquí, y sin la ayuda de Hung Yan no podría habérmelas arreglado. Pero me encontraba en una trampa: Hung Yan no tiene influencias y yo tenía que conseguir un pasaporte falso. Las dos únicas personas que podían conseguírmelo eran mi padre y mi hermana, pero yo sabía que, a menos que les ofreciera un cebo que les tentara, no moverían un dedo por mí, de modo que les conté el cuento de la Uva Negra —Erica dejó escapar una risita forzada—. La Uva Negra está en el museo de Kung, custodiada por un guardia armado que está día y noche junto a la vitrina donde la exhiben, así que no hay posibilidad alguna de

robarla. Pero eso no se lo dije a Carlota y se tragó el anzuelo. Yo tenía la esperanza de que, si ella se hacía pasar por mí en París, esos asesinos dejarían de perseguirme, pero no resultó. ¿O tú crees que una mujer como Carlota aceptaría hacerse tatuar y arriesgar la vida sin que le ofrecieran una fortuna enorme? Era la única forma posible de conseguir que intentara salvarme.

Girland se recostó y aplastó el cigarrillo, mientras examinaba a Erica.

—Naturalmente, podrías estar mintiendo —dijo sin mucha esperanza—. Podría ser que tuvieras la perla y estuvieras intentando escamotear mi participación.

Erica le, mantuvo su mirada inquisidora y movió la cabeza negativamente.

—No tengo la perla..., nadie podría robarla, de ningún modo. Fue una historia que tuve que contarle a Carlota para que me sacara de aquí. Y lamento desilusionarte, pero todavía espero que me ayudes. ¿Lo harás?

—Pero si no tienes la perla, ¿por qué te persiguen? ¿Por qué tratan de matarte?

—Porque sé algo. No se duerme con un hombre durante casi un año sin llegar a saber algo de él.

—¿Y qué es lo que sabes, Erica?

Ella le sonrió.

—Sácame de aquí y te lo diré, pero no antes de que estemos en un avión, saliendo de Hong Kong.

Girland respiró profundamente: el arco iris se le había desvanecido detrás de una nube negra. ¡Había estado tan seguro de que iba a ser rico! Pero ahora estaba convencido de que Erica decía la verdad. Necesitó un par de minutos para quitarse la depresión de encima; luego, aceptando la situación, se encogió de hombros. Por lo menos. Erica tenía información, de modo que después de todo, pensó, Dorey tenía razón. ¡Ese Dorey!

—Bueno, está bien —le dijo—. Te sacaré de aquí. Hasta mañana a las tres de la tarde no hay avión. ¿Tienes ropa?

—La maleta que tengo conmigo.

—¡Ah! Así se aclara el misterio de las dos maletas.

Sabía que Carlota llevaba dos maletas cuando estuvo en Hong Kong, pero no tenía más que una al llegar a París. ¿Tú tienes la otra?

—Sí.

Girland pensó un momento.

—Como hasta mañana por la tarde no hay avión, será mejor que nos quedemos a pasar la noche aquí —dijo—. Podríamos...

Se interrumpió al ver que Erica, mirando fijamente detrás de él, daba de pronto un grito ahogado. Mientras buscaba el cuchillo, Girland giró en redondo.

—No se mueva —dijo Malik, asomándose a la cabina empuñando una automática—. Quédese donde está.

Bajó los escalones y entró en la cabina. Su corpachón arrojó sobre la pared una sombra amenazadora.

—¡Por todos los diablos! —exclamó fastidiado Girland—. ¿Es que usted no puede estarse cinco minutos sin meter el hocico en mis asuntos? Creí que estaba tranquilamente en París.

Malik le miró con perversidad.

—¡No necesita buscarme mucho para que le meta una bala —le dijo—, así que cállese! —y miró a Erica Olsen, que se apretaba contra la pared y le contemplaba con ojos aterrorizados—. No hay por qué tenerme miedo, señorita Olsen —continuó en voz baja—. Considéreme su amigo. He oído lo que hablaban; yo represento al gobierno ruso y estamos muy interesados en la información que usted tiene sobre Kung. Podemos ofrecerle mucha mejor protección que el gobierno norteamericano y puedo asegurarle que la sacaremos sin problemas ni riesgo alguno de Hong Kong para llevarla a Moscú. Tengo una lancha motora aquí, un helicóptero en la isla y en el aeropuerto nos espera un avión fletado. En el término de una hora usted estará totalmente a salvo.

Girland miró rápidamente a Erica y se dio cuenta de que estaba superando el miedo y que ahora examinaba a Malik con expresión calculadora.

—No le creas una sola palabra —le advirtió—. Sería una locura si te fueras a Moscú.

Con el dorso de la mano, Malik cruzó el rostro de Girland y le hizo retroceder tambaleando contra la pared de la cabina.

—¡Le he dicho que se calle! —gritó, y siguió dirigiéndose a Erica—. No tiene nada que ofrecerle, señorita Olsen, ni puede ayudarla. Está alardeando, y si es lo bastante estúpido como para llevársela en un avión de pasajeros, la matarán antes de llegar al aeropuerto.

Erica se movió para colocarse entre Girland y Malik y les miró sucesivamente a los dos, como si estuviera intentado elegir entre los dos hombres.

—¿Y cómo sé que usted tiene un avión fletado? —preguntó por último.

Malik sacó del bolsillo una cartera de cuero y la arrojó sobre la mesa.

—Vamos a Tokio sin pasar por China y de Tokio a Moscú. Si quiere pruebas, ahí tiene los papeles del avión y la hoja de ruta.

Erica recorrió con la vista los papeles e hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien. Iré con usted —miró a Malik con ojos astutos—. Espero que me paguen por la información y que el precio sea bueno.

—Tú lo has dicho, nena —interpuso Girland—. Y no será el precio que tú esperas.

Ella no le prestó atención y siguió mirando a Malik.

—Siempre pagamos bien la información —respondió tranquilamente el ruso—. Y

ahora, por favor, vaya a cubierta, que nos vamos en seguida. Suba a la lancha, que allí la espera uno de mis hombres.

—Un momento —dijo Girland—. ¿Qué ha hecho con Hung Yan? ¿Le ha partido el cráneo?

—¿Dónde está? —preguntó Erica—. Me ha ayudado y no me voy sin él.

—Nos espera en la lancha —dijo Malik con rostro inexpresivo y señaló las estrellas—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Vamos, por favor.

—Tengo una maleta.

—Yo se la llevaré. ¡Vamos!

—Quiere que te vayas para no tener testigos cuando me asesine —dijo Girland. Erica se detuvo mirando atentamente el rostro de Malik.

—Está bien —dijo éste—. No tengo motivo para matarlo. Lo dejaré aquí. ¿Vamos?

Ella no dudó más y subió corriendo los escalones que llevaban a cubierta.

Malik retrocedió hasta el pie de la escalera y se detuvo, mientras sus ojos verdes centelleaban.

—Ya estoy harto de su interferencia, Girland —precisó— y le advertí que si alguna vez volvíamos a encontrarnos, acabaría con usted. Este es un excelente lugar para dejarle —levantó la automática—. Para cuando le encuentren, estaremos en Moscú.

Girland miró el arma y sintió que la boca se le secaba de repente.

—No haga nada que después pueda lamentar —le advirtió, fastidiado de sentir que le temblaba la voz—. Ya tiene la chica, y...

El sonido súbito de una lancha a motor que se aproximaba a gran velocidad le obligó a interrumpirse. Los dos hombres se miraron, en la tenue luz, con el oído alerta. Se oyó un disparo de arma de fuego y Malik se volvió a medias, mirando hacia la escalerilla de la cabina: Girland dio un salto hacia adelante y, golpeando con la mano de canto la muñeca de Malik, le hizo volar el arma.

El ruso se volvió con una maldición y cuando iba a lanzarse contra Girland se oyeron más disparos, seguidos por el violento estrépito de una ametralladora, y el junco se sacudió bajo, una andanada de balas.

Malik se inclinó a recoger la pistola, pero de una patada Girland la envió a un rincón. Ambos se quedaron mirándose con furia mientras una nueva ráfaga sacudía el junco. Oyeron, un gemido débil y lloroso y después, el motor de la lancha que rugía y empezaba a alejarse.

Malik subió a saltos los escalones y llegó a cubierta; con su largo cuchillo en la mano, Girland lo siguió. Ambos se detuvieron y Malik levantó ambos puños amenazantes, maldiciendo.

Erica Olsen yacía de espaldas sobre cubierta, con el pecho destrozado por las

ráfagas de ametralladora. En la noche se vio desaparecer una lancha chata y rápida, que se dirigía a Hong Kong.

Malik giró sobre sí mismo y empezó a andar hacia Girland, pero al ver que este tenía el cuchillo en la mano, se detuvo.

—Acérquese, camarada —le invitó Girland—. Tendré el mayor gusto en cortarle el pescuezo.

Malik le insultó, volviéndose para inclinarse sobre el cuerpo de Erica.

—Está muerta —anunció enderezándose y se inclinó sobre la borda del junco para ver su lancha. La encogida figura de Branska, metido a medias en el agua, revelaba que también él había sido alcanzado por la ametralladora.

—Tenemos que hacer algo con los chinos, Malik —sugirió Girland—. Mientras nosotros nos peleamos, ellos ganan todas las partidas —miró el cuerpo de Erica y sonrió tristemente—. Quién sabe si en realidad sabía algo que valiera la pena sobre Kung. Tal vez alardeaba. Conozco a la familia..., son especialistas en eso.

Malik le miró; sus ojos echaban chispas de furia.

—En lo sucesivo no se me cruce en el camino. Si volvemos a encontrarnos...

—Vaya a asustar a los chinos —interrumpió, Girland con impaciencia—. Pura espuma...

Malik pasó sobre la borda del junco y se dejó caer en la lancha. Empujó a Branska al mar, puso el motor en marcha y, sin mirar atrás, enfiló la lancha en dirección a las luces de Hong Kong.

Girland le miró alejarse, luego fue hacia el otro lado del junco para asegurarse de que su lancha todavía estaba. Buscó a Hung Yan, pero no había rastros de él y, al observar el agua iluminada por la luna, vio algo que se movía. El largo cuerpo negro de un tiburón pasó junto a él y Girland hizo una mueca. Pensó que Malik debió, atontar al joven chino con un golpe en la cabeza antes de arrojarlo al mar.

Girland dudó un momento antes de bajar a la asfixiante cabina. No tardó en encontrar la maleta de Erica, arrojó la ropa y los demás artículos sobre el piso de la cabina para revisarlos cuidadosamente, sin encontrar nada que le interesara. Todavía con la esperanza de tener suerte y encontrar la Uva Negra, cortó el forro de la maleta y terminó por hacerla pedazos, pero no halló la perla.

Pensé que Erica podía haberla escondido en la cabina, pero entonces no se habría ido sin recogerla. El único escondite posible era la ropa que ella tenía puesta.

Subió a cubierta y se quedó mirando el cuerpo, tendido en un enorme charco de sangre. A la luz de la luna, el pecho era un gran agujero negro.

Girland se estremeció. No podía decidirse a tocarla.

¡Al diablo!, decidió. Erica había dicho la verdad y no era cuestión de seguir buscando. Todo el asunto había sido un fiasco, del principio al fin.

Se descolgó por el costado del junco, subió a la lancha, puso en marcha el motor

dirigiéndose al puerto de Aberdeen. Fue un viaje largo; y deprimente, y sus únicos compañeros fueron los tiburones.

Una hora más tarde, se encerraba en una cabina telefónica para llamar al puesto de policía de Aberdeen.

Se oyó una voz con acento escocés.

—Quiero denunciar un asesinato —dijo Girland— en un junco anclado en las inmediaciones de Pak Kok. No pueden confundirse, porque no tiene vela. La mujer...

—¡Un momento! —ladró el policía—. ¿Quién habla?

—La mujer se llama Erica Olsen —continuó Girland— y hay que informar a la CIA; ellos están al tanto. Ha sido asesinada por agentes chinos que actúan a las órdenes de Pekín.

No me diga —comentó airadamente el policía—. Si le parece que no tengo nada mejor que hacer que llevarle la corriente a un chiflado...

—¡Cállese la boca y escuche! —le interrumpió Girland—. Y si no quiere perder su puesto, mande alguien a ese junco.

Cortó la comunicación y saliendo de la cabina tomó un taxi para ir al Lotus Hotel, en Wanchai. Dos jóvenes chinas, charlando y riendo, salían del hotel mientras Girland pagaba el taxi. Le miraron con aire insinuante, pero él no les prestó atención. Subió a su cuarto, se dio una ducha y se tendió en la cama. Durante un tiempo, se quedó pensando y su ceño fruncido demostraba que sus pensamientos no eran alegres. Se culpaba por la muerte de Erica: aunque había tomado precauciones fueron insuficientes, y había guiado hasta el junco a Malik y a los chinos. Mientras Malik representaba su escena, los chinos se habían acercado al junco, habían pescado distraído al ayudante de Malik y, al encontrar a Erica sobre cubierta, la habían barrido como una mosca con la ametralladora. Por lo menos habían cumplido con su tarea; él y Malik habían fracasado.

Por fin, sin poder soportar por más tiempo el calor de la pequeña habitación, y aunque su conciencia todavía le recriminaba, se puso el gastado traje tropical y bajó. Cogió un taxi hasta el Star Ferry, el vapor hasta la estación de Kowloon City y allí otro taxi que le llevó al Hilton Hotel, donde dijo a la recepcionista que quería hacer una llamada a Montecarlo. Ella le advirtió que había tres horas de demora. Girland asintió y se fue al bar. Después de tomarse tres martinis muy secos se sintió menos deprimido y descubrió que tenía hambre. Bajó, al comedor y pidió melón con higos negros, un filete y ensalada con aderezo Roquefort. Todavía pensativo, se demoró en la comida. La idea de volver a París y andar pateando la calle con la cámara Polaroid se le hacía insoportable. Tenía los veinte mil francos de Dorey y los dos pasajes de avión a París, que podía cambiar; no era mucho, pero sí bastante y tenía ganas de quedarse un tiempo en Hong Kong. ¿Quién sabe?, pensó, animándose un poco. En esta ciudad hay oportunidades; hasta puede ser que aquí encuentre trabajo.

Salió del restaurante y volvió al bar. Una hora después le llamaron y se dirigió a una de las cabinas telefónicas.

—¿La ha encontrado? —preguntó débilmente la voz de Olsen, a través de los kilómetros que les separaban.

—La he encontrado, pero tengo malas noticias, Olsen —Girland habló lentamente y con claridad; no tenía ganas de tener que repetir—. Está muerta. Los chinos han llegado primero.

—¿Tiene la Uva Negra? —preguntó Olsen.

Girland sonrió con amargura. Erica había dicho la verdad. A ese gordo sólo le interesaba el dinero y el hecho de que su hija hubiera muerto no significaba nada para él.

—No la tengo y ella no la ha tenido jamás. Era un cebo para que Carlota viniera. Lo único que Erica quería era que la ayudarían a salir y usó como anzuelo la Uva Negra.

Después de un momento de silencio, la voz de Olsen, subiendo de tono exclamó:

—¡Mentira! ¡Usted tiene la perla y está tratando de robármela!

—Tranquilícese; Erica ni se pudo acercar a ella. Está vigilada día y noche. Ella descubrió algo muy secreto de Kung y la han hecho callar.

—¿Y usted espera que me lo crea? —chilló Olsen—. ¡Mentira! Escuche, estafador barato, o me entrega la perla en tres días exactamente o le doy la cinta a Dorey para que sepa qué maldito estafador es usted. ¿Me oye?

—Deje de pensar en el dinero —dijo Girland, levantando también la voz—. ¿No se da cuenta de que su hija ha muerto?

—¡Y a mí que me importa esa ramera! —aulló Olsen—. ¡Me da la perla en tres días o Dorey tendrá la cinta! —y colgó violentamente el receptor.

Girland se miró en el espejito que había sobre el teléfono, se hizo una mueca y sacudió la cabeza. Sabía que esta vez el viejo Olsen no fanfarroneaba. Se encogió de hombros y volvió al bar, se sentó, pidió un buen whisky con hielo y se quedó mirando sin ver por el ventanal que daba sobre el bullicioso muelle.

Con esto, pensaba, para mí se acabó. Si Dorey oye la cinta, se pondrá furioso. Tendré que quedarme hasta que en París las cosas se enfríen... si es que alguna vez se enfrían.

Pagó la bebida, la tomó recostado en el asiento y pensando que tal vez fuera mejor quedarse con uno de los pasajes de avión, ya que tarde o temprano, tendría que volver a París. El Lotus Hotel era muy barato y, si tenía cuidado, podría quedarse en Hong Kong durante un par de meses. Se sintió más tranquilo; tenía la facilidad de desprenderse muy rápidamente de las experiencias desagradables y de pronto se encontró esperando esos dos meses venideros y sintió que no quería quedarse toda la noche en ese lujoso bar, solo con sus pensamientos. Tomando el vaso volvió al la

cabina telefónica. Pidió a la telefonista el número del hotel Lotus y cuando Wan See atendió, Girland le dijo:

—Hay una muchacha que me interesa. Se llama Tan-Toy. ¿Dónde puedo encontrarla?

—¿Es el señor Girland?

—¿Quién otro puede ser?

—Sí, la conozco. Tiene un cuarto en Jaffe Road.

—¿Cerca de usted?

—A unos cien metros.

—¿No puede mandar alguien hasta allí? Dígale que estoy en el Hilton y que quiero verla. ¿Puede hacerlo?

—Será un placer.

—Espero que el placer sea mío, pero gracias.

Girland volvió con el vaso al bar y se sentó. Pensaba que no hay que desperdiciar la vida, que ya es bastante corta, y que el secreto de vivir una vida plena estaba en aprovechar cada hora.

Cruzó sus largas piernas y se acomodó a esperar que Tan-Toy llegara a buscarle.